This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LIBRERIA RIVADAVIA
DE
MENDESKY & HIJOS
9-CALLE FLORIDA-35
BUENOS AIRES

SA 5238.90.3

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

BIBLIOTECA ESCARY

La Pampa

POR

ALFREDO EBELOT

Ilustraciones
de
ALFRED PARIS

BUENOS AIRES
LIBRAIRIE FRANÇAISE
de
JOSEPH ESCARY EDITOR
619, CALLE VICTORIA, 619
2° mil
1890

La Pampa

ACABA DE SALIR A LUZ

PRONTUARIO DE LAS FAMILIAS

Agenda médica de bolsillo, indispensable para las familias. Este manual há sido examinado y juzgado digno de publicarse por los doctores Juan B. Gil, Julian Aguilar, Keoe, estos solos nombres son ya una garantia.

Par el Dr Antonio Gonsalez *Prats.*

Un bonito tomo encuadernado en tela.

Todos los derechos de traduciones y de reproducion expresamente reservados.

BIBLIOTECA ESCARY

La Pampa

COSTUMBRES ARGENTINAS

POR

ALFREDO EBELOT

VERTIDA AL CASTELLANO POR EL AUTOR

Ilustraciones de ALFRED PARIS

BUENOS-AIRES

LIBRAIRIE FRANÇAISE DE

JOSEPH ESCARY EDITOR

619, VICTORIA, 619

Frente al Club del Progreso

1890

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Cincuenta ejemplares de lujo han sido impreso
à parte sobre papel de Japon

PREFACIO

« He tenido en mi vida una que otra ganga... no de las que Vds. se imaginan, — intelectuales, no más. De dos de ellas especialmente, estoy muy agradecido al destino. La primera es haber sido, por aficion, adorador de la literatura, y haberme visto obligado, por profesion, á aplastar los alborotos de mi imaginacion con el lastre de las ciencias positivas. Si esto es mala prepara-

cion para pintar bien, es útil para ver bien. Mis bosquejos podrán ser zurdos, pero son exactos. La segunda es el haber tenido ocasion de observar de cerca costumbres originalísimas, de empaparme en ellas, de interiorizarme en sus peculiaridades lo bastante para juzgarlas con rectitud sin estar asediado por reminiscencias y comparaciones, siempre poco equitativas, en una palabra, de conocerlas como los mismos de casa.

El ambiente que voy describiendo, no lo he atravesado como un viajero que llega, echa miradas por todas partes, toma unos apuntes y se marcha. La existencia del desierto, la he sobrellevado. Le he cobrado cariño amoldándome á ella. Durante largos períodos, no solo he vivido sino que he pensado como gaucho.

Cuando un objeto es para nosotros del todo nuevo, no lo percibimos tal cual es. No nos formamos una idea de él, sino por medio de reminiscencias de objetos análogos ú opuestos. Nuestra apreciacion nos es sugerida por semejanzas ó diferencias más

ó ménos remotas, y no por la realidad concreta que hiere nuestros ojos.

Aún las mismas cosas materiales, que caen directamente bajo nuestros sentidos, no son excepcion á esta regla.

Las interpretamos y las desfiguramos por una serie de involuntarias operaciones mentales, en el momento mismo en que la vista nos revela su forma exterior, sus proporciones, su color, todos los elementos constitutivos de lo que llamamos su carácter. Les atribuimos, por cuenta propia, un carácter que no tiene nada que ver con el que tienen.

¡Cuantas observaciones por el estilo he podido anotar, cuando me habia transformado en todo un conquistador de fronteras! Un ejemplo al caso : se nos daba como término de una expedicion un valle muy lejano ubicado en pleno territorio indio, y que á penas los civilizados conocíamos de nombre. Habia miras estratégicas sobre el tal valle, y se trataba de saber por de pronto si el suelo, los pastos y las aguadas eran apa-

rentes para un campamento permanente. Se recogian datos como se podia : — en las relaciones, estampadas en el siglo pasado, de cierto piloto español ó de un jesuita inglés que habia cruzado por allá; en los informes más modernos de desertores, de cautivos, de indios mansos, de misioneros.

Todos habian visto el valle; lo habian positivamente visto. Las descripciones no se parecian entre sí.

Para saber á qué atenernos, íbamos. Era lo mas breve, y podia parecer, á primera vista, lo mas seguro. Venia á instalarse, pues, un destacamento. Pasábamos todo el dia haciendo reconocimientos por todas partes, mirando á mas no poder. Llegada la noche, al rededor del fogon, entre oficiales, cambiábamos apreciaciones. Eran absolutamente contradictorias.

No habia forma de determinar, ese dia, si los pastos eran buenos y las aguas suficientes. Los que allí estaban eran sin embargo gente experta en estas materias y hombres dotados por raza, por antecedentes

y profesion, de un instinto de observacion muy desarrollado. Solamente, cada uno habia mirado al través de una preocupacion.

Pasados algunos dias, nos habíamos familiarizado con el valle desconocido. Estábamos en él como en casa. Le habíamos comunicado algo nuestro, él á nosotros algo suyo. Recien entónces, lo veíamos bajo su verdadero aspecto. Cada uno enmendaba lentamente su primera impresion, enteramente arbitraria é ideal, por medio de una serie de observaciones de detalle, muy vulgares y sencillas, marcadas de consiguiente por un sello neto de realidad. Las opiniones individuales, tan divergentes al principio, venian convergiendo hácia una opinion general, uniforme, definitiva.

Me han contado que Corot solia decir, cuando copiaba un árbol en el campo: « ¡Oh Dios mio! dadme, para mirar este árbol, el alma de una criatura! » Palabras encantadoras, y exquisitamente profundas.

Para cualquier cerebro que no sea el de un niño, entre la imágen del árbol que se

forma en la retina y la imágen subsiguiente que llega al cerebro y que la mano trasmite al lápiz, queda interpuesta una cantidad de árboles, como quien diria virtuales: árbol académico ó romántico, árbol mas frondoso, ó más risueño, ó más lloron, que el árbol natural, segun la educacion y la momentánea disposicion de espíritu del dibujante.

Sin embargo, si se considera un árbol todos los dias durante diez años, hay probabilidades de que se acabará por tener una nocion clara de como está hecho.

Es cierto que, como entre tanto, se prenda uno de él, se deleita en mirarlo, lo toma por confidente, no faltará la tendencia á prestarle unas elegancias secretas, un encanto íntimo, en que no repararia, ni por órden superior, un simple transeunte.

Hay mucho de esto en este libro, escrito al acaso, segun soplaba el viento, y casi sin saber cómo. Tal detalle pintoresco, tal rasgo de costumbre, cogidos al vuelo y traducidos á prisa, los habia mirado con alma de amigo, hasta diré con simpatia de cómplice.

Además, es preciso decirlo, Dios no ha accedido ni una vez á la delicada súplica de Corot. Felizmente para su gloria y para el honor de la pintura francesa, no vió nunca la naturaleza con alma de niño. La vió con la suya, cuya pasta era tan fina y el candor tan clarovidente. Pero su esfuerzo de sinceridad ha sido recompensado. No ha deformado su pensamiento, á fin de someterlo á las exigencias de una escuela. Ha sido poético á su modo, y no segun una fórmula.

Pero es demasiada audacia recordar obras perfectas á propósito de este librito, cuya única pretension es no tener ninguna.

Si he reunido estas hojas volantes, es porque la rápida transformacion de la República Argentina les presta un melancólico interés, y algo como un valor histórico. El indio ya no existe. Antes de diez años, la desapiadada civilizacion habrá pulido como con esmeril las anfractuosidades y las líneas toscas de la acentuada figura del gaucho. Los desaliñados apuntes de un testigo ocular ganarán con esto cierto sabor.

Muchos de los detalles esparcidos en estas páginas han dejado de ser exactos, en la hora en que estamos. Dentro de poco, serán falsos todos. Es su mérito.

Falsos, quiero decir arcáicos.

Habrán entrado en la inalterable verdad de las cosas abolidas. No serán documentos humanos. Serán documentos pre-históricos. Se consultará este libro como una crónica del venerable pasado. ¡Quiera Dios, —pero Dios no pasa de ser un gran caprichoso, — que, miéntras tanto, el lector experimente tanto placer en hojearlo como el autor en escribirlo! —

A. E.

EL

VELORIO

Todo el dia me habia molido cuerpo un desvencijádo carricoche. Habíamos caminado poco, á pesar de andar con cuatro caballos y de tener veinte mas de repuesto que nos iban siguiendo; pero ¡que caballos! y ¡que modo de atarlos! Uno estaba colocado en las varas; los demás, sujetos al carro por medio de *huascas* prendidas de la argolla de la cincha, tiraban con la barriga, presentándose al cochero de perfil.

Los caminos (si tal pueden llamarse) eran estupendos, lo que, para mi que me estrenaba entonces en el campo, era motivo de gran sorpresa. Despues!... pero, sigamos hablando de los caballos.

Había que mudarlos cada media hora. A las cuatro, se habian atado todos con repeticion y exceso. Ya no cabia duda de que no llegaríamos al Azul aquella noche. A las cinco, el cielo estaba del todo tormentoso, y mi gente del todo acobardada.

Llamé al guardia nacional que me habían facilitado para servirme de vaqueano y de asistente, — un excelente y gallardo muchacho que no experimentaba orgullo del sable mohoso que colgaba de su cintura encima del chirípá, ni humillacion por el flaquísimo mancarron que se bamboleaba entre sus piernas. Me había venido cobrando caríño durante el viage.

— ¿ Hay una fonda cercana?

— ¿ Una fonda, patron? Ah! ya caígo!

quiere decir: una esquina. Hay la de Torres, un hijo del pais, un buen hombre. Le ofrecerá la casa como á compadre viejo.

— Muy bien ¿ está lejos ?

— Dos legüítas. Tenemos tiempo; el temporal no ha de estallar antes de entrado el sol. Vá á llover *de lo lindo.*

Llegamos por fin, cerrada la noche y abiertas las cataratas del cielo. Hicimos alto junto al palenque. Son unos palos para atar caballos, que forman en el campo la barrera ideal de la vida privada. Mas allá del palenque, principian los dominios del dueño de casa. Mas acá, el espacio es de todos. Se considera una grosería pasar à caballo al otro lado del palenque. Seria cosa de creer que se arrima uno con malas intenciones y en son de ataque.

Al llegar al palenque : *Ave Maria!* dije. — *Gratia plena*, contestó una voz desde adentro ¿ Que quíeren ? — Hacer noche aquí.

Brilló un candil. Nos estaban observando. La misma voz dijo:

— La cocina está sobre mano izquierda, instálense. La carne está colgada adentro y el fogon encendído. Pongan sus caballos allá, à mano derecha. Hay un buen retazo de pasto.

Y la luz se fué.

Esto no dejaba de ser hospítalidad, pero algo seca. Seca, se entíende, hablando por metáfora, puesto que por lo pronto se trataba precisamente de secarse. Se hizo en el acto un gran fuego y se colocó delante de él la mitad de un capon, lo que en menos de dos minutos nos proporcionó un humo abominable, pues el fogon estaba en el centro mismo de la pieza y esta carecía en absoluto de chímenea.

A pesar de todo, me hallaba perfectamente bien, sentado en una cabeza de buey, idéntica á las que se ven en las metopas griegas, y contemplando las áscuas rojas que forma-

ban al consumirse los trozos de bosta de oveja. Es el combustíble del campo. Las exhalaciones amoniacales que se desprendían del fogon se mezclaban con el olor del asado y con el vapor que se elevaba de mi chorreante vestído.

El conjunto sin embargo, para los que veniamos de afuera, no carecia de mérito. Mi guardia nacional era el único que no estaba de buen humor. ¡Un caballero, un Señor á quien el Juez de Paz de las Flores, el mas importante personage del partído, dispensaba tantas consideraciones, tratado de este modo!

Mi guardia nacional era ladino, y habia sabido que iba yo en comision mandado por el ministro de la guerra. De repente, con aguacero y todo, se fué á las casas, pues era la cocina un rancho aislado. No tardó en volver con el dueño del establecimiento.

— Señor! exclamó este al entrar ¿es Vd. alsinista?

— Por supuesto! ¿Estoy hablando con D. Eusebio Torres?

— Para servir á Vd. Cuanto siento! Me hubiera dicho Vd. que es alsinista! Me dispensará Vd. Murió ayer mi hijo, un niñito de cuatro años á quien queria mas que á la niña de mis ojos; pero ¡un alsinista!

¿Como está el dr Alsina? Ese, sí, que es todo un hombre! Estamos haciendo el velorio del chiquillo. ¿Quiere Vd. pasar adelante?

— ¿El velorio?

— Sí, la reunion que celebramos en honor del angelito, que está en el seno de Dios. Pase, Señor, á ver á mi esposa, será un consuelo para la pobre!... un alsinista!

Cruzé el patio resbaladizo en que brillaban vagamente los charcos de agua. Llovia como en los tiempos de Noé, relampagueaba que daba gusto. El trueno á veces retumbaba á lo lejos, á veces chisporroteaba sobre nuestras cabezas con redobles secos, espan-

tando unos caballos atados cuyo grupo se dejaba adivinar en la oscuridad. Se sentia en las casas un ruido de cantos y de guitarra.

Penetré en la sala principal alumbrada por una multitud de candiles, los que siendo fabricados en la misma casa con el sebo de los animales carneados diariamente no se mezquinaban, pero, por Díos! los métodos de fabricacion dejaban que desear.

Un pesado olor á sebo, á cigarro y á ginebra cargaba la atmósfera. Un humo denso, tan denso como en la cocina, pero mas desabrido, lo envolvia todo, comunicando á las cosas un carácter extraño.

En el fondo, al centro de un nimbo de candiles, aparecia el cadáver del niño, ataviado con sus mejores ropas, sentado en una sillita, sobre unos cajones de ginebra arreglados encima de la mesa á manera de pedestal, fijos los ojos, caídos los brazos, colgando las piernas, horroroso y enternecedor.

Era esta la segunda noche que estaba en exhibicion. Una ligera sombra verdosa, como un toque de esfumino, asomaba en la comisura de los lábios, y se me hacia, no sé si fué una ilusion de mi imaginacion, que las jaspeaduras de las carnes reblandecidas no dejaban de contribuir al husmo que impregnaba los olores flotantes en el aire. Al lado del cadáver estaba sentado un gaucho, blanco el pelo y color de quebracho la cara, con la guitarra atravesada sobre las piernas. Al verme entrar, habia interrumpido su música como los demás, su baile. Se discernian las parejas en medio del humo: — el brazo de los mozos envolvió estrecha-

mente el corpiño de las muchachas, y les hablaban de cerca, demasiado de cerca, algo encendidos par la bebida; ellas reían à mándibula batiente, echaban sonoros piropos, teniendo tambien los bronceados pómulos coloreados por una pisca de intemperancia. Algunos viejos en los rincones fumaban y discutian sobre caballos.

La madre estaba al otro lado de la mesa, simetricamente con el guitarrero. Tenia la mirada fija y cruzadas las manos. Unos le decian :

— El angelito está en el cielo. — Sí, en el cielo, — y seguia mirando fijamente.

Me presentaron como alsinista. Le dí un apreton de mano sin tener el valor de agregar; — el angelíto está en el cíelo, — como hubiera tenído que decirle por cortesia elemental. En seguida me fuí con los víejos á fumar y discutir sobre caballos. Torres se me arrimó para *politiquear*. Era su manía.

Mientras tanto seguia el baile. Al pasar

frente al chiquilín muerto, al propio tiempo que meneaba las caderas con la provocativa ondulacion propía de la habanera ó de la zamacueca, una que otra bailarina persignabase furtivamente, y acto contínuo largaba una carcajáda para corresponder à una galanteria de tono subido en que tenian arte y parte la voz, los ojos y las manos de su compañero. El trueno cubria de vez en cuando, con su grueso rumor irritado, la melopea chillona de la guitarra, el murmullo de las voces, el ruido acompasado de los piés que golpeaban en el suelo, las resonancias indiscretas de los besos.

Desde aquel entonces, he vísto muchos velorios. Sucede con esto lo mismo que con los caminos: acaba uno por acostumbrarse. Pero los mas insignificantes detalles de este se me han quedado grabados en la memoria. Ha conservado para mí un carácter atractivo y melancólico de que no participan los demás, marcados con un sello

mas seco de realismo. Fué el primero que contemplé.

Esta costumbre, que rige de una extremídad à la otra de la América española, da ocasion, tengo que confesarlo, á tráficos verdaderamente sorprendentes. Algunos pulperos, nada propensos á la sensibilidad é inaccesibles à preocupaciones, alquilan á tanto por noche los pequeños cadáveres con el fin de exponerlos en un galpon contíguo à su esquina, y organizar sesiones de beberage, de baile y de música. Este ardid, para dar animacion al comercio, es fúnebre, pero acertado.

Se les agredece la diversion. ¡Son tan escasas las diversiones! La gente acude de todas partes. El hombre decidídamente es un ser sociable y jaranero. En el desierto, aprovecha cualquier pretexto para dar rienda suelta á sus instintos de charladuría y de diversion. Los mismos padres del angelíto remontado al cielo gastan en ahogar su do-

lor el precio de la locacion de sus queridos despojos.

La primera noche ha sido tan agradable! ¿por qué no volver la noche siguiente, y la otra, y otra mas, hasta que el angelito se vuelva un objeto de asco? ¿Qué mas quiere el pulpero? Prolonga tanto como puede la funeraria fiesta. De dia, deposíta cuidadosamente el cadáver en un cuarto fresco, lo resguarda de las moscas, afin de que se conserve intacto por mas tiempo.

Su mercantílismo es una mancha en el cuadro, no lo niego, un manchon poco simpático. Hasta concedo que es algo bárbaro. Es de notar sin embargo que no ha sido producido por la barbarie, sino por un rudimento de civilizacion.

Suprimamos los despachos de bebidas, esto es, el primer sintoma, la primera manifestacion, de la vida de relacion, de las fuerzas económícas, de la influencia demasiado ponderada de los intercambios, de la

actividad comercial, del *struggle for money*, y los pobres diablos de angelitos podrian ser tratados á veces con lamentable desparpajo, pero no se tornarian por cierto en motivo de una especulacion repugnante.

La civilizacion, en sus tímidos y vacilantes albores, echa por de pronto à perder las viejas leyendas ¿Qué le hémos de hacer? Lo que nos corresponde, es tratar de conservarlas en lejana perspectiva, no contemplarlas sino esfumadas por las sombras del pasado. Del mismo modo, un paisagista cierra un poco los ojos para sustraerse à la vulgaridad de los detalles del primer plano y disfrutar la tranquila armonia de las ámplias líneas del horizonte.

Trasportada, por ficcion mental, á una distancia de varios siglos, esta costumbre recobra una apacible tonalidad de arcaismo pintoresco.

Supersticion síngular, característica mezcla de brutalidad y de poesia, tradicion

nacida, — quién sabe donde? y que ha inspirado á mi amigo Charton (un adorable *gamin* de Paris que hubiera llegado á ser un gran pintor, si no hubiera sido hasta los sesenta años un niño terrible) un croquis, violento, que no consiguió transformar en cuadro, — el velorio es un genuino rasgo de los antiguos usos y la mas curiosa manifestacion del catolicismo de los jesuitas interpretado por los paganos de la pampa.

EL RASTREADOR

Estaba en aquel tiempo dirigiendo los trabajos del gran foso de Alsina, entre Bahia Blanca y Puan.

Habia establecido mi campamento al lado mismo del foso, à unas seis leguas de la comandancia Sandes, que cubria la frontera à la izquíerda de Puan.

Cierta madrugada, al amanecer, estando entregado todavia á medias al sueño propio de las fronteras, que no suprime del todo la vigilancia instintiva y cierta especie de suspicáz discernimiento del peligro circundante, sentí el paso de dos caballos que hacían alto frente à mi carpa. Al propio tiempo, los dedos de mí asistente rozaron la lona de un modo discreto, pero significativo, indicando que ocurria un caso imprevisto y apurado.

Dos soldados del rondin de noche del fortin mas inmediato venian à darme parte de que un grupo de indios habia practicado una brecha en el parapeto y penetrado adentro de la línea. Despaché en el acto un chasque à Sandes, avisando de lo acaecído al oficial que mandaba el punto, y agregando que me marchaba á inspeccionar el agujero, y que me enviase cuanto ántes un buen rastreador.

Cuando llegué al portíllo, hacia un frio

de todos los diablos y un viento capaz de descornar à San José, condicion poco favorable por cierto para discernir los rastros de los invasores. La tierra suelta se habia volado, y no quedaba sino un monton desplomado de la tosca dura de que allá está formado el subsuelo.

¡Vaya Vd. á reconocer señales de pasos entre puras piedras! — A lo menos esta fué mi opinion de *gringo* inexperto.

El pasto suministraba indicaciones mas claras, mas acá y mas allá del portillo. Del lado del desierto estaba tremendamente pisoteado en un estrecho radio. Los caballos de la tropilla se habian resistido à lanzarse en la angosta abertura. Habian remolineado, bufando, y encabritádose antes de acometerla. Acorralados por el círculo de ginetes, rabiosa y habílmente pinchados por las chuzas, se habian en fin precipitado todos juntos, atropellandose, chocandose, sobrecogidos de espanto. En seguída la tropilla

se habia casi dispersado, al tener cancha abierta despues de franqueado el muro de césped. Los ginetes que la dirigian la habian reorganizado rápidamente en compacto grupo, y todos habian disparado á escape en direccion al mas cercano valle de los contrafuertes de la sierra de la Ventana. El sargento que me acompañaba, con su mirada de fronterizo, discernía á lo lejos, en medio del oleage de las plantas, agitadas por el récio viento, una línea recta, parecída á la estela de una nave. Era la rastrillada de la invasion.

Sabíamos à que hora habian entrado los indios, y conocíamos su direccion, de consiguiente su actual paradero. Faltaba un solo detalle para organizar la persecucíon : cuántos eran.

El rastreador no tardó en juntarse con nosotros. Figurense un sujeto de pura sangre *arríbeña*, lacio el pelo, salientes los pómulos, torvos los ojos à la par que pene-

trantes, y, para más señas, soldado viejo y *milico* irreprochable.

El viento del desierto habia sobrepuesto á su tez cobriza una pátina cálida, que daba un vigor simpático á sus facciones secas y ásperas, de una expresion medio apagada, medio socarrona.

Se apeó pausadamente y miró largo tiempo, callado, las intrincadas pisadas que se confundian en el espacio de dos metros de ancho por el cual la tropilla habia hecho su furiosa irrupcion.

Trepó la pared de tierra, descendió al otro lado, y pisando el suelo con tanta precaucion como si hubiera marchado sobre

áscuas y alacranes, se dirigió hacia el punto en que los caballos habian remolineado. Evitaba, como se comprende, hacer desaparecer las pisadas accidentales, las de un animal separado del grupo ó montado.

Llegado ahí, se puso á mirar con tan intensa atencion que asumia de veras un carácter escultural su faz de bronce cuya vida toda se concentraba en los ojos. En seguida, volvió hacia nosotros sin fijárse en nada, atropellando desdeñosamente tierra, pasto, piedras, terruños, como quien no tiene ya que sorprenderles un secreto.

Echó una mirada hácia la sierra sin decir palabra, mostró al sargento, que menéo imperceptiblemente la cabeza en prueba de conformidad, el indeciso reguero marcado por la invasion sobre la verde ondulacion de la pampa, y pronunció su sentencia con tonada lenta.

— Han pasado seis caballos montados,

quince sueltos, y una yegua madrina con un potrillo de seis á ocho meses.

Los ladrones fueron tomados al dia siguiente. Se pudo ver que efectivamente eran seis, que su tropilla constaba de quince caballos y una madrina. El potrillo no aparecia, y me imaginé que el rastreador lo habia agregado por su cuenta, para deslumbrarnos con este floreo, que cabia á las mil maravillas en los limites de lo verosimil.

No habia tal. El potrillo, cuyas fuerzas no correspondian á la jornada obligada, se habia quedado en el camino, rendido. Unos soldados lo hallaron y, lo que allana cualquier duda, lo reconoció la yegua. Tratándose de brutos, la voz de la sangre no es mera figura de retórica. Era, como quedaba anunciado, un animal de ocho meses.

Pocos dias mas tarde, estaba en Trenque-Lauquen, — pues sabrán que nos cupieron en suerte morrudas cabalgatas en la frontera, y, pensándolo bien á distancia de al-

gunos años, me pregunto qué fué mas duro en las caminatas esas, si los caballos que las aguantaban, ó el cuero de los hombres enhorquetados sobre ellos.

No desperdicié la ocasion de referir al coronel Villegas la anécdota que acabo de contar, enriqueciendola con los comentarios entusiastas de un fronterizo novel.

— Amigo, dijo Villegas, que conocia la frontera como él que más, y tenia tanta intuicion del campo cuanta puede caber en un cerebro civilizado, esto no es hazaña para un rastreador ¿Vd. por lo vísto, no ha viajado en el interíor? Estaba, hace poco, en la provincia de San Luís, en un pueblito en plena sierra. En las montuosas calles, cavadas en piedra viva, solo los descalzos y las mulas podían caminar sin resbalarse. Me hallaba frente à la escuela, al salir los niños. Lanzáronse en tropel; el mayor de ellos tendria doce años.

Apenas en la plaza, se pusieron á andar

despacio, cabizbajos, con los ojos fijos en el suelo, escudriñando la superficie del duro granito, en que, por el viento, no quedaba un átomo de tierra. Les oí cambíar sus observaciones — Allá va la mula del cura, decia uno — Pasó, hace una hora, agregó otro.— El receptor de rentas ha ido á pasear á caballo. — Y el almacenero de la esquina à pié. — Con botas. — *Ché*, vete pronto à tu casa, tu mama acaba de volver. — Calzaba alpargatas. — Sí, señor, esos pillos leian todo esto en la roca lisa tan facilmente como leemos en los líbros fruslerías que por lo general no son tan interesantes. — No importa, observó un jóven teniente que estaba escribiendo en una mesita renga de una pata, es un país aquel en que no ha de ser cómodo para las señoras ir sin ton ni son á casa del dentista.

La mas línda historia del mismo género que me hayan contado los que la sabian de buena fuente es esta, que, con permiso, voy à reproducír abreviándola.

En la misma província de San Luis, un gaucho habitaba solo un rancho aislado. Pasaron unos dias sin que nadie lo viese, lo que no llamó la atencion, pues los gauchos de San Luis solian emprender viages tan repentinos como inexplicados. Nadie tuvo la idea tampoco de averiguar si su puerta estaba abierta ó cerrada, por dos razones : la una que en general, no transitaba ser viviente por allá, y la otra que el rancho no tenia puerta.

Sucedíó sin embargo que un arriero, campeando en los alrededores una mula que se le habia extraviado, percibió cierta hediondez. Se arrimó al rancho, se apeó, y se halló en presencia del cadáver del dueño, tendido largo à largo cerca del fogon, y entrado ya en plena putrefaccion.

Precisamente habia caido una copiosa lluvia dias antes, y los vestigios del lúgubre drama que hubiesen podido quedar impresos en el suelo habian sido borrados por el aguacero.

El arriero se fijó bien en todo cuanto alcanzó à ver, cortó unos pedazos de césped

con su cuchillo afin de tapar las huellas que mas características le parecieron, montó à

caballo y se fué à dar parte al alcalde.

Este mandó en el acto un chasque en busca del mas ilustre rastreador de la provincia, al superintendente, para decirlo así, de los sumarios. El rastreador acudió, removió delicadamente los terrones colocados por el arriero, estudió los rastros así conservados, descubrió otros que habian escapado à este, los gravó bién en su memoria, sacó deducciones, comparaciones, conclusiones, y sin decir palabra montó à caballo y echó à andar, al parecer como quien sabe á donde vá.

Lo seguían à la distancía el comisarío y la partída de policianos que se daban, con el codo, desconcertados y preguntándose cómo diablos podia aquel hombre seguir con aire de tan perfecta seguridad una pista que ellos mísmos, tan puntanos como él y entendídos en estas cosas, no acertaban siquiera á sospechar.

Con todo, la cosa era peliaguda. El asesíno no era cualquier zonzo. A la cruzada

de los arroyos, había tenído buen cuidado de seguir el curso de la corriente, unas veces aguas arríba, otras veces aguas abajo, durante un cuarto de legua largo, manteníendo su caballo en el centro mísmo del lecho, en que sus cascos no dejaban mas huellas que el pájaro en el aíre, el pez en el agua, y el hombre en casa de la muger, para emplear la traviesa expresion de la Santa Bíblia.

En un punto favorable, por lo general cuando la orílla era de roca, obligaba á su caballo á saltar de un brínco sobre la ribera, á menudo del mísmo lado que había entrado, repitiendo á poco andar la mísma estratagema afin de enredar los rastros.

El rastreador desenmarañaba la madeja con toda paciencia. Necesitó para ello varios días. A la noche, se acampaba à conveniente distancia de la písta: — bastante cerca para encontrarla con facilidad à la madrugada siguiente; bastante lejos para evitar que los

caballos de la escolta, largados en el campo, borrásen las pisadas.

Llegaron enfín á un pueblo. La partida de policía lo creyó todo perdido. Hacían ocho días, por lo bajo, segun cálculos minuciosamente establecídos, que el asesíno había pasado por allá, y en ocho días, en tiempo de lluvia y de barro ¡ cuantos rastros pueden tapar los de un ginete en las calles de un pueblo!

El rastreador sín embargo seguía avanzando sín vacilacion. Tomó prímero una calle, en seguída otra perpendicular, dió una vuelta mas, entró en la plaza de las carretas ó, como se díce, la plaza de frutos del pais. Los policianos estaban medio picados de escepticismo, medio atónitos de admiracion.

Serpenteó algun tanto entre las carretas formadas en hileras. Se entrecortaban innumerables pisadas de bueyes, de caballos, de hombres, que maculan el suelo en las inme-

diaciones de las paradas de carretas. Escusado es decir con que metódica lentitud y con que ánsias se verificó esta parte del camino.

Enfin el rastreador se tiró al suelo, manoseó un montoncito de barro fétido, examinó los cascos de un caballo allí atado, y dijo con un aliento de alivio: *Priendan* á este hombre.

El acusado era un tropero viejo, dueño de seis carretas de bueyes, conocidísimo en el lugar como hombre honrado, y que probó con toda evidencia que, en los quince dias anteriores, teniendo carga que entregar y que recibir, no se habia separado ni una hora del fogon en que estaba tomando mate, cuando lo prendieron.

Los policianos, que primero habian esclamado : Oh! oh! se sonreian ahora esclamando : Ah! ah! — Está muy bien, dijo el rastreador con la inalterable calma que es en ellos un don natural corroborado por

la dignidad de la profesion, pero vas à decirme á que peon tuyo pertenece este caballo.

— Este caballo no es nuestro. Lo he cambiado con un caballo mio. El gaucho que me lo dejó venia de lejos, segun dijo, tenia que ir lejos, y se le habia aplastado el mancarron, que es este. Lo tenia á estaca y à pasto seco para componerlo.

— ¿ Cuanto tiempo ha ?

El tropero contó en los dedos y contestó :

— Ocho dias.

— Perfecto ¿ Donde ensilló el otro caballo ?

— Cuando se lo cambié, estaba atado à la culata de la tercera carreta.

El rastreador se fué à la tercera carreta.

— ¿ Es este su casco ? preguntó poniendo el dedo sobre un rastro casí borrado.

— Este mismo. *Mira*, aquí se vé mas claro.

— Gracias ¿ de que pelo es el caballo que le *disteis?*

— Overo.

— Está bien.

La verdad me obliga á declarar que el rastreador se valió entonces de un ardid de guerra. Ensilló y enfrenó el caballo del asesino. En adelante iban dos en busca de su casa : — el ginete guiado por el rastro, el caballo que husmeaba la querencia. Todo anduvo, pues, à pedir de boca. Hubo momentos en que galopaba fumando, sin dignarse mirar al suelo, tan seguro de estar en buen rumbo como si hubiera seguido un camino nacional con mojones kilométricos y postes del telégrafo.

Al dia siguiente, su caballo relinchó. Se divisaba à corta distancia un rancho y un caballo overo atado al palenque.

— ¡ Ronden la casa ! ordenó el rastreador.

El dueño del rancho apareció en su puerta. Vió al rastreador, á quien conocia, montado en su propio caballo, y la partida de policia desplegada en guerrilla.

— Estoy perdido, dijo simplemente, y sin ambages, ni reticencias, abrumado por la evidencia, lo confesó todo.

Si este cuento no se hubiera hecho tan largo, si quisiera filosofar, seria del caso preguntarse lo que hémos ganado en civilizarnos, en gustar de las salzas picantes, de los juegos de Bolsa y de las mugeres pintadas.

Esto nos llevaria lejos; pero puede decirse que hémos perdido en ello una porcion de sentidos delicados, perspicaces, infalibles, que han conservado las palomas, los caballos, los salvages, seres todos que llamamos brutos, de puro engreidos por la refinacion y embotamiento de nuestro organismo.

Y téngase en cuenta que, entre los sentidos de que nos hémos despojado así, el mas atrofiado es el sentido comun.

EL BOLEADOR

Leia, hace poco en un diario, y para la generalídad de los lectores tal noticia no habrá merecido sino la indiferente atencion que se concede à cosas tan lejanas: « El chasque de Bahia Blanca à Patagones desapareció; se supone que ha sído muerto por

los indios, » y unos dias despues : « El chasque de Bahia Blanca à Patagones no habia sido muerto por los indios. Se extravió y pereció de sed. Han hallado su cadáver, y un poco mas allá, colgando de un árbol, la balíja de la correspondencia. »

No deja de ser conmovedora la sangre fria de este hombre que, en presencia de una muerte horrible, desgarrado ya por atroces dolores, se ocupa de colocar la balíja que le han confiado fuera del alcance de las fieras que luego han de despedazar su cuerpo. Tal rasgo no está al alcance de cualquier hijo de vecino. Revela un hombre de resolucion y acostumbrado à vivir en trato familiar con la muerte.

Pues, sin saberlo de fijo, me atrevo à afirmar que este chasque era un boleador de avestruces y de gamas, uno de esos gauchos fronterizos à quienes no ha faltado sino un Fenimore Cooper para ser tan célebres como los cazadores del Canadá.

Los asiste la misma energia, el mismo valor, la misma sagacídad en medio de las peripecias de su eterna lucha contra el desierto, los elementos y los hombres. Tienen además un aspecto mas pintoresco.

El canadense cazaba de á pié, con trampas, en campos blancos de nieve. El boleador está á caballo, frente à la pampa sin límites, con sus bolas y sus galgos. Entre una y otra caza, como cuadro, me quedo con la de à caballo. Todos los pintores han de participar de esta opinion.

Por si llegasen estas líneas á manos de un pintor, he aquí una escena que le recomiendo :

Volvíamos de nuestra primera expedicion à los toldos de Catriel. Eramos de quinientos à seis cientos hombres de fuerza y traíamos unos mil quinientos prisioneros entre indios de pelea y chusma. Los expedicionarios estabamos de buen humor á pesar de haber permanecido dos dias y tres

noches á caballo. Poco antes de llegar á la línea de fronteras, habia que cruzar una zona en que la caza era abundantísima, puesto que indios y soldados respectivamente no se animaban à internarse en ella.

Se veian por todas partes tantos guanacos, avestruces y venados, que los indios mansos que hacian el servício de descubierta y de flanqueadores no pudieron resistir à la tentacion. Pidieron permiso para hacer un cerco. Lo suplicante de su tono, lo chispeante de sus ojos, al formular esta solicitud, son cosas de que, á no haberlas presenciado, es difícil formarse una idea.

Hicimos alto. Los oficiales y los indios auxiliares ensillaron sus mejores *pingos*, los cazadores se alejaron à galope en todas direcciones. Antes de pasada una hora, echaban hácia nosotros innumerables animales.

No he visto en la vida tantos venados y avestruces à un tiempo. Entonces se entu-

siasmaron todos, gefes, soldados, prisioneros. Entre estos, las mugeres bañadas en llanto, las criaturas lloronas, los taciturnos hombres de lanza atados sobre el caballo, lo olvidaron todo y prorumpieron en grítos, batiendo palmas. Los perros *pampas* que tiritaban, metidos entre las piernas del jumento de su dueño, maltratados cuando intentaban alejarse de este refugio por los perros de regimiento, que no ignoraban que estabamos en guerra con la tribu, se abalanzaron tambien, confundidos con los demás.

Uno que otro soldado, obedeciendo sín mas miramientos á su pasion dominante, salió de las fílas à todo escape, *remolineando* las bolas y atronando los aires con el fantástico : Hu! hu! hu! hu! que es el grito de guerra y de caza del indio. Lo veiamos volver luego, jadeante aun del ardor de la carrera, con un avestruz colgado al recado. Ahora pregunto yo ¿es esto tan vis-

toso como las trampitas de *Medias-de-Cuero?*

Pero si los boleadores son mas decorativos que los mestizos franceses del Canadá, no pueden compararseles en cuanto à lealtad y desprendimiento.

Digamoslo de una vez, lo ageno les gusta à la par de la caza. Esto les viene de nacimiento.

— ¡ Que calamidad, señor! me decia un estanciero de la indecisa faja de tíerra que existia entonces en el sud de la provincia de Buenos Aires, faja que la civilizacion no lograba arrancar à la barbarie, en que prevalecia el desierto, en que se dilataban las estancias de docenas de leguas cuadradas, en que millares de cabezas de ganado bovino é yeguarizo alternaban con verdaderos rebaños, comparativamente mas mansos, gamas y avestruces, — ¡ que calamidad, senor! El juez de paz de Tres Arroyos acaba de autorizar una gran boleada.

— Y ¿Qué? ¿Se interesa Vd. tanto en los venados de su campo?

— ¡Si se tratase de venados! No sabe Vd. lo que son los boleadores. Su verdadera caza son los caballos y las vacas del prójimo. Hacen de ellas un gasto que dá miédo. En cuanto se annuncia una boleada,

acuden todos los haraganes de la region como gaviotas à la carneada. ¡Linda traza de gauchos! es cierto. Esto no se puede negar. ¡Gaucho fino ha de ser quien se meta á boleador¡ Y bien montados! Ya lo creo! Todos los caballos del campo son de ellos. ¿Que poder humano los salvaria de

su lazo? No importa, es cosa de ver cuando andan à toda carrera detrás de un venado haciendo girar las bolas, y lo tiran al suelo á cien metros de distancia, arrojandoselas à las patas.

Los ojos del estanciero centelleaban. Habia seguramente boleado en mejores tiempos, en el tiempo feliz en que no tenía todavia diez leguas de campo y en que cifraba su fortuna en un recado, un freno, un corazon valiente y los caballos agenos, á los cuales entonces consideraba como sin dueño, enlazandolos si se ofrecia.

En este momento combatian en su alma los intereses del maduro propietario y las calaveradas de su juventud. Obligado á vituperarlas, no podia menos de acariciarlas con sentimiento.

Sin duda, es cosa de verse, la salida para la boleada. Los gallardos mozos lucen sus mejores aperos, y ginetean airosamente en briosos caballos; los galgos flacos y ariscos

andan trotando sobre los flancos de la columna, irradiando en sus ojos el fuego de las emociones venideras, y se lamen el hocico al pensar en el buen chorro de sangre caliente que se han de chupar en breve. En lontananza, una nube de polvo indica la marcha de la caballada de muda.

Ya estamos en el terreno de la cacería. Se prepara el fogon cuyo delgado humo, dirigido al cielo por medio de un sombrero de pasto de forma cónica, se vé de muy lejos, y permitirá luego à los cazadores rumbear en derechura al punto de reunion. Cada uno ensílla su mejór caballo, el orgullo de su dueno, el caballo que este, empleando una expresion comercial que marca bien la importancia del bridon, llama : *mi crédito*. Los grupos se alejan en rumbos divergentes, galopan tres ó cuatro leguas, dan vuelta y se dirigen en dispersion al punto de partida, arreando cuanto animal se halla encerrado en el immenso circulo que forman.

A medída que vienen cayendo al centro, el interés llega à su apogeo. No se ve sino avestruces que caen aleteando, y tienen clavados en el cuerpo los feroces colmillos de un galgo, ó gamos que en plena dispa-

rada ruedan de repente, enredadas las patas en las tirillas de las bolas.

Antes que el animal haya tocado el suelo, el ginete está encima de él, ya desmontado, cuchillo en mano. Lo degüella, le saca el cuero, con pasmosa rapidez, salta à caballo y sigue, dejando abandonadas las palpitantes carnes à los perros, los caranchos y los

zorros. Solamente cuando está en pleno desierto, come de lo que ha cazado. Aprecia de vez en cuando el sabor aceitoso del avestruz, pero se mantiene solamente por necesidad con carne de gama.

En los puntos en que existen vacas, ó síquiera yeguas, las aprovecha con marcada preferencia mereciendo por ello las maldiciones de los estancieros. Tales maldiciones no le quitan el sueño, lejos de eso; — las adivina, las saborea, y como, en razon de la soledad, de las distancias, de las indefinidas llanuras en que vaga, quedan reducidas à efectos meramente platónicos, forman el mejor condimento de su festin.

A la noche, bien comidos, al rededor del fogon, cantan, toman mate, tocan la guitarra.

Cada uno cuenta sus proezas y las de su cabalgadura. Un caballo rodó y se mató. Pero el ginete abrió las piernas y fué lanzado bastante lejos para que la bestia, que dió la vuelta entera, como un *clown* de circo, no

alcanzase à aplastarlo como una pulga. El gaucho à quíen aconteció este percance hace constar, muerto de risa, que cayó parado. Esto no es para todos. En estos casos, los que no caen bien plantados sobre los piés y no salen corriendo, los que se van al suelo en cuatro piés, no son verdaderos gauchos.

El fogon se vá apagando, la conversacion tambien. Cada uno se arregla para dormir à cielo raso. Antes de aclarar, estarán en camino. Marchan así durante semanas enteras, allá, siempre mas allá, sin ver caras ni casas humanas, hasta saciarse de aire libre y de vída violenta, desafiando la inmensidad, en guerra abiérta con el desierto, que los acecha, y por cualquier descuido se los traga.

Son intrépidos que se avienen mal con la existencia y las preocupaciones de los puebleros. Los boleadores de Junin, en los tiempos en que Junin era una poblacion de vanguardia cuyos campos eran à cada rato

invadidos y talados por el salvage, habian conquistado fama de guapos y de arrojados en la guerra de fronteras. Impetuosos en el ataque, incansables en la persecucion, se les ha visto cargar sin armas y pelear uno contra tres. Para proporcionarse una lanza, no vacilaban en acometer con bolas y cuchillo al indio que la llevaba. Por cierto, para batirse de este modo, se necesita ser hombre.

Pero desde que los indios *aflojaban* y disparaban ¡adios! ya no habia guardia nacional de Junin, se desbandaba. Estos héroes solo se acordaban de apropiarse el botin de los invasores, especialmente los caballos, que sus legitimos dueños no volvian à ver. Si un salvage mal herido se revolcaba en el suelo, era para ellos un gusto, una atrayente operacion, degollarlo, cortarle la traquea de una sola cuchillada, haciendo una incision limpia. Es una de las superioridades de que se precian.

Considerándolo bien, al boleador lo halaga el degüello tanto como la caza y los caballos agenos. En las pláticas del fogon, son indefectiblemente saludados con bravos y carcajadas los feroces y exactísimos versos de *Martin Fierro* sobre la muerte de un Indio.

> Quizo mezquinar la garganta,
> Pero hici la obra santa
> De hacerle estirar la geta.

Sin embargo, tómenlo como lo digo, son excelentes muchachos para los que los entienden. Yo tengo la pretension de entenderlos, porque he tenido la equidad de darme cuenta de lo que son, y soy con ellos indulgente, no porque han amado mucho, —no es este su flaco, — sino porque han sufrido mucho.

Con dos, entre otros, he trabado durante un mes relaciones estrechas. Eran los mas famosos boleadores de Bahia Blanca.

El chasque mas arriba mencionado fué talvez uno de ellos. Ambos habian desempeñado este servicio en varias ocasiones, cuando en cada viage se jugaba la vida, no por la sed, sino por los indios. Sin embargo no me cabe en la cabeza que uno ú otro se haya extraviado en el camino. Eran hombres de campo completos: lean y juzguen.

El primero llevaba un apellido illustre. Se llamaba Sarmiento, y aseguraba que era pariente del ex-presidente de la República. La cosa no es imposible, parentesco ilegitimo por supuesto. Era, como el presidente, oriundo de San Juan.

Vino para servirnos de vaqueano, montado en pelo en un caballo flaco. Como teniamos que ganar primero el Rio Colorado y remontarlo hasta once leguas de Choele-Choel, sin contar las operaciones accesorias de descubierta, mil kilómetros por lo bajo entre ida y vuelta, la cosa nos sorprendió.

— ¿ Tu recado ?

— No tengo. Es mi modo de viajar.

— ¿ Harás la expedicion en pelos?

— He hecho otras peores.

— ¿ Como dormirás ?

— En el suelo.

— ¿ Con este ponchito viejo para taparte?

— ¿ Que vamos á hacer? No tengo otro.

— Idea rara, la de venir sin recado !

— Le voy à explicar. Es una idea que me ocurrió cuando hacia el servicio de chasque à Patagones. De tres viages, habia dos en que me correteaban los indios. Tenia que dejar el caballo ensillado y saltar en pelos en el caballo de reserva, puesto que cada vez estaba en un tris de ser agarrado. Los indios aprovechaban mis recados, y en los principios, como un zonzo, compraba nuevos à medida que me los quitaban. Hé suprimido el recado. Todo está en acostumbrarse. Estoy acostumbrado.

— ¿ Has hecho este servicio mucho tiempo ?

— Tres años. Dos viages por mes. Es buen trote.

— ¿ Son sesenta leguas de Bahia Blanca á Patagones?

— Sesenta larguitas.

— ¿ Porque lo has abandonado?

— Primero, cuando se acabó el peligro de indios, se disminuyó el sueldo, que era escaso. Además, esto era un inconveniente para ir à la boleada.

— ¿ Ibas à bolear por añadidura?

— Muy poquito. Piense Vd., dos cientas cuarenta leguas obligadas cada mes! Me enamoré de una china de la tribu de Linares, necesitaba plata. Dejé la profesion de chasque y me pusé à bolear, no mas.

— Y ¿ te va bien?

— Me iria muy bien, si no fuese jugador. La última vez que salimos, junté mil pesos de cueros y de pluma de avestruz en un espacio de mes y medio.

— ¡ Mil pesos! y no tiene poncho?

— ¿ Que quiere? me han descamisado. Felizmente, primero habia ataviado la china. Pero he tenido que deshacerme del perro y de los caballos. Esto es lo peor, el perro sobre todo. En cuanto à caballos, los tendré buenos cuando quiera.

— No lo dudo ¿ era bueno tu perro ?

— Regular. De mucho aguante, pero lerdo. Los perros mestizos cuestan ahora en Bahia un ojo de la cara. Ahi tiene Vd. el perro de mi companero. Avestruz que vé es suyo ¿ Sabe Vd. cuanto le costó? Seis cientos pesos. Le ganó ocho cientos en la primera boleada en que lo llevó. El compañero que poseia este notable perro era tan taciturno como charlador su amigo, y tenia *prendas* tan buenas como las tenia andrajosas el otro.

Montaba un magnifico caballo zaino. El comandante le ofreció por él tres cientos cincuenta pesos. Le contestó con su tono sentencioso : — Para Vd. no los vale, para mi

vale mas. — Seguramente lo habrá vendido treinta ó cuarenta pesos algun dia en que le fué mal.

Como la linea de fronteras remataba en Bahia Blanca en forma de embudo, los boleadores del punto estaban à cuatro leguas del territorio indio. ¿ Como hubieran prescindido de internarse ? Pasaban la vida fraternizando con las tribus inmediatas ó merodeando à escondidas en sus cacerias. *Pasaban la vida*, es un modo de hablar; à menudo la perdian en esas andanzas. Con los indios, no hay que fiarse.

Unas veces un grupo de boleadores se largaba á una tolderia en visita de amistad. Se charlaba mucho, — todos, quien más, quien menos, hablaban indio, — se bebia à gusto. Se hacian cambalaches, se tenian amoríos con las chinas bonitas.

Pocos dias mas tarde, los mismos boleadores se encontraban en pleno campo con una partida de indios, y estos, viendo que

eran mas fuertes, aprovechaban la oportunidad para degollarlos, sin especial motivo, por entretienimiento, para « hacerles estirar la geta. »

Pregunté un dia al gaucho del zaino :

— ¿ Muchos cazadores han sido muertos por los indios de algun tiempo à esta parte?

— Todos los boleadores mueren degollados, contestó con gravedad y calma.

Esta asercion, como hemos visto, es exagerada. Los hay que perecen de sed.

EL

RE ÑIDERO

No hace mucho, tuve la ocasion de ir, en la Banda oriental, á un pueblito de mala muerte del littoral del Uruguay, y esta excursion me ha interesado en extremo.

Es cosa conocida que la Banda oriental está formada por capas de terreno primitivo

que surgieron, no se sabe cuando ni como, del inmenso Océano en cuyo fondo se depositaron los aluviones que han llegado à constituir la otra orilla del Plata.

La provincia de Buenos-Aires ha sido edificada con barro, la Banda oriental con roca. No es un detalle insignificante esto de pisar un suelo de granito ó de fango apenas oreado. Para principiar por el principio, no ignoran Wdes que los caballos de la Banda oriental, algo bajos, pero alegres y animosos, tienen mas firmes las manos, mayor soltura y aguante que los de las pingües llanuras de la ribera de enfrente, de que sin embargo son descendientes. La carne del ganado bovino se parece à la de Europa. Es mas nutritiva, mas sabrosa, mas azoada, como dicen las sábios, que la de las estancias de Buenos-Aires.

¿ Se habrán figurado Wdes que los hombres no han de participar de los carácteres generales de la fauna, los que son eviden-

temente un resultado de la clase del suelo? ¡Que error! La gente está sometida como las bestias à las influencias del medio ambiente.

Los orientales están dotados de un temperamento mas seco, de músculos mas duros, de pasiones mas vivas, de arranques mas bruscos, que lo que se nota rio por medio. Les gusta retozar como buenos potros en buen potrero.

Estas tendencias les han costado bastante caro para que se les conceda su mérito. Los han llevado lejos, ó mas bien dicho, bajo. Les han acarreado una honda desorganizacion, correrias perpétuas é insensatas de ganado alzado. Lo repito: se aplican à los rebaños humanos las reglas de los que no lo son. Cuando el ganado no es linfático, mas dificil es conservarlo quieto, evitar las disparadas, acostumbrarlo al rodeo. La tranquilidad política, las instituciones respetadas son el rodeo de los ciudadanos.

Nos hémos apartado al parecer del reñidero. Ya viene.

Estaba diciendo, pues, que el gaucho oriental es mas primitívo, mas arisco ante la civilizacion, que el gaucho porteño. Huele mas netamente à mestizo índio, tiene cualidades mas ásperas ¡ Efectos del suelo y las revoluciones !

¿ Han notado Wdes que cuanto mas nos acercamos al hombre primitivo, tanto mas desarrollado se presenta el furor del juego y de la borrachera ? Si no lo han notado, vayanse à vívir un tiempo entre indios, la evidencia de este aserto les parecerá indiscutible.

Lo atribuyo, en lo tocante al juego, à las estrechas relaciones que existen entre este y la supersticion por un lado, la haraganería por el otro.

El jugador es siempre supersticioso. De cualquier supersticioso se puede hacer un jugador. La suerte es probablemente la

primera deidad misteriosa que el hombre haya adorado en los limbos de la barbarie, con un decidido empeño en procurárselo todo sin trabajar.

Primos timor fecit deos, ha dicho Lucrecio. Hé vísto, con estos ojos, religiones en su nacimiento, como hé vísto manar de los ventisqueros de la Maladetta, en el *Saout del Boueou,* el torrentillo que llega á ser mas tarde el majestuoso Garona, y pienso yo que fué el Acaso el que tuvo los primeros altares, y que este ha sído el conducto por el cual la nocion de lo sobrenatural se deslizó en nuestra alma.

Las *salamancas* de los indios, los *grisgris* de los negros, los amuletos de los jugadores, son exactamente la misma cosa. Un sueño revelador del número favorecido de la loteria, ó de las arcanos del porvenir, no es una historia propia solo de la Biblia. El cacique Marcelíno Catriel, el dia que lo tomamos, me la ha contado.

Bajo este punto de vista, la pasion del juego, que se desarrolla de vez en cuando entre los civilizados, con caractéres curiosos, genuinos, con los síntomas todos de una enfermedad mental tan imperiosa en sus manifestaciónes como la fiebre, á la cual se ha comparado hasta el cansancio en prosa y en verso, — la pasion del juego no pasaria de un fenómeno de atavismo, como diria Darwin.

Provendria de un retroceso, en medio de la série de las generaciones, hácia el tipo originario, de una conformacion antigua del cerebro que repentinamente reapareceria, como nacen caballos gateados, con listas en el espinazo y el jarrete, porque su lejano ascendiente estuvo rayado.

Los habitantes de la Banda oriental no tienen necesidad de remontarse tan lejos para ser jugadores desenfrenados. Lo son porque sí. El juego es una enfermedad mas general en ellos que la misma viruela.

En el momento en que visité el aludido pueblito, esta pasion hacia estragos à sus anchas.

Un alto funcionario, con visos ó pretexto de reglamentarla y de canalizar el vicio, en vez de combatirlo, habia dado en todo el partido ámplia licencia á los juegos de azar. Habia impuesto una sola condicion : eran sometidos à la inspeccion de empleados especiales. Estos cobraban algo sobre cada partída, y tenian que rendir cuentas al inspector general de los juegos, que residia en la capital del partido, y era nada menos que el hermano carnal del autor del reglamento.

Se jugaba, como es natural, en todas partes y á todo trance. Cada pulperia se habia convertido en un garito permanente, del aclarar al anochecer, y del anochecer al aclarar. El juego de azar se habia enseñoreado hasta del billar, desterrando la pacífica carambola. Pero quiero hablar unica-

mente de los reñideros. Basta ya de consideraciones preliminares.

Los conocia desde Buenos Aires, en que no pasan de tolerados, y tienen un edificio propio que recíbe cada domingo un centenar de aficionados, verificandose las riñas con una seriedad escasamente pintoresca. ¡Que distintas eran las cosas en la Banda oriental! El reñidero se instalaba en el patio de una confiteria, al pié de dos ó tres raquíticos naranjos. Bastaba al efecto un pequeño circo portátil de lona, con tan liviana armazon de madera que podia llevarse con una solo mano.

En el fondo del patio estaban en línea las jaulas de los gallos de riña, cuidados con tanto esmero como un *stud* de *parejeros*. Cada habitante tenia su nombre y genealogía, — genealogia oral sin duda. Para que pueda llevarse un *studbook* en regla, será preciso que el ler y el escribir se generalizen entre los apostadores.

A penas armado el circo, y guarnecido su interior con una capa de linda arena,

los jugadores acudieron. Cada uno llevaba debajo del brazo su gallo tapado con un poncho, y se hicieron las apuestas. —

¿ Cuánto pesa su gallo ? — Tantas libras. — El mio pesa solamente tantas.

Tratan en general de oponer uno á otro dos gallos del mismo peso, cuando sus demás condiciones son análogas. Pero tal gallito todo nervios podrá competir ventajosamente con un gallo grande todo huesos. Esto depende de la casta, de la preparacion, de la destreza en la esgrima de la púa, de los antecedentes del padre, de gloriosa memoria.

Son otras tantas cuestiones que se discuten horas enteras entre dueños de gallos. Los que quieren apostar miran, escuchan, toman apuntes mentales, palpan sus pesos de plata en el bolsillo, al establecer el cálculo de sus *pollas*, sin juego de palabras, absorto el pensamiento y relucientes los ojos ¿ Pasan de otra manera las cosas en las carreras de Epsom ó de Chantilly ?

Enfin se pusieron dos gallos en presencia. Uno era viejo, pelado y tuerto. Su dueño era un gaucho ya entrado en años que se le

parecia bajo varios conceptos. Por lo demás bien en punto, nada cargado en carnes, superiormente preparado, — el gallo, se entiende, — y diestro segun se decia, como el diablo para pegar en plena garganta al adversario.

El otro era un gallo nuevito que se estrenaba. Su padre habia sido célebre, su madre era cualquier cosa. Le faltaba, aseguraba su propietario, cuatro ó cinco dias de preparacion. Un criador sério de gallos avalúa esto con una aproximacion de horas. Pero el gaucho viejo sostenia que esta asercion no pasaba de un ardid, que se hallaba en el estado preciso.

El gallito arrancó bien. Tenia furia. Abusaba talvez del pico, ensangrentando la cabeza de su contrario; pero, si no consiguen hendir el cráneo, tales golpes no son decisivos. Dos ó tres puazos que dirigió al viejo, y que me parecieron firmes, determinaron á pesar de esto una baja en sus accio-

nes. — Es torpe, decian los entendidos, y el viejo gaucho aumentaba sus apuestas, jugaba contra todo el mundo.

Su gallo, chorreando sangre, erizadas las plumas, se cansaba visiblemente. El gallo nuevito adquiria mayor fijeza á medida que se le apagaban los brios. Los últimos cinco minutos, — el asalto duró unos veinte, — fueron palpitantes. El gallo viejo, con su único ojo tapado por la sangre, arrancada la cresta, herido el pecho, ocultó su cabeza, que laceraba el terrible pico, debajo del ala del otro, y ambos dieron vueltas algun tiempo sin que hubiere forma que la sacase.

Las apuestas se multiplicaban rapida y gravemente, en voz baja. Cuanto mas impresionado y ansioso está el gaucho, tanto mas impasibilidad demuestra su fisonomia.

El combate se armó de nuevo, con mayor encarnizamiento. De repente el gallo viejo dió con la coyuntura que buscaba, y le asestó su golpe de gracia, su estocada secreta.

El otro siguió un ratito peleando. A veces le silbaba la garganta, á veces se sentia un *glu-glu* sordo. Lo ahogaba la sangre. Enfin no pudo mas, disparó, pidiendo merced.

¿A que decír que nó, si así es? Pidió merced, el desgraciado! Emitió dos ó tres quejídos inarticulados. Esto se llama cacarear. Es la vergüenza de las vergüenzas. El víejo mientras tanto, victorioso, ensangrentado, horroroso y soberbio, lo miró con desprecio é hizo sonar un canto triúnfal.

Mientras que su dueño, despues de embolsar lo que habia ganado, le lavaba las heridas con vino blanco, el propietario del pobre gallito novel repetía tristemente : — ¡Bien lo decia yo! Padre valiente, madre desconocída¡ Ha cacareado! Fué por el puazo en la garganta, la sangre lo ahogaba. ¿Conservaría yo un gallo de casta dudosa, un gallo que ha cacareado? Jamás!

Obedeciendo à una viéja costumbre mia, de que no renegaré nunca si Dios

quiere, me había pegado al vencido, cuyas heridas no se lavaban con la mas mínima gota de víno blanco. El monólogo del amo se terminó en cuanto llegaba junto à la jaula. Al hacer el gesto de colocarlo adentro, cambió de ídea. — Trae el hacha, dijo à un muchacho, y agarrando el gallo de las patas, le puso la cabeza sobre el tajo, un tronco de sauce que alli habia para cortar la leña de la cocina.

El pobre gallíto no sabia lo que le pasaba; pero la sangre, que seguia producíendo en su garganta lamentables borborigmos, hacia que sacudiese la cabeza desesperadamente. El hombre, torpe como el verdugo del duque de Montmorency en Tolosa, erró el primer hachazo.

Entonces le golpeó el cráneo contra el tronco de sauce para que dejase de moverse, y con el segundo le separó à medias, no del todo, la cabeza del cuello. Lo tiró en un rincon à que se deslizaron en el acto,

atraidos por la sangre, dos gatos uraños y golosos.¡ *Væ victis!*

No me animé à ver mas. En cuanto salia, el gaucho viejo vinome à ponderar la segunda riña que se preparaba en medio de idénticas discusiones : dos gallos del mismo peso, de misma casta ¡ por supuesto! eran hermanos. Seria un combate dramático. ¡ Mil gracías! Me fuí à contemplar el sol poniente en el Rio detrás de la « Isla sola. »

EL GATO MORO

Se han hecho muchos bosquejos del gaucho, lo han pintado en las situaciones y posturas mas diversas, en su rancho, en la pulperia, en la boleada.

Pero es un tipo voluble y variable cuya descripcion es un tema inagotable. Quisiera hoy hacer un croquis del gaucho bravo, del

gaucho alzado, esto es, traducíendo en lenguáje ordinario estos expresivos epitetos, sacados de las costumbres del ganado medio salvage, un croquis del gaucho que se ha declarado en abierta guerra con los jueces y los policianos, que la sociedad no supo amansar, y que se echó al desíerto, confiando en su cuchillo, como el tigre en sus garras, para hacer respetar sus gustos de vagancia y de soledad.

Tienen indudablemente mucho del tigre. Tienen el mismo cráneo chato, la misma sed de sangre, y otros defectos mil que hacen à esta fiera muy poco recomendable para los pacíficos civilizados, para los estancieros y los *turistas* aficionados. Pero participan tambien de su soberbia, de su valor, de su astucia, y en resumídas cuentas es difícil no interesarse en seres como estos que, hombres ó fieras, son la andante aplicacion de la altanera divisa : yo contra todos, todos contra mí.

El Gato Moro nos ofrece un bonito ejemplo de este fenómeno de atavismo, que nos hace remontar hasta los tiempos en que los humanos pasabamos la vída en el fondo de las selvas prímítivas, y en que los dos elementos esencíales de la exístencia eran el homicídio y la caza. Pocos años ha, aterrorizó con sus sangrientas hazañas la provincia de Corrientes.

Es de notar que su parentesco con los felínos no habia escapado à la poca ilustracion de sus compañeros. Le habian dado el sobrenombre de *Gato*. En cuanto à *Moro*, la palabra designa un pelo de caballo y el color de una variedad de cantarida, el bícho

moro, cuya picadura es cruel. En su laconismo, el sobrenombre significa: un gato malo como una cantarída. Es corto, pero significativo.

En los principios de su carrera de bandido, era simple cuatrero, como existian entonces muchos en la provincia de Corrientes. Su número estaba siempre en relacion con los abusos de la administracion, y su historia era siempre la misma. Habian tratado de establecerse, de trabajar, de formar una familia honrada. Un dia habian tenido que saltar precipitadamente en pelo sobre su mejor caballo, y que disparar de la partida de policia que venia á sorprenderlos afin de mandarlos à un batallon atados codo con codo.

¿ Por qué razon? porque el juez de paz codiciaba su muger, ó un oficial de la partida su parejero, ó porque no votaban con docilidad, ú otros análogos motivos. Una leva legal, un reclutamiento regular eran

cosas que ni se mentaban en aquellas épocas de mandones.

No falta quien asegure que este modo arbitrario y sin control de reclutar defensores de la patria no iba dirigido sino à los pendencieros, à los enlazadores de vacas agenas; pero contados son los gauchos que no reunan ambas condíciones, y para los pobres diablos que caian en la trampa, à lo critico de su situacion se añadia frecuentemente la amargura de ver la ejecucion de las sentencias del juez de paz entregada precisamente à bandidos célebres ó á vagos de profesion, cuyos antecedentes les eran por demás conocidos.

Sálvese quien pueda era su lema. Pensaban que cuando la ley se aplica tan caprichosamente, están libres de culpa y cargo los que se sustraen à sus arbitrariedades.

Nuestro hombre está, pues, solo, à caballo, en plena pampa, despues de haber cansado los mancarrones flacos de la poli-

cía, libre de ir a donde quiera, menos à su casa. Ha pasado de la condicion de gaucho casi sedentario à la de gaucho errante. Es cuatrero, no ha entrado todavia en la categoria de gaucho bravo.

Se necesitan, para que se verifique esta transformacion, una vocacion especial y circunstancias particulares.

Estas circunstancias derivaron, para el Gato Moro, de la intervencion de las fuerzas nacionales en Corrientes, en 1880. En cuanto à la vocacion, la tenia muy marcada, como se verá.

Lo pusieron preso por revolucionario y lo encarcelaron junto con toda una remesa de pobres rebeldes, que ignoraban de que se trataba. Organizó entre ellos una conspiracion. Lo delataron, y las autoridades no acertaron à mas que à mandar en el acto al reo à Buenos Aires. Todo Correntino es nadador insigne. El comandante de la cañonera que lo llevaba no se fijó bastante en

esta observacion. El Gato Moro consiguió tirarse del buque al agua, se

zambulló, y bajo un fuego graneado, se puso en salvo en los cañaverales de la orilla.

Entonces, habiendo maduramente reflexionado sobre las cosas de este mundo, parece haber llegado à esta conclusion, que cuanta calamidad ocurria en la tierra no debia achacarse sino à los jueces de paz. La pura verdad es que los jueces de paz de Corrientes en esa época no eran, segun dicen, como para infundir el respeto á la justicia.

Sea de esto lo que fuere, el Gato Moro, dictandose à sí mismo una sentencia sin apelacion, decidió que lo ocurrente era exterminarlos. En pocas semanas, cinco perecieron; los hallaron degollados, revelándose à las claras, por lo irreprochable de la incision, la segura mano del Gato Moro.

Una respetable fuerza emprendió su persecucion sin entusiasmo. Estos soldados habian sido reunidos valiendose de los métodos de que se ha hecho mencion mas arriba, y pensaban en sus adentros que el Gato Moro no dejaba, bajo ciertos conceptos, de estar en su derecho.

Una madrugada, los dos oficiales que mandaban la columna no aparecieron á la diana. Habian pasado la noche en un rancho situado á poca distancia del campamento, y abandonado por sus habitantes. No se halló adentro sino el cadaver de los dos oficiales. El Gato Moro estaba en acecho y los habia muerto.

La persecucion, despues de esto, aflojó un tanto. Pasaron sin novedad seis meses, como hubieran podido pasar cien. De repente el Gato Moro desapareció. Se supo que habia emigrado al Paraguay y no lo inquietaron. Parece que ha acabado por ser un hombre como cualquier otro, que sus instintos feroces se han apagado por falta de ocasion de lucirlos. ¡Desgraciado del que los despertarà! Para desmerecer del todo del título de héroe de novela á la antigua moda, no le faltaria mas que ser padre de numerosos hijos. No abrigo la mas mínima duda, conociendo á los gauchos como los

conozco, que no desempeñe esta oblígacion, que no ha de proporcionar á la República del Paraguay cuidadanitos de egregia clase, con tan vivo ardor como gastó en la supresion de los jueces de paz[1].

1. La ferocidad del Gato Moro no se ablandó y ha quedado hasta su fin à la altura de su sombria fama. Publicada ya la edicion francesa de este libro, leo en un periodico de Buenos-Aires el siguiente suelto (*el Diario*, nº del 9 de 8bre de 1889).

La Policia de Monte-Caseros acaba de dar muerte al famoso bandido Alberto Zarate (a) Gato Moro, quien con los salteadores Romerito, Fulgencio Borda y Leocadio Leiva, ejercian el bandolerismo mas salvage en aquella parte de Corrientes y en el departemento oriental de Artigas.

Gato Moro tenia una larga cuenta con la justicia. Ultimamente habia sentado sus reales en Santa Rosa, donde cuatreaba á mansalva siendo el terror del lugar.

El miércoles tuvo aviso la policia de Caseros que habian pasado Gato Moro y su gente de aquel pueblo en una chalana, con una vaquilla que habian robado. Despachó el activo gefe politico D. Oscar Dominguez una comision al mando del alferez Ballejo à recorrer la costa del Uruguay en persecucion de la chalana, la que fué encontrada en la barra del arroyo Mangangá.

Gato Moro procuró ocultarse al ver que huian sus

Me dirán seguramente : lo que nos está contando no es interesante ni muy nuevo. Muchachos parecidos á este no escasean en nuestra propia casa. Sin hablar de los paises en que el bandolerismo florecia hace poco y no ha sido desarraigado del todo, los anales de los tribunales del crímen ofrecen á granel tipos tan netamente caracterizados como su Gato Moro. No es indispensable franquear los mares é internarse en los desiertos para encontrar hombres tan desalmados que no hay mas que pedir.

No desconozco lo acertado de esta re-

compañeros, pero el oficial Ballejo no le dió tiempo, y acorralado como se acorrala un tigre, procuró no caer en manos de la policia y defender su libertad como los tigres la defienden.

Al darsele la voz de preso, armado de un facon y de una pistola contestó:

Solo muerto me han de llevar. Un gaucho como yo no se rinde á la policia.

Los agentes de la autoridad, al ver la resistencia que hacia el célebre bandolero, cumpliendo con su deber, le hicieron fuego, cayendo herido de muerte para no levantarse mas.

flexion. Diré mas, me asiste cierto amor propio nacional al hacer constar que, en los tiempos de mi juventud, vivió en el departemento del Ariège un mozo que ni el mas pintado aventaja en criminalidad. Era un cazador del monte en guerra con la gendarmeria. Se sostuvo en campaña durante diez años, y mandó al otro mundo una porcion de alcaldes y una docena de gendarmes. No pararon en esto sus proezas. Encarcelado y sentenciado á muerte, logró evadirse de lo alto de la torre de la cárcel de Foix, que fué el castillo de los antiguos condes. La torre se eleva á mas de ciento cincuenta piés de altura; tiene á su base un camino de rondin que estaba cuajado de soldados, y se iergue en la cumbre de una roca vertiginosa cuyos piés están bañados por un torrente. Salvó todos estos obstáculos valiendose de sogas fabricadas con sus sábanas. No cabe duda que un malhechor de este temple es abominable, pero resuelto.

De consiguiente, cuando lo prendieron de nuevo, sacrificando en la demanda unos cuanto gendarmes, en aras del decoro de la sociedad, tuvieron que indultarlo. Todos los corazones sensibles se conmovieron. Las señoras del departemento del Ariège se hubieran muerto de disgusto, si lo hubiesen decapitado.

Lo mandaron à presidio; se escapó otra vez, y recibió la muerte de manos de una muchacha de quince años, de una bretona de la antigua Bretaña. La quiso oblígar con amenazas à ocultarlo, y la niña le descerrajó en el pecho una pistola vieja y mohosa.

No hubiera podido desear, si la eleccion hubiera sido dejada à su albedrío, una muerte mas favorable à la formacion de una leyenda al rededor de su nombre. — Al vulgo le gusta experimentar un inofensivo susto, al oir el relato de crimenes, y no le es displicente que la Providencia, al castígarlos, haga gala de incídentes novelescos.

Ignoro, y poco me ímporta, sí mí mozo del Ariège es superior al Gato Moro bajo el punto de vista dramático. Ambos han tenido un buen fin, entendiendo con esta palabra un fin que concilia satisfactoriamente nuestros apetitos de aventura y nuestros instíntos de seguridad.

Lo único que queria decir es esto : en la misma Francia, pais en que disfrutamos las ventajas de una civilizacion mas vieja, y que por este motivo declaramos mas perfecta, seria una vana pretension figurarnos que hémos eliminado definitivamente de las circumvoluciones de nuestro cerebro la ferocídad primordial. Fué el atributo principal de lo que los cándidos llaman la edad de oro, y los sábios la edad de piedra. La satisfaccion mas franca, la mas completa voluptuosidad de la humanidad naciente fué el asesinato. Matar, para el salvage, es una fruicion superior à la de engendrar. Si no manchamos à cada rato nuestras manos con

sangre, esto es exclusivamente debido à una educacion hereditaria análoga à la de los perros perdigueros de pura raza, que se resisten obstinadamente à probar perdices, porque de tiempo immemorial sus antepasados han sido zurrados para que dejáran la costumbre. Con el andar de los siglos, su cerebro canino se ha amoldado à la prolongada leccion.

Cierto dia, sin motivo, nace un perro que ha perdido la nocion de los latigazos antiguos, y engulle una codorniz, aunque esté asada y puesta en la mesa. Los asesinos de nuestros días son este perro.

En Francia, forman la excepcion, porque estamos mas distantes del punto de salida. Nos desconciertan como una cosa anormal, pero no está del todo probado que el interés que nos inspiran, estudiado à fondo, no importe una manifestacion de la instintiva crueldad y un instintivo rencor de los rebencazos que en épocas remotas la han castigado.

Como confirmacion de esta hipótesis poco respetuosa, podriase aducir la escala muy significativa de las impresiones que las hazañas de los malhechores producen en los hombres de bien, segun el grado de cultura á que han llegado. Forman, por decirlo así, un reactivo que permite medir la dosis de civilizacion incorporada à nuestro entendimiento.

Los hombres de estudio y de reflexion los analizan con una curiosidad fria y penetrante. Inventan instrumentos de precision para medir su cráneo, despues de separado este del tronco, con pomposo aparato, en obsequio de la moral. Los tratan, segun la expresion de Tacito, *sine odio nec amore cujus causas procul habent.* El progresivo perfeccionamiento de su materia cerebral les ha quitado todo motivo de amor ó de odio, y los preserva de las sugestiones de un atavismo intermitente.

Los que son medianamente refinados, los

burgueses, para decirlo todo, gastan, cuando hablan de ellos, indignacion por lujo. Tienen la execracion demasiado exuberante para no ser sospechosa.

Ní remotamente quisiera insinuar que participan de los mísmos instintos. Su sentido moral, lo proclamo, es absolutamente correcto, neutral y cepillado.

Pero ¿ quien no habrá notado que, en cuestiones de moral como de amor, un rigor excesivo es frecuentemente el indício de tentaciones no confesadas ? Si el Sr. Prudhomme dice à voces que Laïs le dá asco, téngase entendido que la desea, cuando menos, que le tiene embargada la imaginacion. Hay esta diferencia : si se dice al Sr. Prudhomme que es mas calavera de lo que demuestra, se sonrie maliciosamente; si se le achacase que es mas sanguinario de lo que cree, se enojaria de veras.

En aquel caso, se dá cuenta de su picardía y la saborea; en este, él mismo no

alcanza à penetrar el misterio de sus propias tendencias. No importa, señor Prudhomme, sus ascendientes fueron puras fieras. Ha perdido sus atributos, dientes, uñas y vigor, pero no deja de ser Vd., — si, señor, Vd. en persona, con barriga, anteojos y todo, de cria de degolladores.

En cuanto à las naturalezas francamente impulsivas y mas estrechamente dominadas por las fatalidades de origen, — los analfabetos, los aldeanos, las mugeres, — no llego hasta sentar que les es simpática la criminalidad, pero seguramente no les son antipáticos los criminales. La opinion que tienen de ellos en un rinconcito de su corazon está formada de vaga ansiedad y de tierna compasion, en ninguna manera de desprecio. No insistiré, no suministraré pruebas ni ejemplos de lo indicado. Hé dicho lo bastante para hacerme apedrear.

Nuestra alma está sujeta à una porcion de sugestiones oscuras que nos vienen de

las raices mismas de nuestro árbol genealógico. Embarquen à un loco y no lo cuiden estrechamente durante

la travesía, se tirará infaliblemente al agua. No soy un loco, à pesar de haber incurrido en un sin número de locuras. Me precio al contrario, con excepcion de una que otra ocupacion en que no paso de un zonzo, de tener par lo general bastante juício. Sin embargo, estando un dia en alta mar, con lindisimo tiempo, me entretenia en mirar fijamente, reclinado en la borda, la superficie brillante de las olas y sus sombrias honduras. De repente brotó en el fondo de mi pensamiento una idea singular, la de precípitarme en el océano. La tentacion era suave, nada avasalladora; sé parecia al éco de un recuerdo en extremo lejano. El raciocinio, el espíritu de análisis, el sentido comun, no le permitian degenerar en obsesion. Comprendia sin embargo cuanta atraccion habia de ejercer en un cérebro descompuesto esta superficie azulada, transparente y fria.

La sensacion era extraña y me interesó

mucho. — ¡Como no! decia entre mí, paseando sobre cubierta, está por demás claro que este depravado gusto no es mero accidente, que es inherente à nuestra imbécil naturaleza; los rastros de la misma tendencia se hallan en las mas antiguas tradiciones. Los griegos la han conocido y cantado en versos, sus sirenas no son otra cosa. Los germanos, los sármatas, imaginaciones cargadas de brumas, pero llenas al propio tiempo de penetrante poesia, hablan de lo mismo en la generalidad de sus canciones populares. Nuestros mismos celtas, dotados de tan clara é irónica concepcion de la realidad de las cosas, no han dejado de acariciar, como consta de los cantos de Bretaña, el absurdo deseo de vivir debajo del agua, en grutas maravillosas, en la sociedad de los pescados...

Esta palabra, presentandose de repente à esta altura de mi monólogo, me llamó la atencion. Hice alto, muy sério, encendí un

cigarrillo, y dije : diablos! Se me acababa de ocurrir una atrevida asociacion de ideas.

¿ Quien sabe? la embriogenia nos asegura, y tiene la pretension de probarnos, que figuran efectivamente pescados entre nuestros antepasados. Antes de ser el cargante bipedo que mete tanto alboroto en la tierra, hémos llevado en el agua una existencia mas silenciosa. Nadabamos mejor y charlabamos menos, no hay afrenta en esta suposicion. Si las indicaciones de la embriogenia son acertadas ó no, es cuestion que no me corresponde dilucidar. Me es forzoso tomar por punto de partida lo que nos figuramos saber, puesto que no sabemos nada á ciencia cierta. Sin embargo podria decirse que esta teoria, à la cual por lo demás no tengo el mas mínimo apego, importaria una explicacion de la perversion de ideas que se produce en los locos, incitándolos à sepultarse en las aguas. Una reducidísima particula, un atomo, una circumvolucion,

una cualquiera cosa del encéfalo de un lejanisimo padre acuático, sale de letargo y hace de las suyas.

Nuestra alma se parece à una construccion vieja frecuentemente remendada, nunca concluida.

Al lado de habitaciones modernas, mas recomendables por lo confortable que por lo elegante, un pabellon de estilo alegre y rico ostenta la risueña coqueteria y la suelta travesura del siglo XVIII. Mas allá, deleitan la vista el noble conjunto y los ornamentos lujosamente sérios de una fachada del Renacimiento. En un rincon, una capilla ruinosa parece empeñada en defender contra las injurias del tiempo arcos medio caidos, florones góticos, delicados encajes de piedra, que se alzan sobro substructuras galo-romanas.

Mas abajo, en la parte ignota y sumergida del edificio, piedras rúnicas, hachas de silex, fósiles indescifrables, esperan un

golpe casual de pico para levantarse frente à nosotros del fondo de los tiempos y confundir nuestro orgullo.

Vivimos en esta casa. Con recorrer sus departamentos, paseamos al través de los siglos; con bajar à sus catacumbas, nos hundimos en el misterioso *mas acá,* tan insondable como el misterioso *mas allá.* En tales circunstancias ¿la echariamos de desdeñosos à propósito de uno que otro detalle arquitectural que no está del todo conforme à la moda del dia? Seria por demás absurdo.

Queda patentizado que somos todos, en el fondo, unos asesinos. Quien lo dudase despues de lo manifestado se acreditaria de hombre de escasa ciencia y de mal genio. Solamente, es una facultad de que estamos dotados en grado mas ó menos eminente. Esta reflexion me conduce de nuevo al Gato Moro, que esta digresion nos habia hecho perder de vista.

No es cosa de sorprenderse si, en el ambiente en que apareció, es menos excepcional que en Francia.

Pensándolo bien, lo sorprendente es que no abunde mas en la pampa, en estos momentos. Es cierto que abundaba, hace poco. El gaucho proviene en línea recta del indio. No es mi ánimo hacer una descripcion que se volveria interminable, y probablemente

repugnante, de las atrocidades en que se complace este. Como basta un boton para muestra, me limitaré à dos detallitos tomados al acaso en el monton, y que sobre el particular son del todo tópicos.

Cuando los indios, veinte años ha, talaban las llanuras al sud de Buenos-Aires, cuando sus hordas venian à arrebatar ganado y cautivos à unas sesenta leguas de la capital, les gustaba, de vuelta à sus toldos divertirse del modo siguiente. Desnudaban un cautivo, eligiendo preferentemente un estrangero muy blanco ó un negro muy oscuro, — odiaban especialmente à los europeos y à los negros, — le ataban los brazos codo con codo, le maneaban las piernas con una soga floja para que pudiera caminar y no disparar, y lo entregaban, para matarlo, à los niños de la tribu. Todos los muchachos, inclusos los que à penas caminaban, se abalanzaban, blandiendo cuchillitos. Las mugeres hacian

rueda, con carcajadas y aplausos, contentas á mas no poder. Cuanto mas largo era el suplicio, mas exuberante la alegria. Como candor de ferocidad, como preparacion metódica al crímen, no se puede desear mas.

Otro entretenimiento suyo era este. En la República Argentina, en tiempo de carnaval, se arman combates callejeros con pomitos, esto es con tubos de que sale, al oprimirlos con los dedos, un chorrito de agua perfumada. Los indios conocen esta costumbre y han querido imitarla à su modo. Sus pomitos son corazones todavía palpitantes de yeguas. Se valen de ellos para embadurnase unos à otros la cara con sangre caliente. Son sus grandes fiestas. Si, en vez de un corazon de yegua, estrujan un corazon arrancado vivo del pecho de un cristiano, la jarana es infinitamente mas sabrosa.

Mi valiente amigo, D. Francisco Moreno, el sábio explorador de la Patagonia, ha-

biendo caido en manos del cacique Shayuéque, fué reservado para este objeto. Lo guardaban expresamente hasta el momento de los próximos regocijos públicos. Una de las personas que instaba con mayor ahínco para tener la satisfaccion de usar el horrible pomito era la hijita del cacique. Se susurraba sin embargo que en otros tiempos, en los tiempos en que Moreno visitaba en la tribu como amigo... ¡ poco importa ! Moreno en toda ocasion se ha resistido enérgicamente à confesarlo, y tendrá para ello motivos que respeto. Felizmente consiguió evadirse. Es hoy día director del Museo de la Plata.

Basta y sobra con este doble *especimen* de las costumbres indias. Este es el orígen del gaucho, y si en algo participa de los españoles de la conquista, eran estos tambien varones que no adolecian de un exceso de ternura, y que, poco numerosos en medio de las poblaciones indigenas,

adoptaron por genio à la par que por política el temperamento de dominarlas por el terror. Las circunstancias exteriores no fueron tampoco de las mas propias para borrar de los instintos del gaucho la deliciosa impresion que le proporciona un tibio chorro de sangre escapandose de una herida. Además de la lucha contra los índios, en que no se pedía ni se daba cuartel, la obligacion de estar siempre con el cuchillo en la mano, la carneada diaria de las vacas para comer, hicieron para él de la violencia una obligacion, un indispensable don natural. Se forma un sanguinario como se forma un herrero.

Durante las guerras de la independencia, el gaucho fué heroico. En esta epopeya, es imposible no admirar sin reserva esos campesinos medio salvages conducidos al combate por la juventud entusiasta é ilustrada de las ciudades. Cuando la expulsion de los españoles fué definitiva, la batalla se armó

entre criollos, y en las guerras de recursos que reemplazaron á la gran guerra aconteció algo muy funesto, pero perfectamente natural. Los hombres de valía, los políticos de clara inteligencia y de elevadas miras, los oficiales de mérito, fueron sustituidos en un abrir y cerrar de ojos por gauchos analfabetos, crueles, atropelladores, cortados en un todo sobre el patron del Gato Moro. Cincuenta años antes, este degollador hubiera podido llegar à ser un especie de grande hombre y mandar ejércitos.

Si el partido unitario no hubiese triunfado en 1852, si no hubiera inoculado à la nacion las ideas europeas y norte-americanas de que estaba imbuido, se verian à la fecha cosas por otro estilo de las que se ven.

Nunca la República Argentina podrá agradecer lo bastante à los unitarios el servicio que le han prestado con su inalterable constancia. Agobiados por las mas récias

pruebas, aplastados por el brutal triunfo de la barbarie, no han desesperado jamás de la civilizacion y de la libertad. No ha sido en vano. Es admirable que, en unos treinta años, no mas, hayan trasformado à su imágen y semejanza á los mismos gauchos que los repudiaban, y que se conformaban mas bien con los rebencazos de caudillos que con la sábia direccion de filósofos.

Seguramente existen todavia en la República Argentina asesinos de nacimiento, asesinos, podria decirse, espontáneos, que matan de gusto. Hé conocido á varios; hé tenido, para escoltarme, todo un peloton de ellos. Un gefe de fronteras habia tenido la rara fantasía de coleccionarlos. Desde que tenia noticias de un maton que, segun la expresion local, « debia tres ó cuatro muertes », se empeñaba en tenerlo à su lado, convencido de que habia de resultar un guapo indiscutible. Habia formado de este modo una guardia que me prestaba de vez

en cuando por cortesia. Pues bien, en cuanto à valor, eran soldados à penas soportables. Intrépidos en las pendencias, dejaban de serlo en las filas. La disciplina no les habia comunicado la firmeza serena que hay que oponer à las sorpresas nocturnas, à lo imprevisto, à lo desconocido.

Es una prueba terminante de la inferioridad de su naturaleza, si se desorientan en estos casos, no es porque los asuste la muerte : para ellos, como para los animales, es cosa de poca monta. Solamente están en la mas completa impotencia de reaccionar, de dominarse en el peligro. Es una particularidad propia de las fieras. El jaguar no es cobarde, pero dispara como una liebre del ladrido de los perros. El oso es un animal en extremo valiente, el redoble del tambor lo pone en fuga irremisiblemente. El indio se hace notar por su brillante furia en la refriega, un estoicismo inquebrantable en presencia del suplicio; un tiro de arma de

fuego le inspira un supersticioso terror que una larga costumbre no le quita jamás del todo.

Volviendo al gaucho malo, lo cierto es

que hoy seria difícil formar siquiera un peloton de escolta con asesinos reincidentes. Primero, no se mandan ya al batallon, sino que se les encierra en una cárcel celular à la moderna en que se secan de aburrídos. La sola perspectiva del aislamiento entre cuatro paredes les causa un miedo cerval.

El gaucho se transforma tan rapidamente como el pais en que vive. ¿ Es esto un bien ó un mal? Los pintores y los jueces de paz opinan sobre el particular de distínta manera. Seria en resumídas cuentas una cuestion baladí : la fuerza de las cosas nos lleva, y las preferencias de cada uno no importan un bledo para el resultado final.

EL RECADO Y EL CABALLO

El recado es un mueble de doble uso, es montura y es cama. Cosa notable, desempeña à las mil maravillas uno y otro oficio. La enumeracion de los elementos que lo componen es como sigue : una ó varias mantas, un gran cuero colocado encima, la carona, que es la piéza de resistencia, los bastos, de que cuelgan los estribos, una cincha, dos ó mas pellones, ó chabrás, siendo

el superior felpudo y formado de un vellon de carnero, de aguará, ó de un paño de hilos largos à estilo de cuero de cabra, enfin un cuero delgado, el sobrepuesto, sujetado con un correon. Todas estas piezas son independientes entre sí, y se colocan sucesivamente.

Se vé en el acto de que modo se hace con el recado una cama. Las mantas y el pasto son el colchon. El cuero grande, la carona que las cubre, preserva el cuerpo de la humedad del suelo. El sobrepuesto y los pellones, arreglados à manera de cobijas, no lo preservan con menos eficacia de las aguas del cielo. Si, además de esto, el viagero se cuida de envolverse la cabeza en un poncho para que el rocío no le incomode la vista, dormirá à cuerpo de rey.

¡Que noches aquellas à campo raso! En los principios, me figuraba que se necesitaba preparacion. Desde el primer momento, me hallé à gusto, bien tapado y en seco. Me

dormí à pierna suelta. En la madrugada cayó un aguacero, reparé en este detalle al despertarme, estando ya compuesto el tiempo.

He visto al soldado argentino hacer campaña en pleno desierto durante varios meses, sin bagages, sin carros, sin carpas, sin mas abrigo que su recado. En el curso de esas expediciones, tuvimos que aguantar todos los tiempos, cálido, frio, seco, húmedo. No se enfermó ni un hombre. Volvian à sus cuarteles sanos y guapos. Se me dirá : son gauchos, y el gaucho es un animal de intemperie. Desde que existen oficinas de enganche, los europeos no escasean en los batallones; unos son soldados viejos, endurecidos à la vida milítar; los mas proceden en derechura de un pueblito de campo ó del colegio. No se enferman tampoco, debido al recado. No hay cama tan higiénica.

El gaucho no se conforma con otra. Aun teniendo à su disposícion instalaciones que

consideramos, los inexpertos puebleros, como mas confortables, no quiere prescindir del recado. Se acomoda en él à buena distancia de los techados. Su recado es su casa, casa de nómade que lleva siempre consigo.

Como pasa con nuestras moradas de sedentarios, hay empeño en que à primera vista el recado revele quien es y cuanto tiene su propietario. No repara en gastos para adornarlo. Unos bastos, esto les parece poca cosa, y se figurará que no han de pasar de un apero de burro. Pero si están relucientes de plata por detrás y por delante, si sus correas con virolas de plata sostienen estribos de plata tambien, de un kilógramo de peso cada uno, ricamente labrados, no dejan de hacer buena figura.

Hay dos clases de bastos. Unas veces están fabricados con un pedazo de madera acanalado que descansa sobre las costillas del caballo, dejando circular el aire à lo largo de la espina dorsal. Es el mismo prin-

cipio de la montura árabe conservado con pocas alteraciones en Chile y en Méjico. Se presta à una decoracion lujosa. Otras veces los forman dos cilindros de cuero unidos con tiras, y cuyas curvas se adaptan à las del cuerpo del animal. Son los bastos mas generalmente usados en la provincia de Buenos-Aires. Se sujetan por medio de la cincha, que consta de dos partes, — una superior aplicada directamente sobre los bastos, otra inferior, que es la cincha propiamente dicha. Para apretarla, no se necesitan hebillas ni clavillos. Todo el mecanismo consiste en una correa, que pasa por dos argollas y que permite con la mayor sencillez cinchar ó aflojar en el grado que se quiera. Ensillando con cuidado, este apéro rústíco no lastima jamás el lomo del caballo. Como se vé, con excepcion de las dos argollas de fierro, fáciles de reemplazar, y de los ornamentos de plata, que son puro lujo, no existe en todo esto una sola pieza

que no pueda confeccionarse sin mas herramientas y materia prima que cuero y un filoso cuchillo.

No necesita mas el gaucho para obtener además tirillas regulares y delgadas como hilo, cocer y orlar cada pieza del recado, recamar la carona y la cincha, ó trenzar, por un trabajo tan delicado como encaje, las riendas que luce en las grandes ocasiones.

El freno, de forma árabe, y con pesados ornamentos de plata, es el complemento in-

dispensable del recado. No se concibe el uno sin el otro. Con montura y freno, un gaucho es alguien; faltandole estás prendas, deja de ser hombre.

— No hé podido levantarme, decia un paisano, de la terrible quiebra que sufrí hace un año; no me levantaré mas!

—¿Te habias metido á comerciante? preguntó su interlocutor con no escasa sorpresa.

— ¿ Comerciante, yo? ¡ que esperanza!

— Entonces¿ que quiebra es esta ?

— Me robaron el caballo ensillado.

Estar sin montura es catástrofe irreparable ? Como llegaria á repararla ? Cuantos oficios conoce son oficios de à caballo. En las estancias en que se presente, le darán caballos, si no tiene propios, y hallar caballos, esto es lo de menos. Pero ¡ la montura !... Representa sus pergaminos, su dignidad, su razon de ser, su anillo de caballero romano.

Desde que se han construido ferro-carriles,

el gaucho ha tenido que dejar de vez en cuando de viajar á caballo. En estas peregrinaciones, no se separa del recado, por las dudas. Bien enrollado, atado fuertemente con la cincha y el cinchon, hace por añadidura las veces de balijita. Sus ropas están en el centro, junto con el freno. Carga orgullosamente con él en las estaciones, mientras llega el momento de ser cargado por él. Está tanto mas satisfecho cuanto mas pesa su montura. La categoria del dueño se cifra en el peso del recado. Es opinion arraigada de que no participa el caballo.

Este tambien es el complemento, el accesorio indispensable del gaucho, quien no se despega del recado precisamente porque vive montado. Si les acontece à Wdes. ver á un gaucho á pié en el campo, pueden mirar al rededor en la seguridad de ver á cuatro pasos un caballo que lo espera. No dejaria por nada de subir á caballo para andar cien metros.

El gaucho ha amoldado su caballo, como su recado, á su modo de ser, ó mejor dicho, han recibido los tres su sello de la existencia que llevan, de las penalidades y borràscas que forman el tejido de su vida. Los tres inseparables compañeros no son correctamente bonitos. Cierto aire corajudo y sufrido, su resignacion, su aguante, su valor, son su principal mérito plástico ; sus elegancias no pecan por refinadas en demasía. Pero que se trate de soportar la lluvia, el calor ó el frio, de chapalear en lagunas, charcos y lodazales, de pasarlo sin techo, gaucho, recado y caballo están en su terreno. Tienen los tres un lazo comun, un parentesco, la perfecta adaptacion al ambiente, el cual es especialmente crudo.

No está de mas extendernos un poco sobre el caballo argentino, mal conocido en Francia, pais en que le han achacado fama de arisco, lo que es contrario á la verdad. En general, es particularmente manso.

Solamente, criado á campo, sin haber visto otra cosa que el desierto, es, al principio, asustadizo, se alarma de todo cuanto no conoce. Se acostumbra muy pronto.

Compré un dia en una casa de remates un lindo caballo zaino, que me pareció de silla. Si bien tenia ojos inquietos y un modo de mirar en torno suyo que no era precisamente amistoso, la cosa se explicaba por llegar recien del campo el animal y por el hormiguear de gente en el *hall* donde se verificaba el remate. No obstante, montado con bridon, habia dado la vuelta del circo al

tranco y al trote, revelando ser bastante manso, fino de boca y de buen andar.

Un palafrenero me lo trajo al dia siguiente, montándolo en pelos y con bridon. Vivia yo en los suburbios. Habia brincado un poco en las calles centrales, cuyo movimiento lo tenia inquieto, y se habia apaciguado del todo en la calma relatíva de mi barrio. Lo hice atar primero en el patio para limpiarlo y bañarlo, y habiendo recomendado darle una racion de mais y ensillarlo en seguida, me senté à almorzar.

En esto me vino el parte de que lo que habia comprado no era caballo, sino mas bien tígre, y que era imposible arrimarsele. Al penetrar en la caballeriza, habia puesto las manos, lo que es linda altura para un caballo, arriba de la reja del pesebre, roto este, y no era posible siquiera mirarlo sin que se encabritára como un endemoniado.

Muy sorprendido, fuí à ver lo que habia.

El animal estaba de malísimo humor, el mirar furioso, y bufando como si amenazára comerse à la gente. De repente se encabritó y tiró las manos sobre la reja, — era esta par lo visto la altura que le gustaba. Ya había caido en cuentas y sabia à que atenerme. En el momento mismo en que el caballo nos obsequiaba con este rasgo de mal genio, un peon, que tenia una diligencia que hacer en el altillo en que se guardaba el pasto, estaba caminando sobre el sonoro piso de tablas encima de la cabeza del animal, que no tenia ni remota idea de un fenómeno parecido. Lo que creiamos ferocidad no era sino espanto.

Hice bajar al peon, dejé que el caballo se aquietase, lo saqué de la caballeriza acariciandolo, y lo até à estaca en el patio. Se calmó en el acto y comió como si tal no hubiera. Cuando lo monté momentos mas tarde, preparado à cualquier locura, me encontré con que era un animal simplemente

vivaracho, obediente à las piernas y al freno, un caballo de excelente y simpático génio. Me seria fácil ampliar esta observacion con otros ejemplos mil de psicologia caballuna en la pampa. Pienso en efecto que amansar animales es hacer psicologia. Pero lo dicho me parece terminante.

El caballo tiene en el fondo poca inteligencia. El hombre consigue desarrollársela, con cuidados y caricias. Criandose en el desierto, el contacto repentino con los humanos, debido à la lentitud de comprension que le es propia, determina emociones brutales. Otros hay que no son caballos, y à quienes pasa otro tanto.

La herencia desempeña en este fenómeno, como en varios mas, un papel importante. Un caballo que, desde potrillo, ha vivido arrimado à las casas y tratado como guacho, es infaliblemente mas inteligente que un potro de campo, y tiene génio sociable. Si lo destinan à padrillo, sus productos nacerán

mansos. Hay por otra parte estancias en que todos los caballos son espantadizos. Sin necesidad de mayores pruebas, puede afirmarse desde luego que los gauchos en esos puntos son especialmente recios y bruscos para con los animales. Las crias espantadizas son numerosas en la Argentina. Los gauchos entienden poco de trato suave.

Se comprende, segun esto, lo que pasó con los caballos argentinos que han granjeado mala fama à todos sus congeneres en la remonta francesa. Eran caballos poco ó nada amansados, que conocian hombre à penas de vista; digamos la palabra, eran cerebros toscos, incapaces de concebir otra idea que la de disparadas en el campo.

Horroriza pensar en todo cuanto ha remolineado en su cabeza durante el embarque, la travesía, el desembarque, el viage en ferro-carril, la llegada à una caballeriza bien organizada. Eran otras tantas novedades es-

pantosas. Se les dispensó el mismo trato que à caballos civilizados, lo que les acabó de trastornar el juício. Freno, silla, todo hasta los agasajos, hasta el idioma en que se les hablaba, los ponia fuera de sí.

¿Que se debia hacer? Lo que hice con el zaino, atarlos á la estaca en el patio, ocuparse poco de ellos, dejarles tiempo para que se sentasen sus sensaciones alborotadas, para que su rudimentario entendimiento se familiarizase con tanto espectáculo extraño. No bramaban de furor, como se creyó, sino que se morian de miedo.

Un amigo mio, hace poco, hizo traer à Buenos Aires un caballo inglés de pura sangre, nacido en Tarbes, y llamado Marcadieu. El tal Marcadieu es primo hermano de Stuart, y ligado por estrecho parentesco, si me permiten la expresion, nada ménos que con los mas ilustres parejeros de Europa. Es una cria refinada, si la hay, y su cerebro de caballo ha de contarse entre los

mas aristocraticamente perfeccionados que existan.

Hay mas: su propietario lo crió como à hijo, en la familiaridad de la casa, casí diré de la sala. Las cartas que lo precedían ponderaban hasta el lirismo lo fino de sus modales. Lamia la mano, cuando lo venian à saludar en la caballeriza con un terron de azucar.

Nos fuimos à recibirlo à bordo del vapor *Rio Negro*. Reconocí desde lejos, en medio de unos treinta caballos de lujo en fila en sus *box*, su cabezita expre-

siva y sus señas características, que ya conociamos. Corrí confiadamente à hacerle las caricias de bienvenida. Reparé à tiempo que daba muestras inequívocas de querer emprenderla conmigo à mordiscones.

— ¡ Cuidado, señor! me gritó el mozo que lo cuidaba. Es malo.

¿ Como no habia de ver que lo era? Malo como una raspa. Se presentó el autor de las cartas, quien habia comprado, embarcado, traído al ingrato de Marcadieu, y literalmente lo adoraba. Los síntomas de mal humor arreciaron.

¿ Qué habia sucedido? Al salir del Havre, el buque habia tenido que luchar contra un temporal espantoso. Una ola se habia desplomado sobre Marcadieu, rompiendo su *box* y lastimandole las patas con las astillas. Cuando veia al caballero que, — se daba perfectamente cuenta de ello, — le habia hecho la mala jugada de embarcarlo, estaba convencido de que guardaba en el

bolsillo otra ola para acabar de aplastarlo y hacer añícos su *box*.

Era una lógica caballuna; pero si tales raciocinios cabian en la cabeza de uno de los mas nobles representantes de la especie, de un caballo que por añadidura se habia criado en Gascuña, ¿ como diablos! unos animales salvages, enloquecidos, muertos de miedo, no habian de sacar deducciones aun mas estrambóticas?

En realidad el caballo argentino, cuando conoce á su amo y el ambiente en que se mueve, es mas bien desprovisto de malicia. Su modo de ver, respecto à todo cuanto le es desconocido, queda perfectamente caracterizado con el sistema que un mejícano, el Sr Rarey, habia ideado para amansar los potros, y que en su tiempo llamó la atencion en Europa.

Rarey encerraba el animal en un corralito, en que el mismo penetraba en seguida. Si el caballo no era naturalmente bravo,

trataba, con mucha dulzura y paciencia, de acercársele, de palmearlo, y lo conseguia. Si era bravo, y atropellaba con las manos y los dientes, lo enlazaba de una pata y lo volteaba. Habia de todos modos que voltear

el animal sujetandole una pata con un lazo, de que el domador tiraba sin aflojarlo, haciendo caer de nuevo el caballo cada vez que intentaba levantarse. Cuando se habia conformado con su impotencia y con quedarse tendido en el suelo, el domador se colocaba de pié sobre su barriga, lo castigaba, manteniendolo por supuesto èchado

por medio del lazo. Despues de cada azote lo acariciaba para darle à entender que era su amigo, que á pesar de sus rigores no le queria mal. Así acababa el caballo por entenderlo.

Conocia entonces al hombre, y su vista no le causaba espanto; faltaba hacerle conocer el recado y el ginete.

Estando de nuevo encerrado el caballo, se tiraban á sus piés, una por una, las piezas del recado. Naturalmente, al verlas caer, se estremecia, corria al rededor del corral. En seguida consideraba con curiosidad este objeto alarmante, pero inmóvil, se arrimaba à él despacio, temblando, como à un mónstruo. Finalmente lo olfateaba, lo agarraba con las dientes. Ya estaba, la cosa terrible le era familiar. Cuando habia pasado lo mismo con cada uno de las piezas del apero, se podia entrar en el corral y ensillarlo. Le parecia cosa natural. Hé visto potros espantadizos sometidos á

este sistema. En cuatro ó cinco dias, eran mansos como ovejas.

A pesar del estado medio salvage en que se cria el caballo argentino, contribuye tambien à infundirle rapidamente docilidad su temperamento linfático. Mantenido á campo de puro pasto, sin probar siquiera el heno, y del escaso pasto que logra encontrar, acostumbrado à morirse de hambre, à aguantar sin abrigo todos los caprichos del tiempo, ofrece mucha mas resistencia para andar montado, que vigor para tirar al pecho ó desarrollar un esfuerzo muscular consíderable y sostenído. Sus formas indican que ha degenerado su raza, à consecuencia de los partos precoces y de las uniones consanguíneas.

Pero ¡ que animal de silla y de campaña ! Se dice de muchos : — Es un caballo de treinta leguas, esto es, capaz de hacer ciento cincuenta kilómetros de sol à sol. Es meritorio, tratándose de animales mal mante-

nidos, nada cuidados, y que no han probado grano en la vida.

Cuando estaba dirigiendo los trabajos de la frontera, hacia en cada viage de ínspeccion tres cientos kilómetros en tres dias, y otros tantos de vuelta, despues de tres ó cuatro dias de descanso. Mas de una vez, no llevé sino dos caballos para mí y tres para mi asistente, muy buen ginete, pero que se cuidaba poco del animal que montaba y lo cansaba mas que yo. Eran buenos caballos, en buenas carnes, pero de ningun modo excepcionales. Hacian la jornada perfectamente.

Hé oido desarrollar, no hace mucho, á propósito del caballo argentino, una teoria del todo nueva y que en mi concepto merece figurar aquí. Hé venido á conocerla á consecuencia de circunstancias dolorosas.

El otro año, llegó de Francia à Buenos — Ayres, contratado como profesor en la Escuela Agronómica de Santa Catalina, un

brillante discípulo de la escuela de Alfort, de espíritu investigador y de sólida preparacion, el Sr Losson. El país le gustó, y gustó al país. Sus opiniones no tardaron en cobrar gran autoridad, tanto para los sábios cuanto para los criadores ilustrados y laboriosos.

Pocos meses ha, murió repentinamente de la ruptura de una aneurisma, asistiendo á una de las sesiones de la Sociedad Rural, en cuyo seno su actividad y sus conocimientos le habian merecido unánime aprecio. Su muerte fué amargamente sentida.

Dos ó tres dias mas tarde, salia en un diario de Buenos Ayres, *el Nacional*, con este título : « el Testamento de Eduardo Losson, » un artículo que era la reproduccion de una conversacion que el eminente profesor habia sostenido, media hora antes de sucumbir de un modo fulminante, en una de las salas de la Sociedad Rural, con un miembro de la misma. Creo hacer algo

útil proporcionando la poca publicidad de que dispongo á las vistas de un hombre de mérito, cuyos trabajos han sido bruscamente interrumpidos por la muerte. Talvez podrá otro sábio extenderlas y perfeccionarlas.

Despues de haber contado de qué modo, mientrás estaba leyendo, Losson se le acercó ese dia, entablandose el diálogo sobre Geoffroy-Saint-Hilaire, la escuela de Alfort y la zoologia, el autor del artículo[1] agrega :

« Losson habia estudiado el caballo argentino como ningun otro; lo habia estudiado con interés, con cabeza de sábio, con ojos de observador. Al buscar su genealogia, se habia remontado hasta muy lejos, pero muy consciente, muy fundamentalmente, siguiendo el plan de Darwin, ó la fórmula de Haeckel; para él, de una rara, de una singular seleccion, proviene ese tipo del caballo argentino, gran tipo como elemento de fuerza y de resistencia.

1. *El Nacional,* nº del 25 de Enero de 1889.

— El caballo árabe, el caballo persa, el tártaro, me dijo, tienen seis vértebras lumbares; el caballo argentino solo tiene cinco. Y bien, agregó, para hallar su origen, sobre esta base, tenemos que remontarnos mucho.

Yo crei que iba à la época pre-histórica.

— Sin embargo, le observé, el caballo americano, el Hipparion, ó el Pliohippus, que fué el tipo del caballo definitivamente realizado, desapareció despues del plioceno, destruido por los grandes carniceros.

— No lo menciono, me repuso, no voy tan lejos. La ascendencia se remonta á siglos sin duda, pero no á épocas. Como antepasados immediatos, considero à los *berberiscos,* que son los únicos que tienen igualmente cinco vértebras lumbares; ¿ pero qué causa ha determinado esta anomalía? Hace poco, visitaba el Museo, donde el Dr. Burmeister acababa de armar un esqueleto de caballo, pedido al azár, á un miembro de la Sociedad Rural Argentina, — « Qué

número de vértebras tiene el caballo argentino? pregunté al sábio paleontogista. — « Seis », me contestó con mucha naturalidad. — « No es asi, » me apresuré à decirle, « tiene cinco; contémoslas », — y mi afirmacion resultó exacta. El Dr Burmeister declaró su error, alegando no haber hecho aun la descripcion del equideo. Esta observacion, que habia escapado á ese gran observador, tiene su razon de ser.

« No se trata de una anomalia casual, siguió diciendo Losson, ni tampoco existe un error de interpretacion. Se podria creer que la sexta vértebra lumbar está soldada á la primera de las diez y ocho vértebras coccigeas, como ocurre en cierta edad ; pero en el caballo argentino las vértebras lumbares están muy netamente delimitadas: adelante, por las vértebras dorsales que se distinguen por la insersion de las costillas, atrás, por las vértebras coccigeas, soldadas y sin apófisis espinosas. Pero la particularidad no

consiste en esto precisamente, sinó en la direccion de las apófisis, que en vez de ser horizontales, se dirigen hácia adelante. Y por otra parte, la forma del tarso presenta una peculiaridad singular. Ahora bien, entre los solípedos, un producto hibrido, la mula, tiene solo cinco vértebras lumbares, como el caballo argentino y como el caballo berberisco, y en el tarso una conformacion muy análoga. La mula tiene la fuerza, el vigor, la sobriedad y la resistencia, y alcanza perfeccion de formas en grado tal, que como lo afirma Sanson, hay mulas del Poitou que no tienen nada que envidiar al caballo mejor conformado.

« En cuanto á la resistencia, en cuanto á la forma y á la fuerza, el caballo argentino tiene analogías con las lindas mulas. ¿ No podria entonces aventurarse un origen híbrido, ya que han ocurrido condiciones de medio, especiales para la produccion del caballo berberisco? La mula no es del todo

infecunda, como generalmete se cree; no pasa lo que en el mulo, que tiene los organos genitales imperfectos. Los casos de fecundacion de la mula se reproducen en el Poitou desde hace cuarenta años, con mucha regularidad, desde la cruza que se hizo con el Coa, burro africano. ¿ Y de la union del caballo africano con la mula, en condiciones especiales, no ha podido nacer ese nuevo tipo del caballo berberisco, con cinco vértebras lumbares, como la mula y como el caballo argentino?

« A esta demostracion se encaminan ahora mis investigaciones. Voy á trasladarme á todas las graserias, voy á permanecer dias, voy á pedir informes y recojer datos exactos para establecer este solo hecho : la constancia de las cinco vértebras lumbares en el caballo argentino. Con qué objeto ? Voy á ello. El caballo argentino es digno de la seleccion, aun con mas titulo que muchos de los caballos de las razas importadas, á

pesar de lo que digan los introductores, interesados solo en el predominio de sus crias. Tiene fuerza y resistencia suficiente para competir con las mejores razas, y ya he propuesto á la Sociedad Rural un ensayo para probar que desarrolla mas fuerza que el Percheron. Para la seleccion no pido sinó cincuenta ejemplares y un campo suficiente, y ya se verá el resultado, y quizá alguna cruza de mayores ventajas ; un ideal, una simple ilusion talvez, pero que como todo esfuerzo dejará al fin algun resultado, una huella al ménos... »

No hay nada que añadir à tan sábia exposicion de los títulos de nobleza y de las cualidades de aguante del caballo argentino. No es improbable que descienda de un burro, es cierto; pero parece evidente que deriva directamente del caballo berberisco, y es mas antigua estirpe esta que descender de cruzados : en tiempos de Jugurtha, los caballos númidas eran ya clasificados entre

los mas animosos del universo. En las repúblicas del Plata ván tres siglos que se crian à campo. La degeneracion se revela por formas mezquinas, colores de pelo manchados ó desteñidos, temperamento linfático. Algunos cuidados, una manutencion sólida, una seleccion rigurosa, los transformarian rápidamente en una raza de primer órden.

LA GALERA

La galera es una diligencia. No deben figurarse que los que le han puesto este nombre hayan leido á Molière, y recordasen cada uno de los barquinazos de este instrumento de suplicio con ruedas, el famoso : ¿A que se fué en esa galera ?

La palabra « galera » en castellano significa : barco, diligencia, sombrero de copa alta y un ustensilio de imprenta. Las misteriosas analogias, en cuyo mérito cosas tan

distintas están designadas con el mismo vocablo serán talvez descubiertas algun dia por un etimologista mas inteligente que yo.

¿Miran Wdes. con inquietud este bulto repelente, este coche estrecho, desvencijado sobre sus ruedas, todo maculado de fango, con cojines despanzurrados, con vidrios rotos ó cubiertos de mugre, y no se animan à subir conmigo? Tienen razon, si no están acostumbrados. Es costumbre que no se adquiere sino machacándose. En los primeros viages sale uno molido, y al bajar averigua con recelo si no le ha cabido una lastimadura de gravedad.

Si les parece á VVdes, irémos á esperarla en la posta. De todos modos es el punto mas interesante del trayecto. La posta es en general un rancho solo, en que se despachan tambien bebidas. Como aspecto y personal, no difiere de la generalidad de las pulperias sino por un corral que á primera vista revela sus afinidades con la galera. El corral es un

recinto (formado de palos à pique) donde se encierran caballos para tenerlos á mano. ¡Que mal cuidado, que asqueroso es el corral de la galera! cuantas brechas tapadas quien sabe como! cuanto fango adentro, y que de rocines apocalípticos!

Los empresarios de mensagerias en este país no quieren saber nada de gastos generales. Todas sus instalaciones presentan un carácter sórdido. En otros tiempos, los estancieros les daban cuantos potros de desecho necesitasen. Eran malos, pero no costaban nada. Los vecinos, muy satisfechos con tener una galera, único lazo que uniese al mundo sus distritos apartados, se conformaban de muy buena gana con obsequiar de este modo á su mayoral. No tardaban en fatigarse de pagar este tributo: la gratitud con que es recibido un servicio en un principio se echa pronto à perder por efecto de la costumbre, y la galera por añadidura hacia un consumo espantoso de caballos.

Animales que no tenian para sustentarse sino lo que hallaban en las llanuras tostadas en verano, peladas en invierno, en que los largaban despues de cada viage, no resistian largo tiempo.

Pueden VVdes mirar los que están en este corral. Son puras yeguas víejas, ó caballos ya cansados y aplastados siendo potrillos, que de las consecuencias de tan crudo trabajo antes de ser formados, han quedado raquíticos. No se vén sino lomos purulentos, flacuras tremendas, formas encorvadas. Las galeras son el único servicio en que se usan las yeguas, exclusivamente reservadas

en general á la reproduccion. Inoficioso es decir que no se emplean sino las peores. Como la crin del cuello y de la cola vale algunos centavos libra, los desgraciados animales están todos tusados y rabones, y, además de feos, resultan grotescos. Esperan en monton, cabizbajos y tristones, pero si se observan con atencion sus ojos, se nota en ellos la torva mirada del caballo mal amansado y vicioso. Lo son invariablemente.

Uno dice detrás de nosotros: — ¡Allá viene la galera! Todos salen de la pulperia, no hay suceso indiferente en la monotonia del campo. Se alza à lo lejos una nube de tierra. Algo la viene precediendo, algo largo, confuso, dotado de movimientos singulares. Son los caballos y los postillones. La galera se acerca bastante despacio, los caballos están rendidos. Recien ahora, nos explicamos lo que marcha delante. Son diez ó doce caballos enganchados por medio de una

larga cadena à la cual están atados de á dos con una correa fijada à la cincha.

Cada yunta está á varios metros de la que la sigue, y tiene su correspondiente postillon montado. Los movimientos incomprensibles, que nos llamaban la atencion de lejos en medio del polvo, eran los repetidos golpes de arreador con que los postillones cimbraban à las pobres bestias para hacerlas llegar, agitándose sobre et recado como condenados.

La diligencia se arrima al corral. Los pasageros se dan prisa en bajar para desentumecerse. Es cosa admirable ver salir tanta gente de tan estrecho cajon. Al revés de las reglas de física conocidas, el recipiente representa menos bulto que lo que contiene.

Aprovechemos la oportunidad para pasar revista à todos los tipos del campo. El primero es el estanciero. A veces es un hombre morrudo y alegre, tiene tono jaranero, voz imperiosa, largas botas granaderas, poncho de vicuña y pañuelo de seda colorada

al cuello. El pulpero se dá prisa en ir à recibirlo, ofreciéndole mate, con visos de hablarle de un negocio. El lo escucha, lo

palmea riéndose, lo llama su compadre y grandísimo pícaro, fuma un cigarrillo de tabaco negro, y se marcha sin haber cerrado trato. Es el estanciero de antaño. A veces su trage de viage está cortado por el sastre

en voga, se limpia con su pañuelo de las botines al sombrero, enciende un cigarro, y mientras el pulpero le prodiga humildes salutaciones, le pide datos sobre et valor de las tierras, preguntándole por que punto han pasado los ingenieros que hacian los estudios del ferro-carril. Es el estanciero moderno. Está metido en especulaciones hasta los ojos, sus vacas lo fastidian, y uno de estos dias establecerá en su campo un centro agrícola.

Se baja de la galera un gaucho. Tienen Wdes suerte. Es un gaucho de veras, como ya no los hay mas. Se vá à la ciudad, está de gran parada. Con su chapona negra, sus amplias bombachas, sus grandes botas, su sombrerito chambergo, es una linda figura de hombre ¿ no es cierto? Corre primero à la pulperia, afin de echarse en la garganta un buen trago de ginebra, y limpiarla de la tierra del camino ; acto continuo, endereza al corral à ver que tales son los mancar-

rones, y se junta con los postillones para agarrarlos y atarlos.

¡Ola! tenemos señoras... una... dos... tres ¿se presentará al fin una que valga la pena? Desgraciadamente no. Todo el mundo sin embargo se occupa de ellas, como si fuesen las mas bonitas de la tierra. Les traen asientos à la sombra, mate, un vaso de agua fresca. Reciben todo esto como cosa merecida. No se rian: una es muy pobre, otra muy rica, otra ni pobre ni rica, las tres son feas. Pues bien, no ocurriria à uno de los presentes establecer diferencias en las atenciones que les dispensan. Convengan que no llega à tanto la decantada cultura de nuestros paises europeos.

— ¿Quien será este mozo de chaleco verde y corbata azul, con tanta pomada que el polvo se le ha pegado al pelo, formando una capa de almáciga? — Nada, cualquier italiano que tiene tienda y merceria en un pueblito. — ¿Y este muchacho bien plan-

tado, de alpargatas, de birrete azul, de ancho tirador de cuero adornado con monedas de plata? — ¿No lo ven VVdes. por lo cuadrado y por el birrete? Es un Vasco. Ha de tener aquí cerca un horno de ladrillos, una majada de ovejas ó un tambo de vacas lecheras. Que haga esto ó aquello, hará por cierto fortuna ántes que VVdes y que yo. No existe gente mas trabajadora que esta.

Algo hay. Salen de la galera dos policianos; seguramente llevan un malhechor à la capital. — ¿Así, no más? junto con los pasageros? — Y ¿como no? Se figuran Ves que esto se pega como la sarna¿ No tengan cuidado, los malhechores no pueden moverse. Se les remacha ántes de salir á viage una barra de grillos de tres kilógramos. Se oye desde aquí el crujido de los fierros del que está adentro de la galera. Llega à la portezuela. Sus guardias lo ayudan paternalmente à bajar para que respire un poco de aire puro.

El estanciero le dá tabaco, fósforos, algunos pesos. El gaucho le estrecha la mano, le pregunta que ha habido; al saberlo, menea la cabeza; parece que la cosa es grave: habrá hecho una muerte ¡ Pobre bandido viejo ! Está en poder de los doctores, como una fiera en poder de los domadores, y enjaulado por el resto de su vida. Tiene toda la traza de un pillo de campanillas.

Hay mas pasageros. Esta es una arca de Noé. Pero estos son los mas importantes. Ocupemonos de la decoracion despues de enumerados los personages.

Los postillones, mientras tanto, lo han preparado todo para seguir viage. A penas parada la galera, se han tirado al suelo, en un instante han quitado à los caballos su miserable apero. Estos, con los ojos apagados, estúpidos, propios de los aninales cansados, se alejan lentamente hácia un retazo de campo enteramente pelado y cubierto con una capita de polvo que el viento no se ha llevado; se

revuelcan para secar el sudor. No conocen otra clase de rasqueta. Marchan despues en fila, à pasos desalentados, hácia un charco de agua, y en seguida hácia la posta de donde vienen, el campo á que están aquerenciados, á inmediaciones del corral en que los encerrarán para la galera siguiente, mas flacos, mas lamentables, mas acobardados á cada viage, hasta que revienten.

Todos los postillones, freno en mano, han entrado en el corral. Unos caballos se dejan agarrar sin resistencia. Con ponerles la punta de la rienda en el pescuezo, se paran y presentan la cabeza al freno. Otros se resisten, y la cosa entonces se vuelve interesante. Por lo pronto, hay que enlazarlos, y, con los pingos esos, los mas diestros no aciertan del primer golpe. El animal sabe perfectamente de que se trata, y el lazo le es harto conocido. Penetra á empujones en el centro mismo del grupo de los compañeros, y oculta la cabeza debajo de la barriga del

vecino. Todos giran en monton al rededor del corral.

Unas veces, aun prendido del pescuezo por el nudo corredizo del lazo, que lo ahoga, el caballo se encabrita, y en seguida, cuando han conseguido llevarlo hasta el punto en que están tiradas en el suelo las guarniciones, da brincos irresistibles, ó se empaca, se aferra en su cuatro piés, no quiere por nada dar un paso adelante. Se sabe desde luego que la salida será accidentada.

Es otro cantar para colocarle los cuatro cueros de mala muerte que componen todo el apero. Atado corto á una estaca, se echa atrás, tira coces, ó dá vueltas como un trompo. Debido á una infinita destreza, á una hábil mezcolanza de caricias y palos, enfin ya está ensillado, pero nos es esto todo. Hay que arrimarlo á la cadena de la galera y pasar en la argolla de su cincha el gancho que lo sujeta definitivamente á la pesada máquina. No ignora lo que esto significa; le

consta que, una vez atado, no hay mas que hacer, y no omite esfuerzo para librarse de tánta amargura. Estas operaciones, repetidas tantas veces cuantos caballos ariscos hay en la tropilla, son largas pero de ningun modo banales.

Todos están atados¡ suban los señores pasageros! El mayoral, que no se ha estado á brazos cruzados mientras se ataba, como bien pueden creerlo, está en su puesto, recogiendo las riendas de los dos caballos de las varas, que maneja directamente. Los postillones han saltado á caballo. Se dá la señal de partir. Nada se mueve. Todas las bestias se encabritan, brincan, dan coces, corcobean, expresan cada una á su modo el firme propósito de no arrancar. Se establece una lucha furiosa. Las imprecaçiones, los gritos, los golpes de arreador, llueven que dá gusto. Los espectadores prorumpen en clamores, agitando los brazos, para excitar los caballos. Se arma un tumulto de marca mayor. Enfin

un caballo se lanza como loco, el compañero

hace otro tanto, todos salen disparando.

Es este el momento en que los postillones, el delantero particularmente, han de ser mozos de á caballo, y el mayoral ha de manejar con mano firme y sangre-fria. Tal furia no se puede gobernar. Se endereza al camino, si se puede, de otro modo al campo, para volver al camino en oportunidad. El campo es bastante llano, pero minado por las galerias de unos gruesos roedores, las biscachas, que viven en colonias. Se salvan las biscacheras dando peligrosos rodeos. La galera, demasiado cargada, oscila que dá miedo. No es dificil comprender lo que pasaria, si rodase un caballo. Por este motivo, à pesar de la complicacion de aperos y de preparacion que es consiguiente, los caballos de varas no están manejados por un postillon. Cayéndose el caballo, bestia y ginete no se levantarian mas. La galera los aplastaria. Este accidente no es frecuente. Los mancarrones de la galera arrancan mal, pero pisan bien.

Solamente, se les apagan pronto los brios. Su galope furioso se torna al poco andar en regular, y luego en resignado. Los pasageros de la berlina, que es el compartimiento delantero (el cual no está cerrado, por cuyo motivo se recibe en cara un fuego graneado de terrones de barro), no tardan en ver la hilera de bustos de postillones, bien sentados en el recado, subir y bajar con movimientos rítmicos agradables de contemplar. Hay que felicitarse, si antes de llegar à la posta siguiente, no se anda al trote, al trotecito, al tranco.

Los tales postillones no dejan de ser tambien unos muchachos como no se encontrarian parecidos en otra parte : jóvenes, delgados, elegantes ginetes, andrajosos, hacen diariamente, en las susodichas condiciones, en animales de pésimo andar, aplastados cuando no corcobeadores, catorce horas de equitacion violenta, con la mayor naturalidad. Cuando por milagro pueden disponer

de cinco minutos de descanso, los aprovechan en el acto para hacer el simulacro, à mano limpia, de un duelo à cuchillo. Está saludada con estruendosas carcajadas cada estocada linda, la del vientre por ejemplo, que destripando al adversario, es decisiva en un duelo verdadero.

Se hacen de este modo unos cien kilómetros por dia, cuando todo anda bien, y todo anda bien mas frecuentemente de lo que se creeria. Ocurren sin embargo de vez en cuando incidentes de consideracion.

Vadeabamos un dia el Rio Salado, que estaba muy crecido. Cuando estuvimos en plena corriente, la galera cayó en un pozo y se inclinó tanto que, si quedó parada, fué por una inexplicable singularidad de equilibrio. Pero sus ruedas estaban tan perfectamente sujetadas que no hubo forma de hacerla andar media vara mas. Los postillones desengacharon su jumento para extraernos uno por uno del coche, en cuyo

interior habia un pié de agua. Fué toda una hazaña de salvamento. Cada pasagero, trepado en las ruedas traseras ó en el asiento del mayoral, esperaba, para salir enancado, que se presentase bien el caballo, que no se conformaba con la cosa y se arrimaba lo mas torpemente que podia. Las mismas mugeres, acostumbradas al campo, saltaron resueltamente en grupa.

Un gaucho que viajaba con nosotros, estando ya casí en la orilla, se hizo llevar de nuevo à la galera. En la precipitacion del momento, habia olvidado, y la cosa me sorprendió, sus utensilios para hacer mate. Lo recibimos, cuando los trajo, con aclamaciones. Encendimos en el acto el fogon y procedimos à instalarnos. Se veia à lo lejos un rancho. Se despachó un postillon, que no tardó en volver à galope con un capon vivo atravesado sobre el recado. Degollarlo, sacarle el cuero y ensartarlo en el asador fué todo uno.

El mayoral nos estaba explicando que los caballos no podian tirar en el lecho del rio, en que no hacian pié, y con agua hasta el anca. Seria posible sacar la galera, si se consiguiesen sogas bastante largas para hacer fuerza en tierra firme. Se abrigaba la esperanza de encontrarlas en una estancia distante cuatro leguas de allí. Un postillon habia salido en busca de ellas. Despues de varias horas, estaba de vuelta, trayendo además dos soberbias yuntas de bueyes y sus dueños, que eran Vascos. Estos, ántes de todo, discutieron con tenacidad el precio que querian cobrar para librarnos del mal paso. Por una diferencia de unos cobres que el mayoral no queria largar, estuvieron á punto de dejarnos plantados y de marcharse con bueyes y sogas, habiendo caminado cuatro leguas en balde.

Enfin entendieron la razon. Los postillones, ora á caballo, ora metídos en el agua, atan las sogas á la galera; los bueyes tiran

cuanto pueden, suena un chasquido seco: una de las sogas ha reventado. Se le hace en plena agua una costura con cuero; se perfeccionan algunas disposiciones; se principia de nuevo. Esta vez, con un crujido sordo, con un corcovo inquietante, parecida á una persona que reune todo su vigor para salvarse de un peligro, la galera se pone en marcha. Llega pronto à la ribera. Subimos, salimos, hémos perdido un dia, pero pasado un buen rato.

Todas las desgracias no tenian un desenlace tan favorable. No se corria solamente el riesgo de las volcaduras, sino de los indios. La galera en efecto no esperaba, para penetrar en una zona, que hubiera dejado de ser insegura por los avances del salvage.

En otra ocasion, me iba à Bahía Blanca en diligencia. A la mitad del camino, debiamos cambiar de galera en Juarez, pueblito asi llamado en honor del presidente de Méjico, que dió tanto que hacer al emperador

Maximiliano, y concluyó con él de tan terrible manera. Todas las repúblicas sud-americanas han quedado profundamente agradecidas al presidente Juarez par la humillacion infligida al cesarismo europeo, y experimentan cierto orgullo en considerarse como coparticipes de su triunfo. Llamamos tales sentimientas *chauvinismo*, cuando nos contrarian, y patriotismo, cuando nos agradan. Tratándose de Estados jóvenes, cuyas aspiraciones son inmensas y cuyo corazon es ardiente, me parece que bien merecen el nombre de patriotismo. — En Juarez, pues, debiamos cambiar de coche.

Al instalarnos de madrugada en la nueva galera, la primera cosa que se alcanzó à ver con la dudosa claridad del alba, fué un armero provisto de carabinas Remington. El mayoral nos indicó donde estaban los cartuchos y nos explicó minuciosamente lo que habiamos de hacer en caso de ataque. Teniamos en perspectiva tres dias de ca-

mino sin poblaciones, sin ranchos siquiera, en todo el trayecto.

La precaucion no era mala; no respondia tampoco del todo à las contingencias de la situacion. A los pocos meses, estando en la frontera de Guamini, supe que la galera de Juarez habia sido tomada por los indios, que el mayoral y los pasageros habian sído degollados. Entre estos figuraba un viejo español, establecido en Bahia Blanca, hacia muchos años, y que habia tenido la atrevida idea, en épocas en que aquel pueblo tenia todas sus comunicaciones cortadas por los indios, de plantar treinta mil álamos. Crecieron á las mil maravillas, y cuando se adelantó la línea de fronteras, su precio, nulo el dia anterior, pasó de 300,000 francos. Por sus chacras, imposibles de vender poco ántes, le ofrecian el doble de esta suma. La fortuna le habia venido de repente, la muerte lo acometió de un modo mas repentino.

La misma invasión, al volver al desierto, pasó á nuestro alcance, y fué sableada par las fuerzas nacionáles. Un soldado, que acababa de voltear á un indio, reparó, mientras caia, en algo que hacia bulto sobre su pecho. Se apeó ligero para registrarlo, y le quitó un lío de billetes de banco, unos 6,000 francos, que provenian del viejo español. Hacia tres dias que el soldado estaba á caballo, y varias horas que estaba peleando. Tenia bien ganado el derecho de descansar. No lo hubiera podido consentir ántes de haber perdido al juego hasta el último peso de su hallazgo. Lo consiguió, ya avanzada la noche, y, solamente entonces, se echó á dormir y durmió bien. El soldado argentino queda retratado en este rasgo.

El camino de hierro llega hoy á Bahia Blanca. Existe una colonia floreciente en el punto mismo en que la galera fué saqueada y degollados los pasageros. Las galeras siguen internándose en el desierto. Llevan

las semillas de la civilizacion, los diarios, las cartas, los aventureros. Son las precursoras del riel, las avanzadas del progreso.

LA PULPERIA

Hé conocido en Francia á un campesino de costumbres apacibles, pero de temperamento exigente, que habia enviudado tres veces y se habia casado cuatro. Cuando le preguntaban cual de sus mugeres le habia proporcionado mas tiernas encociones, su mirada, naturalmente apagada, tomaba una expresion de cariño, y se le hacia agua la boca, al contestar : — La primera.

Yo hé visto muchas pulperias, hé tomado ginebra en un sin número de boliches, con gauchos de toda catadura, desde los suburbios de Buenos-Aires hasta los confines de la Patagonia. Es la primera lā que me ha dejado la mas viva impresion, y, como todas se parecen, esta es la que voy à describir.

La galera me dejó en la entrada de su corral, pues tenia posta, una tarde que hacia mucho calor. Acababa de pasar tres dias, à partir de la ultima estacion del ferro-carril, aprensado en la diligencia, aguantando la sed y tragando tierra. A la distancia en que estabamos de las líneas férreas, el campo habia conservado un sabor genuino, una fisonomia exenta del mas minimo rasgo pueblero. Los gauchos bien montados que encontrabamos, tenian el aspecto tan fiero como si hubieran muerto recien à sus mas inmediatos parientes. A cado rato, grupos de gamas y de avestruces, mezclados con caballos y vacas, disparaban de la galera,

parándose luego para contemplarla con curiosidad.

Tenia noticias de que mi gente estaba à dos kilómetros de esta casa de comercio, y divisé al bajar del coche las carpas blancas, los primeros andamios establecidos para armar un puente metálico, y los peones de tierra hormigueando sobre los terraplenes.

Miéntras esperaba el caballo que debian traerme de la obra, entablé conversacion con el pulpero, que no pedia otra cosa. Era Vasco, buen mozo, jóven y recien llegado à América. Como nuestras relaciones se estrecharon, conocí à los pocos dias toda su historia.

Era en su tierra oficial de curtiembre, y lo mandaron à Barcelona en aprendizage. Su inteligencia se desarrolló tan terriblemente en esa ciudad industrial que volvió à su aldea hecho un socialista. Han de saber ustedes que era de familia carlista y que su padrino era un cura, que mas tarde fué gefe

de montonera, quemó varios pueblitos y fusiló á cuantos prisioneros pudo. La llegada de un republicano fué para los suyos una consternacion. Su madre se enfermó de tristeza, su padre le maldijo, su padrino lo excomulgó. No tuvo otro recurso que embarcarse con rumbo al Nuevo-Mundo.

— Señor, me decia un dia, si consiguiese llegar à rico, bien sé como me hubiera de vengar. Los traeria á todos aquí, padre, madre, hermanos, hermanas, cuanto carlista rancio hay en mi familia. No les armaria discusiones sobre sus ideas; aparentaria adoptarlas; dejaria que notasen por sí mismos que en este pais somos todos iguales, que se gana plata en vez de morirse de hambre, que se adquiere instruccion en vez de embrutecerse, y que no se echa nada à perder porque, à las treinta leguas y mas, no existen ni vestigios de curas y de templos. Se harian republicanos, se lo digo, porque, dejando à un lado la locura de que

son víctimas, no tienen un pelo de zonzos. Y entonces, agregaba mi vasco, con una franca carcajada de obrero leal y guapo, entonces ¡estaria vengado!

—¿Y que tal andan sus negocios para hacer efectiva esta venganza?

—Mal, bien¿ quien sabe? Mi situacion es esta. Vd. comprende que no hé formado este establecimiento con mis recursos. No poseia tres pesetas, cuando puse el pié en el muelle de Buenos-Aires. Felizmente sé leer, escribir, soy un contador regular y mozo bastante vivo. Me conchavé con otros compañeros de viage en una casa introductora como peon para descargar los carros. Todos los vascos principiamos de este modo. Mi patron se fijó en mí, me elevó á dependiente y me habilitó para comprar esta pulperia, en que estamos á medias. Todas las pulperias se han creado de esta misma manera. El oficio es bueno. Solamente, mi patron, que es muy inteligente, muy atrevido

y muy jugador, quiere enriquecerse de golpe. Vd. sabe mejor que yo que la venta de ginebra, de botas, riendas, géneros, y de todo cuanto necesita el gaucho, no es nuestro verdadero negocio. Sirve solamente de pretexto á nuestras operaciones en lanas y cueros. Fiamos durante todo el año al gaucho y al estanciero. Nos pagan cuando venden los frutos del pais. Es una especie de comercio de intercambio, siempre ventajoso para quien tiene el suficiente dinero. Además, como nuestros vecinos están con nosotros en contínuos tratos, somos los compradores naturales de todo cuanto tienen que vender. Nos es fácil acopiar la produccion de la region entera. Hé recibido la órden de hacerlo, en lo relativo á la lana, y no solamente entre nuestros marchantes, sino en un círculo mucho mas extenso. Me hé resistido á cumplir esta órden, hé escrito al patron que viniera á estudiar la situacion con sus propios ojos. Ha venido, ha per-

sistido, no hay mas que hacer. Donde manda capitan, no manda marinero. Hé comprado toda la lana á precios que me tienen sobresaltado. El patron confia absolutamente en la alza. Si hay baja, está perdido, y yo tambien.

— ¿ No ha comprado al contado?

— ¡ Si se hubiera contentado con lo que podia pagar! Pero la operacion le pareció insignificante. Hémos comprado á plazos, empeñando mas plata de la que tendrá en la vida. Me precipito sobre los diarios, devoro los precios de las lanas, porque Vd. sabrá... — miró en turno suyo y prosiguió á media voz, — le voy á decir un gran secreto. Mi peon es de la provincia de Santiago del Estero. Queda en este rumbo, Norte un cuarto Oeste, en los confines de la República. Vino á caballo, en derechura. Hé juntado una tropilla de quince caballos, unos animales de fierro. Están gordos, bien preparados. Si acontece la desgracia, no me ven

mas. ¿Quien me ha de dar alcance, montado como lo estoy? No me llevaré sinó los caballos, que hé comprado con mi dinero propio, y desensillaré en Santiago, en Bolivia, en los infiernos!

Estando en Buenos-Aires, en los momentos en que tenia que líquidarse la operacion, no dejé de seguir en los diarios las variaciones del precio de las lanas. Hubo una alza fuerte. Mi Vasco habrá podido republicanizar á su familia.

Teniamos estas pláticas en los fondos del almacen, cuya entrada especial estaba para mí siempre franca, apurando copas de un vinito, cuyo análogo no se hubiera hallado registrando todas las pulperias de la provincia. Mi huésped, sólido bebedor, no tomaba sinó vino, y tenia buen paladar. Las malos aguardientes con que se embrutece el gaucho no le decian nada.

La pieza en que estabamos, muy larga, sin otro cielo raso que la paja del techo,

tenia poca luz, recibiendola solo, por un lado de la ventana del almacen abierta sobre la campaña, y por otro de una estrecha

ventanilla cuyo único vidrio estaba tapado por el polvo.

En las paredes, bien acomodadas sobre estantes, se apiñaban los variadisimos objetos que se venden en las casas de negocio del campo, « todo cuanto necesíta

el gaucho, » como decia mi bolichero. En el fondo, cerca de la ventanilla, aparecian dos bordalesas y dos catres. En la otra extremidad, un dependiente, colocado detrás de una reja, alcanzaba entre sus barrotes las copitas de ginebra à los marchantes.

Estos, gauchos de ese pago, estaban entre la reja del despacho y la entrada, unos apoyados sobre la tabla que hace las veces de mostrador y bebiendo à traguitos, otros, sentados en dos bancos laterales y soñando.

Este es el espacio que les está reservado en todas las pulperias de campo, cuya disposicion es invariable. Sus paredes de barro blanqueadas someramente están cubiertas de jeroglificos especiales, las marcas de caballos de las estancias vecinas. Cuando dos gauchos conversan, los caballos, nueve veces en diez, son su tema. Al hablar de un caballo, hay que designarlo por la marca de fuego que cada proprietario imprime à los suyos en el anca. El orador la dibuja con su

cuchillo en la pared con irreprochable precision. Tienen grabadas en la memoria las marcas de todo el distrito, y cuando se les presenta una nueva no la olvidan jamás.

Estaba un dia en una galera con un estanciero de Entre-Rios que tenia unos negocios que arreglar en la provincia de Buenos Aires, donde habia residido diez años ántes. — Verán Wdes, nos decia, como, en cuanto lleguemos à mis pagos, me voy á topar à cada paso con conocidos, como todos dirán; Este es Don Toribio, — hallegado Don Toribio..... — Su nombre era Toribio, y no hé podido todavia acertar à comprender que diablo de santo ha de ser este en lengua francesa.

En efecto, à la primera esquina de su antiguo distrito, — una pulperia se llama tambien esquina, sin duda porque las tabernas se establecen preferentemente en las esquinas, pero la palabra hace un singular efecto en plena pampa indefinida, cuando

no se ven calles ni casas, — en la primera esquina, pues, vé á un gaucho, y le dice :

—¿ Como estás, Ricardo ? ¿Me reconoces?

Ricardo, sorprendido, quedó callado.

—¿ No me reconoces ? Soy Don Toribio ¿no te acuerdas ? que tenia estancia en tal punto,.... y otras mil explicaciones.

— Puede ser, Señor, decia Ricardo, pero no recuerdo nada de esto.

—¿Vamos ! ¿quieres chancearte ? Un dia perdí un caballo bayo, me lo fuistes à campear, y me lo has traido à los tres dias. Tenia esta marca.

Y tomando en la cintura su cuchillo de mango de plata, hizo en la pared la marca del caballo.

— ¿Era suyo ? exclamó Ricardo. ¿Como no hé de acordarme del caballo bayo ?

Desde este momento ambos siguieron desgranando anécdotas y recuerdos. Habia sido preciso que le mostrasen la marca de

un caballo para que Ricardo reconociera la figura de un hombre á quien habia visto à cada rato durante seis ó siete años seguidos.

Hé hablado de la reja interpuesta entre el dependiente y la clientela ordinaria de las pulperias. Es muy sólida, y completada, para mayor precaucion, con gruesas tablas que pueden en un instante atrancar el almacen, cuya otra puerta, siempre cerrada, no dá acceso sinó à un personage ó à un amigo íntimo de la casa.

Esto no proviene de que los gauchos sean malos compañeros; en su estado normal no son pendencieros tampoco. Pero cuando están ébrios, les dá por pelear, y no se les cae de la cintura un enorme facon que pelan en estas ocasiones con infinito gusto. Un amigo mio, — y precisamente estaba à la sazon en el puente aquel — me ha contado al respecto una anécdota que los pinta perfectamente.

Viajaba à caballo en verano, y como no

tenia prisa y apretaba el calor, habiendo encontrado unos sauces à poca distancia de una pulperia, ató su caballo, se recostó à la sombra y se durmió. Lo despertaron tres ó cuatro disparos de revolver. En el palenque de la pulperia, cuya reja se atrancaba con precipitacion, vió dos caballos ensillados, y á pocos pasos dos gauchos. Uno permanecia inmutable y fumaba. El segundo blandia su facon con una mano, su revolver con la otra, y provocaba à combate sin cuartel al pulpero, su muger, su dependiente, su peon y à la creacion entera.

Habiéndose el transeunte incorporado sobre la manta en que dormia, reparó en él aquel energúmeno y se le vino encima. Mi amigo no se contenta con ser un ingeniero de mérito; tiene además una aficion que raya en talento para la esgrima, el box y el puntapié. Hizo sus reflexiones con la rapidez de concepcion de que estamos dotados en tales casos. — « Si desenvaino, dijo en-

tre si, mi cuchillo, que no pasa de un juguete de niño, este hombre, con su facon

desmedidamente largo, me abre el vientre. Si salto à caballo y disparo, me lo clava por la espalda, puesto que está mejor montado. Dejemoslo venir y tiremoslo patas arriba

con un puntapié en pleno estómago, no hay mas que hacer. »

Y se puso en guardia.

A tres pasos de distancia, el gaucho se paró y lo saludó cortesmente diciendo :

— Amigo ¿ no quiere Vd. hacerme el favor de tomar una copita conmigo ?

— Amigo, contestó el otro sacando su reloj, el favorecido seria yo ; me hé dormido debajo de este árbol, hé perdido tiempo y tengo que hacer. Será para otra vez.

— Una copita, no mas. Es cosa de un minuto.

— Cuando se bebe, beber. Cuando se trabaja, trabajar. Le aseguro que lo siento.

El gaucho que fumaba, impertérrito, creyó llegada la ocasion de decir algo.

— ¿ No vas à dejar en paz à este caballero ? No ves que está ocupado ?

— ¿ Está ocupado ? entonces vamonos ?

— Vamonos.

— Adios, señor, hasta la vista.

— Hasta la vista, amigos.

Montaron y se fueron tan serenos como si no hubiera acontecido nada. Es difícil ser mas batallador; es imposible ser mas manejable, mas olvidadizo de su propia sinrazon, en una palabra, mas criatura.

Lo que valió al pulpero este susto, fué que en este momento su despacho se hallaba desierto con motivo de la hora y del calor. Si hubiera habido gente, la riña no se hubiese armado con él. Mas valió asi en resumidas cuentas. Bien está lo que bien acaba, y con mayor número de espectadores la cosa tenia que acabar mal. Entre estos, infaliblemente, otro gaucho algo *chupado* ó simplemente aficionado à pendencias hubiera pelado el acero, y los demás se hubiesen estrictamente limitado à formar rueda para seguir con el mas marcado interés las peripecias de la lucha, haciendo en seguida cuanto les fuera posible afin de que el vencedor se pusiera en salvo. Este hubiera

tenido alguna dificultad en recordar al dia siguiente por qué razon y de qué modo habia muerto à un hombre. Y me inclino à pensar que habria experimentado sentimiento de lo ocurrido.

Sentimiento talvez, pero en cuanto à desolacion, de moderada abajo. Si su *número uno* no les importa un bledo, no hacen caso tampoco de la vida del prójimo. Hé tenido de cocinero en la frontera à un soldado que llamaban Cura, no porque fuera este su apellido, ó esta su profesion, sinó porque, siendo sentencioso y barrigon, lo habian gratificado con este sobrenombre. Habia estado de chico al servicio de una familia decente que le habia cobrado cariño y dado algunos rudimentos de instruccion. Es probable que habia cometido unas calaveradas para ser, à los cuarenta años de edad, simple soldado en un batallon. Pero el coronel aseguraba que no existia en su frontera individuo tan cumplido, tan servicial,

y tan notable cocinero. En los pocos dias que lo tuve à mi lado, le reconocí todas las cualidades mencionadas. Una madrugada, apareció en el campo un grupo de ginetes que venian en derechura à mi carpa. Lo formaban un teniente y cuatro soldados que tenian orden de llevar preso al Cura. El teniente me traia mil disculpas del coronel, otro cocinero y la explicacion del incidente. El Cura habia tenido poco ántes una discusion algo récia con un compañero suyo, resultando que saliera este con un ojal abierto en el cuero. Pasados unos dias, como el herido estaba bien, me habian agraciado con mi cocinero. Pero el enfermo se agravó y finalmente se murió. Era imprescindible levantar un sumario, y por pronta maniobra reintegrar en su calabozo al que habia hecho la muerte.

Mandé llamar al Cura, y lo puse al corriente de lo acaecido, buscando mis palabras, y no sabiendo como participar à un

mozo tan tranquilo, tan decente, que habia muerto à su camarada. No abrigaba la mas mínima duda de que se mostraria muy compungído.

— ¿ Murió? me dijó con un acento en que la sorpresa no excluia un marcado desprecio. Se encogió de hombros y agregó : — ¡ De delicado !

No sé si los que no han sido gauchos entenderán bien todo lo expresivo de la palabra. Para traducir bien su sentido, es preciso valerse de otra locucion plebeya y decir : ¡ Que maula !

Figúrese Vd. por un alfilerazo de dos reales, por una heridita en que no cabia la punta del dedo meñique, aquel imbécil se habia dado las ínfulas de morirse, ocasionando trastornos à la gente. ¡ Era fuerza ser muy bestia !

Todo esto estaba contenido en la exclamacion : — ¡ De delicado ! — única palabra de pésame que el Cura, tomado de sorpresa

por la noticia, se dignó artícular. Los gauchos tienen facilmente buenos impulsos, pero no adolecen por cierto de un exceso de sensibilidad.

Los hay tambien pendencieros y matasietes de profesion, lo que los conduce en breve tiempo à cargar con dos ó tres homicidios, no por cierto su conciencia, ni tampoco su cuenta con la policia, sinó..., diablos ! ¿que palabra emplear ? Estoy por decir : su crédito, porque esto no deja de constituir para ellos un capital de consideracion y de respeto entre sus camaradas.

Si suceden desgracias mas numerosas de lo que seria de desear, tengan entendido que la mayor parte de ellas debe atribuirse à la pulperia, no solamente por la envenenada ginebra que les ofrece, sinó por el falso amor propio que les infunde. El tejadillo que precede á la reja del despacho es su sala, su periódico, su corrillo. Un gaucho dice : ¿que dirán en la pulperia ?

como un *clubman :* ¿que dirian los del club?

Los hombres estamos poseidos de una manía, la de reunirnos, de formar grupos, afin de pavonearnos, y la mas acabada prueba de que no valemos un pito, es la atmósfera que se desprende de estas reuniones, la opinion pública que emana de ellas, las que no nos inducen sinó á calaveradas. Un hombre mata à otro, está bien, y si digo : está bien, hablo, como se comprende, con relacion à los espectadores y no à la moral, — tiene que seguir en la misma guapeza. Está empeñado su decoro, interviniendo por añadidura viejos instintos de degollador, en matar otra vez, si se ofrece, afin de no desmerecer del concepto en que lo tienen. En otras épocas, esto se llamó en Europa pundonor. Parece que es indispensable que pasemos por este grado de evolucion, ántes de llegar à racionales.

La mas linda funcion de que la pulpe-

ria sea el teatro, son las carreras. Todo pulpero tiene buen cuidado de establecer una

cancha frente à su establecimiento. Su instalacion es de las mas sencillas; consta de dos sendas rectilíneas trazadas en terreno horizontal, con uno que otro poste para marcar las distancias. El dia fijado, tem-

prano, se ven en todos rumbos ginetes que se dirigen à la pulperia. Los gauchos y sus caballos están de gran parada. Frenos, pomos de recado, estribos y espuelas de plata centellean á los rayos del sol.

Los héroes de la jornada, los parejeros, llegan llevados del cabestro, puesto el hocico adentro de una hociquera de cuero. Tienen la barriga delgada y luciente el pelo. Si han sido bien preparados, son muy mansos, hasta diré azonzados. El caballo de carrera del campo tiene la fisonomia menos expresiva del mundo hasta que entra en accion. Su cuerpo, cuando ha sido metodicamente adelgazado y está en el punto preciso para desarrollar toda su velocidad, presenta formas bonitas, parecidas à las de un lebrel, pero me dispensará este cuadrúpedo, si tengo que declarar que su cabeza es insulsa.

Las mugeres han concurrido tambien à la fiesta, y es esta la verdadera ocasion de

presentarles bajo un aspecto favorable la compañera del gaucho, la china, de que no hé hablado todavia.

No puede decirse que las chinas sean

hermosísimas. Pero en su flor de juventud, son verdaderamente muy *monas*. Son esbeltas, algo largas, — demasiado talvez. Se tapan con un vestido demasiado largo tambien, con una especie de forro que revela

los contornos delicados del busto, y desgraciadamente acusa al propio tiempo la penuria de las caderas y del pecho. De jóvenes, su seno, que se echa à perder muy pronto, ofrece un relieve discreto y curvas exquisitas. No se le puede aplicar, es cierto, los versos elegantemente picarescos de Hesnault :

« Dos globos gemelos mas blancos que nieve, — que flanquean el corazon, — y cuyos polos señalan dos frambuesas perennes. »

Estamos en un pais en que la nieve es cosa desconocida. El color de su tez es el de una finísima arcilla tostada y bronceada por el sol. Por lo que respecta à los polos que menciona el poeta, el asunto es mas grave. No están señalados por una frambuesa, sino por una mora, y mora sazonada, esto es negra.

Es este el indicio persistente de la cruza de sangres distintas, mas persistente que la

mancha azulada que acompaña el borde de las uñas.

Hé sabido por relaciones fidedignas que cuarteronas tan blancas como la leche habian heredado de su sangre africana la misma peculiaridad, y los inteligentes en la materia aseguraban que sentaba à las mil maravillas al tejido mate de su cútis, produciendo el mismo efecto que la traviesa mosca con que nuestras abuelas aguzaban su belleza. A este respecto, un filósofo me ha sometido una observacion profunda. Como prueba, decia, de que la verdadera mision de las mugeres es la maternidad — ¿ cuál otra pueden desear? — los estigmas de su raza están en el seno y la mano, que son los dos atributos maternales por excelencia : el seno para dar el pecho à los niños, la mano para darles una soba.

La elegancia delgadita y las formas escasamente rellenadas de la china jóven se marchitan pronto con la existencia que

lleva. Aguanta intemperies y privaciones, de ningun modo fatigas. No tiene otras que la de la maternidad, à que es aficionada en demasía. No existen en el universo mugeres mas fecundas.

El relieve sóbrio de sus facciones y de sus contornos parece formado con una materia sútil, que se evapora al aire. Se arruga temprano, como un globo que principia à deshincharse, y à poco andar está hecha un laberinto de arrugas. Me pueden creer, en estas carreras, hay que mirarlas de lejos, bien sentadas en su brioso caballo que manejan con soltura. Es el verdadero punto de vista que les conviene. — A la distancia, las mismas viejas parecen buenas mozas. Arrimándose, pasaria exactamente lo contrario.

Se presentan dos caballos. No tienen otro apero que un freno liviano. Sus corredores se quitan el saco y las botas. No se corre en el campo sinó en mangas de camisa, des-

calzo, y con *vincha* en la cabeza. La *vincha* es un pañuelo de seda doblado en forma de cinta y atado por detrás. Representa algo como una corona, ó mejor dicho, como la venda dorada que usan los titiriteros. Sea dicho de paso, entre los indios, la *vincha* está todavia reservada à los gefes, y no carecerian de interés, si fuera uno sábio, las investigaciones acerca del origen de este emblema de la soberanía, que parece haber sido un atributo propio de los reyes, los acróbatas, los caciques y los corredores de caballos en el campo. Talvez este orígen deriva simplemente de la necesidad de no tener la cara tapada por la cabellera en medio de ejercicios violentos ejecutados al viento.

Los dos corredores han saltado en pelos sobre sus caballos. Están en una extremidad de la cancha, rodeados por un enjambre de ginetes, cruzándose las opiniones, las dudas, las apuestas. Los dos jueces de la car-

rera, parecidos à estátuas ecuestres, se han colocado en la otra extremidad, en el punto en que estaria el mojon de llegada, si lo hubiera. Se dá la señal ¿Se figuran VVdes que ván à salir? No hay tal.

Hay que conformarse con presenciar una interminable sucesion de partidas falsas. El gaucho es naturalmente desconfiado, y le parece siempre que le *atracan* una desventaja; le gusta además prolongar su placer. Enfin y sobre todo, resulta siempre que uno de los caballos es ménos ligero que el otro, si bien tiene mas fondo. Es importante tratar de cansarlo ántes de la salida definitiva. Se valen de este ardid, que es insufrible.

El gaucho jugaria en las carreras su casa, su ganado, su camisa. Es buen jugador, es cierto. Si lo pierde todo, no dirá sinó: ¿Que le vamos hacer? y se marchará sereno, sintiendo solamente no poder seguir jugando, por causa de fuerza mayor. Un

amigo mio, estando à orillas del Rio Colorado, en pleno desierto, ocupado en hacer la mensura de tres ó cuatro cientas leguas de campo, habia prohibido el juego entre su gente. Habian imaginado jugar de noche, metidas las cabezas debajo de un poncho y haciéndose los dormidos. Cada uno sacaba una carta del naipe, se encendia un fósforo para mirarla, se apagaba. Ya estaba concluida la partida. Un peon perdió de este modo el dinero que tenia, sus botas, sus vestidos, su camisa y sus haberes hasta el fin de la expedicion, la que debia durar diez y ocho meses. Se presentó à la madrugada siguiente à su servicio en trage de Adam, y tiritando, pues el frio era crudo. El patron lo vistió y lo reconvino ¿A que gastar reconvenciones? Decia : — Es la suerte, — no hubo manera de que formulase otro comentario de lo acaccido. La suerte favorece à quien se le antoja ¿no es cierto? y entonces? que hemos de hacer?

Habia una carrera, cosa rara hoy dia ya, y en extremo interesante para quien se deleitase mas en escenas pintorescas que en las emociones del juego. Se llamaba la carrera de trampas. Ya se comprende, para que los gauchos le dieran este nombre, que morrudas habian de ser las que en ella se usaban. Sus reglas facultaban al corredor para intentar todo cuanto pudiera atrasar á su contrario, pero solo de la cintura abajo. No le era lícito ponerle las manos en el busto para hacerle perder el equilibrio. Pero atajarle el camino con el pecho del caballo, valerse de cualquier ardid para desviarlo de la línea, llevarlo á parages pantanosos, echarlo sobre biscacheras, enredarlo en resbaladeros, esto era lo natural y legítimo. Se necesitaban ginetes sumamente diestros y arrojados para semejante desafio de equitacion, cuyos incidentes eran muy divertidos y los accidentes muy contados, tan suelto y á sus anchas está el

gaucho en medio de tales peligrosos ejercicios!

Los concurrentes han jugado en las carreras todo el dia, han ganado, han perdido, han experimentado emociones fuertes y empinado concienzudamente el codo. Es precíso orear el ahumado cérebro. A la noche, organizan un baile. Los músicos están á la mano. Todo gaucho toca la guitarra, y la guitarra, sea ó no acompañada con una cantilena monótona sobre palabras improvisadas, es suficiente orquesta para la cadencia lenta y el ritmo sencillo de los bailes del campo.

Nos encontramos aquí con otro tipo digno de estudio, y que mereceria por cierto algo mas que una corta mencion hecha de paso, el gaucho payador que improvisa versos y los canta sobre un tono melancólico, acompañandose con la guitarra. No sabe leer ni escribir. Lo que sabe de música y de poesia, se lo han enseñado los bramidos de los

vientos, los mugidos de los animales, sus costumbres minuciosamente observadas, y las pasiones de su propio corazon. Sus cantos medio salvages, sus toscos versos, están empapados en la naturaleza ambiente, y al

oirlos asi á la luz de las estrellas, en medio de la vasta melancolia de la noche, penetran el alma de un sentimiento indefinible.

La pulperia no debe juzgarse por la primera impresion que produce. Es un rancho desharrapado, un tapial miserable. Pero, si el teatro no es vistoso, los dramas que se de-

sarrollan en este humilde escenario no carecen de interés. Abarcan todas las manifestaciones de la vida de la pampa. Sus especulaciones, su comercio, su poesia, sus vicios, sus pasiones se resumen en esta choza. No quisiera que VVdes me achacasen que soy un poste de taberna, pero seria cobardia negarlo, me gusta la pulperia.

EL MATE

En las grandes ciudades argentinas, «.el mate se muere, el mate murió », como diria Bossuet. Hoy por hoy, se toma mas mate talvez en Paris que en Buenos-Aires. Solo que en la capital de Francia, se toma sin conviccion.

El mate se va, y es una lástima. Era el símbolo de la vida á cielo raso, dura, sana y libre, de la vida del desierto en que lo único

de que no se carecia era el espacio, de la vida llena de penurias y de atractivos que jamás olvidarán todos cuantos la han probado.

La palabra mate, en español ó en guaraní, — no sé de fijo si los españoles la recibieron de los guaranies, ó estos de aquellos, — significa : curga, calabazita. No vayan á pensar segun esto que la bebida llamada : mate, sea una infusion de cucurbitáceos. Son muy engañadoras las etimologias. Aduciré de paso, en obsequio de los linguistas futuros, un ejemplo que sin esta precaucion los haria cavilar tremendamente. En el Brasil, un tramway se llama un *bond*, de una palabra inglesa que quiere decir : título de renta. Seria imposible discernir que afinidades existen entre ambas ideas, si no se advirtiese que una de las primeras sociedades anónimas que se establecieron en Rio-de-Janeiro, y cuyos organizadores eran ingleses, tenia por objeto la construccion de

un tramway. No se hablaba en la Bolsa de otra cosa que de los *bonds* de la nueva compañía. El nombre quedó pegado á la línea de tramway, y de la capital se difundió por todo el Brasil.

De tiempo inmemorial, no se gasta en la América del Sud mucha inventiva para designar de un modo gráfico las cosas nuevas. Los conquistadores procedian al respecto *à la que te criaste.* Tenian demasiado que hacer para perder su tiempo en buscar vocablos. Si fundaban una ciudad, le daban el nombre del santo ó de la fiesta de Iglesia del dia. Si se les presentaban en sus expediciones al interior del pais una série de rios, los llamaban simplemente *Rio Primero, Rio Segundo,* y así en seguida hasta cinco. Si hubiesen encontrado mas rios, hubieran continuado con la misma numeracion. Otras veces, daban á los rios un nombre sacado de su color, que parecen haber mirado con ojos distintos de los

nuestros. Frecuentemente han llamado « Colorado » ó « Vermejo » cursos de agua color de tierra, y « Negro » rios cristalínos.

Hémos perdido de vista el mate. No se podia prescindir de explicar el nombre que ha conservado. La planta que sirve para hacer esta infusion, la llamaron llanamente: yerba. Yerba no es, sinó arbusto, pero por extension se la aplicaron, porque era un vegetal. Como la bebida que se prepara con este vegetal se echaba entonces y se echa todavia, para tomarla, en una calabacíta, agregaron, para diferenciarlo de los demás vegetales, vegetal de la curga, yerba — mate. Todo está en entenderse.

Los primitivos habitantes del Paraguay fueron seguramente muy aficionados al mate. Contiene un principio esencial análogo, como composicion química y propiedades, si bien no lo es como aroma, á la cafeina, á la cocaina, á la teina. Es un excitante al

propio tiempo que un brebage de sustento. Entona el organismo, cuando está cansado. Entretiene y tranquiliza el estómago, cuando está hambriento. Esto seria lo bastante para hacerlo acreedor á toda clase de consideraciones durante las largas cabalgatas en medio de llanuras indefinidas, quemadas por el sol, azotadas por el viento, en que las casas son pocas y las instalaciones rudimentarias. Pero, tiene un mérito mas, la facilidad de conservacion, la sencillez de los ustensilios que se necesitan para que, en cualquier parada, en unos pocos minutos, esté listo.

El café tiene que ser tostado y molido en el momento de tomarlo. De lo contrario, se echa à perder. Aun en granos, si no se tiene gran cuidado en preservarlo de la humedad, se enmohece. El té tambien, si no lo guardan en seco, en recipientes complicados, de invencion chinesca, deja evaporar su suave y liviano perfume.

Uno y otro no pasan de preparaciones exclusivamente destinadas à gente sedentaria, que habitan en casas ¿ qué digo, casas? en palacetes.

En cuanto à la coca, no se halla ni para remedio en parte alguna del mundo fuera de un pais excéntrico y mediterráneo, Bolivia. Hé conocido à viageros que sostenian que merece el viage. — No lo niego, peró lo cierto es que hay que costearse allá para obtenerla.

¡Qué diferencia con el mate! Embolsado como se puede, mandado donde quiera, no pierde sus cualidades. El gaucho lleva à los *tientos* del recado su provision atada en un pañuelo. Trata, si llueve à cántaros, de que su yerba no se moje. No se necesita mas precaucion. El y la yerba no quieren saber nada de los refinamientos de civilizaciones decadentes.

Una pava, una curga seca, tanto mas apreciable cuanto mas víeja é impregnada

de jugo de yerba, como de jugo de tabaco una pipa, un tubo de metal y una caja de fósforos, es cuanto se necesita. Con esto,

en cinco minutos, en pleno desierto, cuando principie à sentirse el borbollon del agua hirviendo sobre un fuego ímprovisado de bosta de ovejas ó de tallos secos de cardos, el viagero habrá apagado su sed, se hallará reconfortado y alegre, al aspirar lentamente

con la bombilla unos sorbos del líquido bien caliente. Le parecerá que es todo malo en el mundo, y que el generoso mortal que generalizó el mate en tan inhospitalarias soledades habia de ser varon que entendia la vida.

Este varon no fué otro que los jesuitas. Con su infalible olfato comercial, se fijaron, en cuanto llegaron al Paraguay, en las utilidades que esta planta les reportaria. En el acto proclamaron sus méritos y monopolizaron su comercio.

Cuando los gobiernos se vieron en la necesidad de echarlos, el hábito estaba tomado de un modo definitivo, y la venta organizada en toda la América meridional. Con sorpresa y satisfaccion nos encontramos aquí, por una gran casualidad, en presencia de un servício sério prestado à la humanidad por los jesuitas.

Y no es poco servicio el que han prestado con esto à los habitantes de las pampas sudamericanas.

De madrugada, un poco ántes de aclarar, cuando palidecen las estrellas y parece no resolverse el cielo à blanquear todavia, cuando circula en el aire el frio entumecedor del alba ¿no vén allá una vislumbre roja en la puerta de un rancho? Están encendiendo el fuego de la cocína. Inmediatamente se mueven formas humanas en los alrededores. Los habitantes de la estancia, que estaban durmiendo, algunos en las taperas cuyas paredes de barro y techos de paja se disciernen vagamente, los demás y los mas numerosos à cielo raso sobre el recado, acuden presurosos al fogon. La mancha mas negra, inmóvil, que se destaca en medio de la oscuridad, la forman los caballos de servicio, atados al palenque. Cuando un gaucho pasa al lado de ellos, algun redomon, que está enojado por las largas horas que ha pasado à estaca y por lo fresco de la madrugada, se espanta y bufa de ver una sombra caminar en las tinieblas.

Están ya todos formando rueda al rededor del fogon, acurrucados ó sentados en unas cabezas de vaca. El que ha encendido el fuego tiene ya dispuesta la pava encima de la llama y coloca en el mate la conveniente cantidad de yerba, sacándola de un pañuelo extendido en tierra al alcance de su mano.

Introduce en seguida la bombilla de plata, procurando con prudentes artificios que los agujeritos que la terminan estén en contacto con los fragmentos de yerba mas gruesos. De lo contrario, la yerba pulverizada taparia el tubo. Echa el agua caliente con precaucion, con gravedad. No es dado à todos echarla como se debe. Enfin, con la misma imperturbable seriedad, se toma la primera infusion. La yerba contiene unos principios amargos que son los primeros en disolverse. Seria grave imprudencia ofrecer el mate antes de sacarselos.

Enfin echa nuevamente agua y da el mate al gaucho mas cercano, si están entre puros

compañeros, ó sino á la persona que le merece deferencia, una muger, el patron, un huésped. Nueva absorcion por pequeños sorbos. El mate vuelve al encargado de prepararlo, pasa á otro, circula de mano en mano.

A medida que va y viene, las fisonomías se animan, los ojos pesados de sueño brillan, el escalofrio matutino está reemplazado por un delicioso bienestar, la charla *se arma que dá gusto.*

Mientras tanto, una blancura opalina asoma en el Oriente, la laguna inmediata ostenta una nítida superficie de acero bruñido. Un vientito repentino, muy corto, la riza y se apaga. Ha llegado el momento de ensillar. Cada gaucho va primero al punto en que ha pasado la noche, y vuelve con el freno en la mano y el recado al hombro. Enfrena su caballo para que quede quieto, arregla metodicamente las numerosas piezas de que está compuesto el apero, monta y se

va. Sucesivamente se alejan á galope en todas direcciones, disminuyen á la vista y

se pierden en la fina neblina que se viene levantando. El mate los ha reanimado. La jornada puede ser como quiera, sol, viento ó piedra, calor tórrido ó frio endemoniado;

han tomado mate, están conformes, están listos, venga lo que venga.

Despues de las sólidas comidas de campo, en que no hay sino carne, pero la hay á discrecion, durante la indolencia de la digestion ¿ que seria de uno, faltándole el mate? Sea que los gauchos vuelvan á la estancia para comer, ó que hayan ensartado en el azador, en pleno campo, con la sencillez de instalaciones en que descuellan, un suculento pedazo de carne, salen á su debido tiempo de las alforjas la pava, la bombilla, el mate, y la pasan charlando, ó á veces, siendo el gaucho un charlador intermitente, saborean callados la satisfaccion de no pensar en nada.

El mate tiene una doble faz, como Jano. Se presta á la conversacion y la alimenta, comunica á las largas veladas una jocosa verbosidad. Por otra parte, acompaña bien los silencios contemplativos en que se mece la imaginacion de los pueblos primitivos.

En las dilatadas estancias en que los animales, muy ariscos, están abandonados á sí mismos, los trabajos son violentos. Los horas desocupadas están consagradas á soñadores ocios, tan monótonos y largos como la indefinida línea recta del horizonte. El mate les sirve de pretexto y de entretenimiento indispensable. Realiza una variedad especial de fastidio mas que aguantable, atrayente.

Por decontado que, para darse cuenta de sus méritos, es preciso vivir en puntos y tener que haberselas con penurias que lo hagan tan estímable como imposíble de reemplazar. No olvidaria en cien años el ansia punzante en el fondo, y la mentida soltura en el tono, con que, tiritando ambos de frio bajo la misma carpa, lanzábamos por la mañana á un asistente, el gefe del batallon 7 de infanteria y yo, este atrevido pedido: — ¡ Chamorro! un matecito cimarron! — Y no olvidaré tampoco la mirada

elocuente, triunfante y satisfecha, que cambiabamos los dos, cuando el apacible Chamorro contestaba sencillamente: — ¡ Está bien, comandante! — y lo traia.

Es toda una historia. Estabamos en Guamini rodeados por un sin número de indios, sin pan, sin vino, sin sol, sin otro alimento que unas vacas que habiamos quitado á los salvages. La carne no escaseaba, pero estaba sumamente flaca. Hacia un frio de mil demonios. Nos aguantabamos sin embargo, muy animosos, pues formabamos la vanguardia, el eje y la esperanza de las operaciones de tres ó cuatro columnas mas, que estaban por el momento detenidas en otra parte, pero que seguramente, en combinacion con nosotros, habian de hacer cosas notables. Las hicimos mas tarde.

Yo, en aquel tiempo, no entendía ni jota de expediciones por el estilo. Opinaba que habia sido extraordinariamente previsor porque habia llevado mucho tabaco. El

comandante, que las entendía bien, era un hombre muy refinado en la ciudad, pero adolecia, cuando estaba en campaña, para todo cuanto á golosina se parecia, de un desprecio altamente sensible y hasta sorprendente en un milítar de tan clara y chistosa inteligencia. Uno de los asistentes había colocado yerba en sus maletas. Habia colocado muy poca. Nos pareció acertado, estando, igualmente pobres, juntar nuestras penurias.

Se ha de comprender ahora con que sobresalto interior pedíamos un matecíto. Wdes notarán cuan elocuente es este disminutívo. Es expresion de cariño y al propio tiempo indicacion de exigüidad.¿ Que queriamos? — un mate chico, chiquito, — y agregábamos : cimarron, para marcar bíen lo humilde de nuestros deseos.

Esta es otra palabra fronteriza. Cimarron, propiamente, signifíca silvestre. Se aplica á los animales que se han alzado, han vuelto

al estado salvage, los perros por ejemplo, en otros tiempos, los esclavos. De ahi deriva la palabra francesa : negro *marron.* Aplicado al mate, en idioma de soldado de frontera, quiere sencillamente decir: amargo.

El comandante y yo no hubíeramos echado azucar en el mate por nada de este mundo, por mas que hubiesemos estado en medio de todas las delicias de Babilonia. Como sucede con el café, se reonocen en esto los aficionados de veras. Pero instintivamente apoyabamos preferentemente sobre cimarron. — Vd. comprende bien, excelente Chamorro; sin azu-

car! — ¡ No hubiera faltado maaís, que le pidieramos azucar!

Ignoro absolutamente de que modo Chamorro se manejó; pero mientras duró tanta escasez, — y fué cosa larga, — no llegó la contestacion temida : — El mate se acabó. — No salió de sus lábios sino su tranquilo: — ¡ Está bien, comandante! — apareciendo en seguida en la abertura de la carpa la honrada cara, risueña y regordeta, — pues es de notar que las privaciones la engordaban, — del incomparable Chamorro, que nos ofrecia un mate caliente, exquisito.

Tenia un corazon de oro, este Chamorro, y un buen corazon acaba siempre por obtener su recompensa. Supusímos, — no nos animabamos en ir al fondo de tan sagrados misterios, — que en épocas mas afortunadas habia obsequiado á todo el batallon con la yerba del comandante. Cobraba en el presente los antiguos créditos con una diplomacia insinuante, salpicada de sus acostum-

bradas chanzas, que lo hacian irresistíble é inimitable. Es nuestra explicacion. Sea ó no la verdadera, lo cierto es que el puñadito de yerba que guardaba en un pañuelo de seda desteñido, y de que constaba toda la provision que le conociamos, fué para nosotros como la botella encantada. ¡que gratitud le conservamos!

Los que no han saboreado el mate en estas condiciones no saben lo que vale. Los puebleros que consideran de buen tono el desdeñarlo procederian mas acertadamente no hablando de lo que no conocen. Me encontré precisamente, hace pocos dias, con otro compañero de esas amadas, duras y hambrientas expediciones. Es ahora General, y se ha construido un lindo palacete en Belgrano. Despues de apretarnos cordialmente la mano:

— Venga á verme, hombre, uno de estos dias, me dijo.

— ¿ Habrá mate ?

Dirigiéndome una mirada penetrante exclamó:

— ¡ Cimarron !

Al marcharnos, cada uno por su lado, por la vereda, cuajada de gente, de la calle San Martin, deleitaban nuestra imaginacion una vision de pampa, un aroma de menta, nn embriagador, un indefinible olor, el olor á espacio. Una palabra habia bastado para evocar todo esto.

Los detractores del mate le hacen cargos por la promiscuidad de la bombilla, que cada uno chupa por turno. Como se vé que no lo han tomado sinó en poblado ! Confieso que en un salon, ofreciendose el lujo y el refinamiento á la vista par todas partes, estamos propensos á otras costumbres. Cuando por añadidura, y es el caso mas frecuente, la encargada de cebar mate y de aspirar los primeros sorbos para quitar la amargura y cerciorarse de que la bombilla no está tapada, es una china vieja, de pocos

y malos dientes, con labios parecidos, por la profusion de pliegues, á un odre viejo, los censores tienen pretexto para echarla de desganados.

¡ Que fútil es su preocupacion !

Su opinion experimenta un cambio total si, desempeña este oficio la niña de casa, una muchacha de diez y seis años, de tez eburnea, de ojos de gacela, de risa traviesa. Queda patente con esto cuan arbitrarias y caprichosas son las apreciaciones de los humanos. En la forma, ambos casos son evidentemente distintos. En el fondo¿ que diferencia presentan? y que puede importar al mérito intrinseco del mate una circunstancia que le es tan indudablemente extrínseca?

La fraternal costumbre de beber en el mismo vaso, de tomar mate con la misma bombilla, es en desierto una regla invariable por una muy sencilla razon ; es del todo imposible hacer de otro modo.

¡ O los difíciles tendrán la intencion de exi-

girnos talvez que en uno de los viages esos en que la casa, la cama, el vehículo y el furgon de bagages están resumidos en el recado del caballo, carguemos con todo un servicio de porcelana de Sèvres, afin de poder en camino apagar la sed noblemente!

El estanciero trajo del campo á la ciudad su bebida favorita, que se habia vuelto para él una necesidad. Se hubiera sublevado de indignacion, si le hubiesen insinuado desfigurarla cambiando un ápice en el modo de tomarla. Hubiera dejado de ser mate. Mas expédito hubiera sido tomar té, como un inglés, y como, además, viene ya entrando la costumbre.

El mate, transplantado á los jaulas que llamamos casas, ha adolecido de una porcion de inconvenientes que no presenta en el campo. En la estancia, un monton de servidores tiene por única ocupacion, las tres cuartas partes del tiempo, la de no hacer nada. Que se ocupen en cebar mate, que

vayan treinta veces por hora de la cocina donde se calienta la pava al rancho que sirve de comedor, de escritorio y de sala, la cosa no es de consideracion. La profusion y la haraganeria de los criados es indefectible condicion de la vida patriarcal.

En la ciudad, es otro cantar. Cuanto mas avanzamos, tanto mas se eleva el precio de los terrenos; las casas se construyen al modo europeo, sus disposiciones están marcadas con un sello de sábia y rebuscada mezquindad. Ya no caben los servidores inútiles.

Otro cargo mas sério : hé indicado anteriormente que el mate es un aliciente para la indolencia. En el campo, poco importa. La indolencia es inofensiva y hasta obligatoria. Los habitantes de una ciudad, respirando un aire mas cargado, son siempre, por mas que hagan, demasiado sedentarios. Todo cuanto los induce á quedarse inmóviles es malo.

El Dr Martin de Moussy, observador sagaz y que tenia una larga práctica medical, afirma que, si las mugeres de las ciudades en el Plata engordan tan precozmente, la culpa es del mate. Les ha quitado, dice, la costumbre de moverse, y además les ha echado à perder el estómago. Como, debido al mate, no sienten apetito en las horas normales, la inapetencia llega á ser su estado normal. Las señoras no se mantienen sinó con alimentos detestables para la higiene de la belleza, dulces, confites, pasteles. El resultado es que la gordura las invade pronto, y que quedan

convertidas en ámplios torrejones en la edad misma en que las europeas conservan toda la gracia juvenil.

Si verdaderamente el mate ha cometido tamaño delito, no merece sino execracion, y dejo de defenderlo. No hay muger en el mundo mas agradable de contemplar, cuyas facciones sean mas seductoras, mas elegante al andar, de mas tentador busto, que una argentina de catorce á veinte y cinco años. Es una lástima, es un dolor, el ver formas tan encantadoras rellenarse antes de tiempo, y tanta soltura venir á rematar en el paso majestuoso de un cisne que camina en tierra firme. Pero ¿ será cierto que el mate es el único responsable de tan triste acontecimiento? Los médicos incurren á veces en explicaciones por demás someras de los hechos que observan ¿ No entrarian aqui en juego unas cuantas influencias mas decisivas, derivadas del clíma, de la raza, de la educacion? ¿ Por qué razon la china vieja

que ceba el mate, y chupa de displicente manera los primeros sorbos, es invariablemente flaca como un palo de lanza?

Es tan indolente por lo menos como las señoritas à quienes sirve, y le gustan tanto como à ellas el mate y los dulces. La única diferencia es que la sangre que corre en sus venas es sangre india casí pura.

Hay que pensarlo mucho antes de formular contra un honrado brebage cargos tan atroces. En resumidas cuentas, todo cabe en lo posible, y no me importa. Ignoro lo que pueda ser el mate tomado entre cuatro paredes, en cuartos pequeños en que hacinamos muebles grandes. No está en su casa, puede ser que se porte mal. Hé tenido un galgo indio que en el campo era una monada de perro. Me acompañó à la ciudad, donde se tornó perfectamente insufrible. ¿De quien fué la culpa? del pobre animal ó del amo que lo habia traido?

Lo que sí sé, es que la primera vez que

me siente á caballo, la primera vez que haga alto en medio del campo, teniendo la inmensidad por perspectiva, la soledad por compañera, y el ágrio viento de cara, antes que desensillen los animales, ya habré gritado al gaucho que me acompañe : — ¡Pronto, un matecito cimarron !

EL ÚLTIMO PUEBLO DEL MUNDO

El pueblo de Nuestra-Señora-del-Carmen-de-Patagones, — es del caso aplicar esta melancólica observacion de Gubetta, que los españoles acostumbran dar á sus hijos mas nombres al cristianarlos que pesos al casarlos, — era verdaderamente el

último del mundo, antes de que la colonia del Chubut estableciera á su vanguardia un centro de poblacion.

Fundado por Viedma, á fines del siglo pasado, con pretensiones de llegar á ser la plaza de armas y el cuartel general de los nuevos ocupantes de la Patagonia, no tuvo tiempo de desempeñar tan brillante papel. Trató en vano de irradiar, de formar colonias segundarias mas al Sud, en la costa atlántica.

Todos sus establecimientos fracasaron, destruidos unos por los indios, otros por el hambre. La guerra de la independencía sobrevino mientras tanto, y Patagones, entregado á sí mismo, cobijó en sus estrechas murallas, separadas de lo demás del universo á los descendientes de los compañeros de Viedma.

De ahí viene que este pueblito, que no tardará sin duda en llegar à ser un pueblíto como cualquier otro, tan prosaíco como los que brotan à nuestra vista en pleno desierto,

con el mismo galpon de pórtico seudo-griego favorecido con el título de iglesia, la misma municipalidad fea, el mismo damero de calles derechas, orladas de casas bajas, todas parecidas, podia todavia ostentar, en 1880, anales nada vulgares y una fisonomia propia.

Lo componian una ciudadela erguida sobre una altura, edificada toda con piedras bien labradas, provista de un elegante mirador en el centro, y al rededor de la ciudadela un laberinto de callejuellas, que ora serpenteaban en los flancos de la colina, ora se desbarrancaban hácia el rio. Escalonadas en anfiteatro, las casas se dominan todas unas à otras, y las mas elevadas dominan el curso del Rio Negro, salpicado de islas fértiles y en cuyas orillas verdean innumerables sauces y álamos.

Del lado del valle, halaga la vista un paisage de Normandía. Del lado de tierra, se estienden terrenos arrugados, arenosos, áridos, cubiertos de arbustos raquíticos.

Solamente en la primavera está amenizado el matorral por las lindas flores de la barba de chivo, que se parecen, y aun superan à las de la madreselva. Este erial, que estrecha al pueblo à lo largo del rio, se prolonga hasta Bahia Blanca. El es quien durante largos años ha secuestrado à Patagones del mundo civilizado, y lo ha reducído à la condicion de pueblo errático. Sus únicas vias de comunicacion eran el mar, que lo ponia en contacto con el mundo habitado, y el valle del Rio Negro, camino abierto para entablar relaciones con los valles del Neuquen, del Limay y las provincias meridionales de Chile.

Vias poco cómodas ambas. El mar era surcado por poquísimas naves; el valle del Rio Negro estaba ocupado por los indios. No habia mas. Se tenia que entrar en tratos con los salvages. Los gallegos de Patagones, altaneros, pero sesudos, se conformaron refunfuñando.

Les compraban tejidos, plumas de avestruz, cueros de guanaco, una que otra vez ganado robado, cediéndoles en cambio malas botas y pésimo aguardiente. Este comercio no era por cierto de los mas puros. Esto no obstante, los patagoneses de sangre europea no dejaban de formar una aristocracia muy desdeñosa, muy exclusiva y altamente convencida de su importancia.

Las pocas familias trasplantadas por Viedma conocian al dedillo sus orígenes, sus parentescos, su árbol genealógico. Se casaban entre pares, à menudo entre primos, razon por la que la raza habia degenerado y se habia vuelto feísima. Se aferraban con mayores brios à sus preocupaciones de hidalgos.

Por lo demás, esta situacion aislada, los peligros siempre inminentes, las frecuentes sorpresas de sus inseguros amigos de la pampa, habian formado varones que no se trastornaban fácilmente en los casos apurados.

La historia de Patagones contiene un rasgo heróico. Cierto dia, sin mas auxiliares que algunos gauchos mal armados, sus habitantes resistieron à una fuerte division naval brasilera, que habia tomado posicion frente al pueblo, obligaron á las fuerzas de desembarque à rendirse à discrecion, y se apoderaron de dos buques de guerra. El coro de la pequeña iglesia de Patagones está tapizado de banderas brasileras, cuyas franjas de oro ennegrecidas cuelgan al rededor de la Vírgen, ridiculamente ataviada, hay que confesarlo, que es la patrona del punto. Los patagoneses, con tanta devocion como modestia, le atribuyen todo el honor de este milagro.

Está de Dios que ha de haber un lado ruin en las cosas bellas de este mundo. Uno de los navíos tomados en esa jornada gloriosa se ha sumergido lastimosamente en el sitio mismo en que estaba anclado.

No ha sido echado à pique por el fuego de la plaza, sino por la rapacidad de los jueces de paz sucesivos. Cada uno hacia sacar algunas de las planchas del forro de cobre, afin de venderlas clandestinamente. Enfin el pobre barco, con rumbos abiertos por todas partes, se sepultó en las aguas. Con esto queda pintada à lo vivo esta gente henchida del orgullo de su nobleza.

La aristocracia de Patagones, los españoles viejos tan devotos de nuestra Señora, eran hidalgos por cierto, pero hidalgos que habian traficado largo tiempo con los indios.

Cuando el gobierno argentíno se acordó al fin de que existia Patagones, fué para adoptar una medida, que poco hubo de gustar al barrio Saint-Germain altivo que languidecia al pié del fortin de Viedma.

Se reparó en que este pueblito excéntrico formaria una perfecta colonia pénitenciaria, y se le mandaron los ladrones, los rateros, los falsificadores, y una que otra remesita

de mugeres perdidas para acompañarlos.

No es esta la única vez en que los gobernantes de Buenos-Aires han tenido à bien demostrar que habian leido *Manon Lescaut,* y que estimaban los métodos de colonizacion que habian llevado à la Nueva-Orleans esta interesante niña y su desdichado amante.

Pocos años ha, se puso à bordo del vapor *Santa-Rosa,* que hacia un servicio regular à Bahia-Blanca y Patagones, un cargamento de esas desgraciadas, dirigido à la Municipalidad de Bahia-Blanca, afin de que esta les diera el destino que creyera conveniente.

El capitan del vapor llega à la puerta de la Municipalidad con su encomienda femenina, apiñada en un carro, y solicita entregarla. Con lujo de indignacion, pregunta la Municipalidad que se ha figurado el gobierno, y declara que le va à elevar una nota sin pelos en la pluma. ¿ Que hacer mientras tanto? abrir la jaula y largar los

pájaros, en otros términos lavarse las manos por el carro y su contenido. Así lo hizo el capitan.

Durante algunos dias, las tranquilas calles de Bahia-Blanca fueron el teatro de sabrosos escándalos y de picantes escenas de borrachera. Precisamente pasé por allá en aquel tiempo, y no hablo por relaciones agenas. Las niñas del pueblo no se atrevian à ir à misa, ni à asomar la cabeza à la puerta de sus casas.

Despues, el barullo pasó como pasa todo. Las ninfas de este grupo loquillo se metieron, quien sabe donde? se acomodaron acá y acullá, hasta se casaron. Antes de un año, muchas asistian à las funciones de esta misma iglesia, cuyo acceso imposibilitaron en otro tiempo à las señoritas decentes, con ademanes que no lo eran.

Muchas, no todas. Hé encontrado un año mas tarde á cinco de ellas, las incorregibles, en la region mas desierta, mas triste, mas

inhospitalaria, que talvez haya visto en la vida, y no es decir poco, entre Bahia-Blanca y Patagones.

Volvia, con una corta escolta, de la expedicion del Rio Negro, siguiendo la línea de fortines que se habia conseguido establecer, y habia sido empresa árdua, cada treinta ó cuarenta kilómetros, en medio de esos arenales secos.

Habian sido confinadas á uno de ellos. Se entendian perfectamente con la guarnicion, que constaba de seis hombres; seis hombres para cinco mugeres! Esta falta de equilibrio entre los elementos masculino y femenino me llamó la atencion. Pedí explicaciones al sargento. Tomó el aire en que el gaucho sabe encerrar tanta filosofia irónica y tanto buen humor concentrado, — la boca séria y la mirada pícara, — y contestó:

— Pero¡ que! hay siempre uno de nosotros que está de faccion.

Si vis pacem, para bellum. Una medida

meramente de guerra aseguraba la conservacion de la paz.

Y mientras en el fortin estamos, déjenme Wdes bosquejar el perfil de una de las cinco precursoras involuntarias de la civilizacion moderna en medio de los salvages. Era inglesa, muy jóven y bonita, blanca como una gota de leche, y hubiera sido seductora de veras sin su immoderada aficion à la bebida.

No cabe duda que la policia de Buenos-Aires le habia echado el lazo en una noche de jarana por mayor. Vestia un trage de seda verde, muy abierto, que dejaba ver un seno juvenil y un escote apetitoso.

Formaban un contraste enternecedor el buen humor de la propietaria, suelta y vivaracha en medio de aventuras tan fuera de lo ordinario como un pez en cristalína agua, y el lamentable aspecto del pobre trage que parecía haber tomado por sí solo, con la noble abnegacion de un fiel servidor, todas las manchas é ímpurezas de la comun odisea.

¿Que le habrá pasado? A la inglesa se entiende, pues en cuanto al trage, por el estado en que se hallaba cuando lo ví, tiempo ha que habrá ingresado de nuevo en la corriente universal de las cosas.

¿Se habrá compuesto? ó si habrá resbalado al contrario en la irreparable degradacion en que estaba á punto de abismarse, solo sostenida por su jugueton gorjeo, hecho de inconciencia, de buena salud y de aire libre?

¿Habrá el *delirium tremens* acabado con ella? ó bien una vida tranquila, un matrimonio decente, un enjambre de niños, habránse vuelto el lote final y el último capricho de esta perdída de alabastrina tez?

Y sí se me antoja creer que el desenlace de su carrera fué meritorío ¿quien se ha de atrever à decirme que no? Hé visto depravaciones mas morrudas venir à rematar en una cura inesperada, y las mugeres especialmente... pero volvamos al abandonado tópico.

Si algun dia, — todo cabe en lo posíble, — Bahia-Blanca llega à ser una Nueva-Orleans, la posteridad no dejará de saber, por lo que antecede, que en sus albores ha sído tambien punto de refugio de unas cuantas Manon Lescaut internacionales.

Esto no obstante, el primer convoy de presidiarios y de mugeres livianas deportados por resolucion policial fué recibido en Patagones con gritos de horror. ¿Que seria, con semejantes huéspedes del pueblo de Nuestra Señora del Cármen, del santuario de las tradiciones de la vieja Galicia?

Pues bien, forzoso es confesar, *à posteriori*, que al pueblo de la Virgen no le salió tan mal el experimento.

No escaseaban por cierto, en los recien llegados, bribones espantosos y bribonas aun mas espantosas; pero habia tambien gente de imaginacion fértil, aguijoneada por la desgracia, que dieron atrevido vuelo al

miserable tráfico de cambalache organizado con los indios.

Por una parte, un deseo sincero los asistia de llegar á ser hombres de bien. Por otra, avasalladores instintos los impulsaban hácia las ganancias ilícitas. Tomaron un término medio entre ambas tendencias, lanzándose con frenesí en tales especulaciones desleales.

Llegué cierto dia à Patagones à bordo del vapor *Santa Rosa* precísamente. Un caballero bien puesto, de modales finos, situado de pié en el muelle, esperaba que atracasemos. Era un comerciante ímportante del punto. Subió en el acto sobre la cubierta del buque, cuya carga, casí entera, le venía consignada.

Era francés y me saludó. Era nativo de los Pirineos, y nos pusimos à charlar como antiguos amigos; en un instante casí lo fuimos. Me convidó con insistencia à visitarlo, à ir esa misma noche à tomar una

tasa de té en su casa. Deseaba presentarme à sus hijas, que eran numerosas, y *toditas* tocaban piano. Esto del piano me dejó meditabundo. La vida de fronteras habia echado à perder en mi ánimo este género de intrepidez.

Mas tarde, conversando de mi nueva relacion con el capitan, me dijo :

— Vaya Vd., si le gusta, es todo un hombre honrado, lo que se llama un hombre de bien... actualmente.

— Y ¿antes?

— Ah! antes! ahí! está el busilis. De jóven, poseia un talento fatal de dibujante. Lo aprovechó para falsificar billetes de banco. En aquel entonces fué mandado aquí à veranear por el juez del crímen.

— Me explico, pensé yo, que le haya parecido mas inofensivo que sus hijas se dediquen à la música.

Con todo, en el ambiente en que ha pasado una vida de expiacion, de trabajo y

de triunfos, en que se ha labrado una conciencia nueva y una fortuna flamante, este hombre está rodeado de una séria consideracion, y la merece. Si no hubiesen caido allá sujetos de su temple, habria podido suceder que Patagones muriese el dia menos pensado de hastío, de rutina y de inanicion.

Talvez el barrio Saint-Germain del pueblito se sintió mas hondamente molestado con la llegada de unas buenas, pero humildes gentes, cultívadores italianos y franceses, seducidos por la feracidad de las orillas del Rio Negro.

Estos le hicieron de veras una mala jugada. Siendo muy industriosos, establecieron luego en la márgen meridional del Rio, mas aparente para la agricultura, un pueblito cuya prosperidad no tardó en inspirar celos à la altaneria gruñona del pueblo viejo.

El dia en que se delinearon las primeras

calles de la nueva aldea, Patagones se conmovió. El dia en que se proporcionó el lujo de una iglesia, Patagones puso hocico. El dia en que fué oficialmente declarada capital de la Patagonia, poco faltó para que Patagones vistiera luto.

La definitiva conquista del valle del Rio Negro, la creacion de campamentos importantes à lo largo de su curso, han atraido á los pobladores hácia esas regiones abandonadas, y producido hondas transformaciones. La fusion de las razas, que es el rasgo característico de la historia sociológica de los Estados del Plata, se verificará en condiciones enteramente distintas de las que podia presentar un espacio estrecho y aislado.

Por esto mismo hé querido pintar el Patagones antiguo, colocado en una situacion tan especial respecto à la amalgamacion de los elementos que lo componian.

Para completar este estudio, indicaré de

qué manera se operaban los cruzamientos, resultando la paulatina formacion de una variedad particular de argentinos en ese rincon olvidado.

Expondré, con apuntes y recuerdos personales, el resultado del casamiento de un gaucho con una china y de un cacique indio con una cristiana. Así se podrá ver, en un breve ejemplo, de que modo se hacen las razas, y de que procedimientos étnicos se vale la naturaleza para, con el andar del tiempo, elaborar hombres civilizados.

COMO SE FORMAN

LAS ARISTOCRACIAS

Hé prometido mostrar como se forman las aristocracias. Hé dicho de qué modo un grupo aristocrático brotó espontáneamente en ese lejano rincon del globo llamado Patagones, y degeneró en seguida por los efectos

de la consanguinidad, y como resultado del imprudente empeño puesto en evitar los cruzamientos.

Bajo muchos aspectos, los hombres se parecen à los animales, especialmente en lo tocante al vigor de las razas.

Aquella aristocracia no hubiera podido perpetuarse. Para que cobrase solidez y duracion, le fué preciso mezclar su sangre azul con la de los salvages. No está demàs explicar como la cosa pasó.

Les voy, pues, à contar el casamiento de una descendiente de los gallegos de Viedma, de una duquesa, dirémos así, de Patagones, con un cacique indio.

Es toda una novela sociológica. No es una novela de amor.

Y¡ miren un poco cuantas complicaciones de besos furtivos y de chanzas inesperadas ocurren en los fenómenos de la creacion de una raza ! El tal cacique no era de sangre pura; su padre fué un francés quien,

habiéndose ganado la simpatia del cacique anterior, habia solicitado y conseguido la de la mas bonita de sus mugeres. El pícaro se manejó de tal modo que el rango supremo recayó en un vástago suyo, al morir el marido..... coronado.

Toda la tribu, incluso el esposo, estaba en el secreto, y nadie lo tomó à mal. Tan novelesca estirpe no dejó talvez de conciliar al nuevo cacique el respeto de sus súbditos. No le habia quitado el cariño del padre putativo.

Sirvanse dispensarme, si les ensarto aquí de paso un cuentito corto, en que intervino otro francés. Los franceses son por lo visto propensos à los amoríos.

Este segundo francés era alsaciano, muy rubio, carpintero, y vivia en Bahia Blanca; su tapera estaba à dos pasos de la choza de un indio *manso*. Era este el nombre que se daba à los indios sometidos, los que muchas veces, como los de Bahia Blanca, eran ins-

talados y mantenidos por el gobierno en un pueblo fronterizo. La muger del indio era tan hechicera como es posible serlo en su raza.

Por un misterio de afinidad que no me corresponde explicar, parió un híjo muy rubio.

Un observador que allá vivia, el patriarca de Bahia Blanca, un hombre de talento perdido en aquellas soledades, y en cuyo simpático génio hubiera sido dificil decir lo que descollaba, si la malicia ó la bondad, el señor Caronti, no dejó escapar este detalle. Dijo al indio como quien no dice nada : « Rubiecito te ha salido el niño. »

Fué el indio quien se sonrió finamente. Hizo una guiñada al señor Caronti, designándole la vivienda del alsaciano y el grupo que formaban su muger y el indiecito que se revolcaba en el suelo, y contestó con orgullosa satisfaccion : « Buena casta ! casta refinada ! rubio ! carpintero ! »

Su familia se habia enriquecido con un mestizo de mas noble sangre, y candidamente esto le gustaba tanto como si hubiera caido en su manada el producto de un parejero inglés.

¡ Costumbres del desierto!

El rubiecito hubiese talvez llegado à cacique, si no se hubiera muerto en Buenos-Aires, donde lo habian mandado à educarse. Noten en que concepto lo tenian sus casí paisanos. Formaba parte del contingente selecto à quien se queria dar enseñanza.

Seria del caso esbozar una teoria sobre las tendencias de amable galanteo tan genuinas de los franceses, y que les han merecido ser unos colonizadores eficaces y prolíficos, atrayendoles, en las colonias que han formado, la adhesion de las razas inferiores mas por la fuerza del cariño que por el poder de la fuerza.

Podriase recordar que, entre el Canadá y el Pacífico, en los inmensos territorios de la

Compañia de la bahia de Hudson, existe una raza de mestizos que habla francés, y que ha quedado refractaria à la rigidez anglo-sajona. Los conquistadores la han formado y la han ganado para siempre al amor de la tierra de que procedian con sus solícitas atenciones hacia el bello sexo. La etnografia es una ciencia que ha de escudriñar los mas misteriosos detalles, y valdria la pena... pero esto nos llevaria lejos. Ocupémonos de nuestro cacique patagon.

Ignoro si recibió gran educacion. Sabe probablemente leer y firmar. Lo cierto es que sus instintos son mas elevados que los de sus campañeros. Admira sinceramente las instituciones de la civilizacion. Su fidelidad al gobierno argentino ha sido, en toda ocasion, intachable. Con pocos indios vigorosamente mandados, y á quienes precedia siempre en las cargas à una distancia de cuatro cuerpos de caballo, ha preservado á Patagones de los ataques del salvage mas

eficazmente que las escasas y mal armadas fuerzas nacionales que antiguamente guarnecian el punto.

De jóven, demostró apego à la propiedad y tendencias previsoras, lo que está reñido con las costumbres indias. Posee estancias, regaladas unas por el gobierno como premio de sus servicios, adquiridas otras con su propio dinero, ganado con el producto de sus rebaños, y talvez con una que otra operacion agena à la industria pastoril.

Tiene el grado de sargento mayor de línea, y adorna su pantalon con la ancha lista de oro de los gefes. Es todo un gran propietario y todo un cacique.

Cuando se llega à su tribu, al ver su casa de material, desprovista de muebles, si bien no lo es de pretensiones, y al rededor los toldos de cuero de su gente, se presenta á la mente el recuerdo de un señor feudal de la época sajona, un par de siglos antes de la

invasion de los normandos, en las selvas de Inglaterra.

Cuando se come en su casa, y se pone en la mesa un capon entero, que despedaza con un cuchillo de cabo de plata largo como un sable, otros detalles mil llaman la atencion.

Hay galleta, hay víno, hay hasta un vaso en que los convidados beben por turno. Son refinamientos todos que huelen á cristiano à la legua, y que no pocos estancieros no tendrian como ostentar.

Hé dicho que no habia muebles en la vasta sala que es toda la casa. Hé exagerado. Además de dos grandes cofres, que sirven tambien para sentarse, y de una mesa desvencijada, existe una cama, una cama de veras, una cama de fierro regularmente fea, pero tapada con una manta de tejido *pampa*, muy fina como trabajo y originalísimo como colorido, que no sentaria mal en cualquier habitacion suntuosa.

¡Una cama en casa de un indio! Es un

milagro ¿no es cierto? Si no se quedan pasmados de admiracion, no entienden ni jota de los indios ó de los gauchos.

Búsquese la muger, decia M. de Sartines, cuando le tocaba tener que dilucidar, como prefecto de polícia, un caso embarazoso. ¿Como prescindir de buscarla, tratandose de una cama? Asi lo híce, y no tuve que buscar mucho.

Otro fenómeno extraordinario: la muger del cacique no se habia escabullido al vernos llegar; hacia los honores de la casa, conversaba con los visitantes. Si no se sentaba todavia á la mesa (no hubiera faltado mas para que me cayera muerto de estupefaccion) se informaba de lo que acontecia en Patagones, en un castellano perfectamente castizo.

— ¡Que bien habla el español! dije en voz baja à mi compañero.

— ¡Como! que habla bien? mejor que Vd. por cierto. Es española.

— ¿Que me dice?

— ¿No lo sabia Vd.? Es de la familia de.....

El apellido no hace al caso. Figúrense los Rohan ó los Montmorency de Patagones.

— ¡Holà! pobrecita! ¿en una invasion sin duda?... (¿Que quieren? los franceses, lo primero en que pensamos es siempre en lo malo.)

— Pero ¡hombre! de ningun modo! Los ha casado el cura, y forman un excelente matrimonio.

¡Por que razon no lo formarian en resumidas cuentas? El cacique es uno de los mas importantes propietarios de la region, y no ha de ser desagradable por añadidura tener súbditos y ser la señora cacica.

Parece que el único que no estuvo del todo conforme fué el cura. Queria que el cacique aprovechase la ocasion para hacerse cristianar, como Clodoveo; pero, agregaba mi interlocutor, hay recursos infalibles para

convencer à los curas. Será esto sin duda una dichosa condicion de los paises medio bárbaros. En las naciones de gran civilizacion, la empresa es mas árdua.

Tuve la curiosidad de ver á los hijos que habian tenido. El padre era soportable y casí hermoso à caballo; la madre era de regular abajo. En esta ocasion, reconocí cuan profundamente justa es la observacion de lord Byron, que dice mas ó menos, hablando de la primera querida de don Juan: « Su padre descendia de una larga série de hidalgos, los que, casandose entre primos, habian conseguido llegar à ser los mas feos de España; este tuvo el buen gusto de unirse con una muchacha de poco flamante linage; hasta dicen que se decia, — ¡oh escándalo! — que provenia de nuevos cristianos. La niña que resultó de estas bodas era esbelta como una palmera y linda como una hurí. »

Los hijos de mi cacique, que no era siquiera un nuevo cristiano, y de la angulosa

hija de los hidalgos, no desmerecian de este retrato.

Se criaban derechos como álamos, con unos ojos bravíos, rasgados y aterciopelados, que comunicaban un resplendor suave y cálido à sus caritas morenas.

Ván à la escuela y saben leer en los libros. Admitamos que à estos chiquillos les siga gustando mas el lazo y las boleadas que las bellas letras. Despues de mucho cazar y mucho beber, dejarán à sus hijos una gran fortuna y los gérmenes de un desarrollo intelectual mas completo.

El abuelo fué cacique ¿quien sabe si algun nieto no llegará à presidente de la República? Seguramente serán doctores, formarán parte de la buena sociedad y tendrán palco en la Opera.

Ahí tienen el modo como se forman las aristocracias.

¡Pensar que sin el francés que vino à dar por allá!...

¡ La muger es en todas partes hija de Eva. Faltando este, no habria faltado otro cualquiera.

Existe siempre una causa ocasional para que las razas se mejoren, y raros son los casos en que puede decirse que esta causa ocasional sea acreedora à la aprobacion de los moralístas rígidos.

Hé dicho que así se forman las aristocracias. Queria decir : así se han formado en tiempos remotos y que no volverémos à ver.

A pesar de algunos lunares, de unas poquísimas preocupaciones de casta, que aparecen excepcionalmente en las manifestaciones de su sentimiento nacional, y que tiene heredadas, à veces de grupos exclusivistas de gallegos rancios, à veces de tribus indias hundidas todavia en el periodo prefeudal, la República Argentina es séria y esencialmente organizada à la moderna. Tiene alma democrática. En esto reside su principal mérito y el secreto de su prodigiosa vitalídad.

Es lo que le permite incorporar los elementos incoherentes que le llegan de todas partes, y amasarlos hasta formar un conjunto homogéneo.

La alta sociedad se parece desde hace tiempo à una casa abierta. No se necesitan para penetrar en ella pergaminos ni contraseñas. Basta el talento, ó la fortuna, que en virtud de una convencion algo arbitraria, pero cómoda, se considera como la consecuencia y la representacíon tangible del talento. Pero el talento, para conseguirlo, es mas decisivo que el dinero. No hay que negarlo, à meros intrigantes ha cabido en suerte un rápido éxito. La intriga es al fin y al cabo una forma de talento que no todos poseen.

Hay una cosa cierta : la influencia y el poder no se adquieren por via de herencia. Hémos tenido, algunos años ha, un presidente de la república, hombre en extremo vivo, cuyo pelo y cuyos lábios demostraban

à las claras que circulaban en sus venas algunas gotas de sangre africana.

Esto no obstante, valiendose de los piés, de las manos y de los codos, habia trepado hasta la cumbre. Cuando desapareció, su familia se hizo humo. Nadie habla de ella, ni se cuida de saber en que ha quedado. Está muy rica sin embargo, segun dicen, y lleva un apellido que ha tenido gran resonancia en política. La dejan tan distanciada de los altos cargos como si hubiera emigrado del pais. Los altos cargos aquí no son dinásticos, sinó personales.

Algunos de los que fueron personages y han dejado de serlo emigran en realidad. Se van en busca de una sociedad, en que sean mas abundantes los bobos, y en que las sílabas que forman su apellido sigan haciéndo un efecto sensacional; que con su pan se lo coman! Es cosa linda y fortificante el vivir en un ambiente incesantemente removido por las corrientes à veces impuras, siempre vio-

lentas, de la política y de los negocios, en que es forzoso ser, y dia à dia, hijo de sus obras, en que la personalídad no puede elevarse é imponerse sino por un constante esfuerzo.

¿Que es este indio mastineado, medio francés y medio salvage? Es el famoso bastardo que, desde Rómulo hasta Guillermo el Conquistador, aparece indefectiblemente cada vez que una horda vuelve riendas enderezando à destinos mas nobles. Los miños fabricados de este modo parecen favorecidos con un don especial para la mision de iniciadores. Esta observacion no ha escapado à la clarovidencia de Shakespeare, quien no dejaba escapar nada.

« ¡Bastardo! dice uno de sus héroes, me echan todos en cara este nombre de bastardo, como si los que debemos la vida à los furtivos ardores del amor no estuvieramos formados por una esencia más sutil que los que han sido concebidos en los plácidas caricias del himeneo! »

Existe un método de cruza distinto del que designabamos en las fronteras, en que sus ejemplos no escaseaban, por el bonito vocable *gatear,* arrastrarse de noche furtivamente en las casas, como los gatos, prescindiendo por supuesto de los maullidos, que tenemos los hombres el buen gusto de reprimir.

Cristianos hubo que se establecieron entre los salvages, se connaturalizaron con su vida, y se casaron con chinas de la tribu.

No me atrevo à decir que, habiendo casamiento de por medio, la exclamacion de Shakespeare tiene en rigor que aplicarse, pero lo cierto es que de estas uniones no ha salido nada favorable para el progreso. Los aludidos tránsfugas, objeto de desprecio para ambos partidos, — desprecio perfectamente legítimo en la generalidad de los casos, — tuvieron por lo general un fin desastroo.

Cuando llegamos à la isla de Choel-Choel, se presentó en el compamento un gaucho

que se ofrecia para llevar una carta al cacique Shayuèque y negociar con él un tratado de paz. Lo estoy todavia viendo. Hubiera tenido la mas linda traza de hombre, á no haber sido tan falsa la expresion de su mirada. Vestia con lujo y andaba en un brioso caballo con rico apero.

Conociamos perfectamente sus aventuras. Despues de innumerables fechorías realizadas con la complicidad de los indios, se habia instalado entre ellos, y habia llegado à ser el yerno del cacique. Se le díó, no obstante, la mision que solícitaba, la que no importaba compromiso.

— ¿ Cree Vd., pregunté à un general, que este pícaro nos ha de servir de algo ?

— ¿ Este ? Con su doble juego, una de dos le ha de pasar : ó lo fusilarémos, ó lo degollarán los indios.

Habia acertado el general. A los pocos meses, su suegro lo mandó degallar.

No hay nada contradictorio en que el

indio, sin enojarse y mas bien agradeciendole, tolere que un intruso festeje à su muger y tenga en ella híjos, mejorando su familia con productos mas valiosos, inteligentes y guapos que los demás, y que por otra parte no le guste que se aumenten con hijos legítimos los miembros de la tribu.

Este modo de pensar del indio acredíta su buen olfato. En el primer caso, por parte del aventurero, es hazaña; en el segundo, es degradacion. Semejante acto revela una alma profundamente ruin ó propósitos evidentemente torcidos. No hay vida tan insegura y tan sujeta al mas leve capricho como la de los apóstatas.

Doy este aviso à los hombres de imaginacion vagabunda que sueñan con la conquista de un trono en tierra de salvages. Hé conocido à uno de esos ilusos, que habia logrado ser tomado casí á lo sério en Francia, tan numerosos son en aquel pais los papa-moscas!

No murió en manos de los indios, era demasiado insignificante para ello; murió de necesidad.

Su consuelo era pensar que conocia varias minas de oro. Hé visto las muestras que habia traido de una de ellas ; eran sulfuro de fierro. No son tales candidatos à la monarquia los que, entre los mismos indios, llegarán à formar una aristocracia.

EL CARNAVAL

EN BUENOS AIRES

¡Ahi tienen otra costumbre pintoresca que se va, otro hábito local que se pierde!

¡Cuán apagado está hoy dia el carnaval

de Buenos-Aires! Qué mal salen, qué contraproducentes efectos originan cuantos esfuerzos se hacen para galvanizarlo!

Muchos les dirán: — Política hay en el asunto. Solo los porteños sabian divertirse, los porteños, esto es la flor y nata de la buena sociedad de Buenos-Aires, de la sociedad amable, donosa y refinada, que habia mantenido, intactas, del año 10 à la fecha, las seductoras y varoniles tradiciones de la jóven república. En su propia ciudad, no están en su casa; están en ella como extraños, casí como sospechosos; la capital ha sido invadida por cuanto hambriento cabia en las catorce provincias, sin contar la multitud innumerable de los desdichados de todo el universo. En tales condiciones ¿como se podria jugar al carnaval en la calle con la alegría decente, con el suelto atrevimiento moderado por el respeto de sí mismo y de los demás que dán tan simpático atractivo à las reuniones de gente selecta?

En estos términos hablan personas excelentes que seguramente padecen sentimientos atrabilarios, y problemente tendrán para ello sus respetables motivos. No puede negarse que la pícara política, que parecida à las harpías ensucia cuanto toca, ha contribuido en grande á determinar, de diez años à esta parte, la decadencia del carnaval porteño.

No es menos cierto que su transformacion, como la del pais, obedece à causas mas profundas.

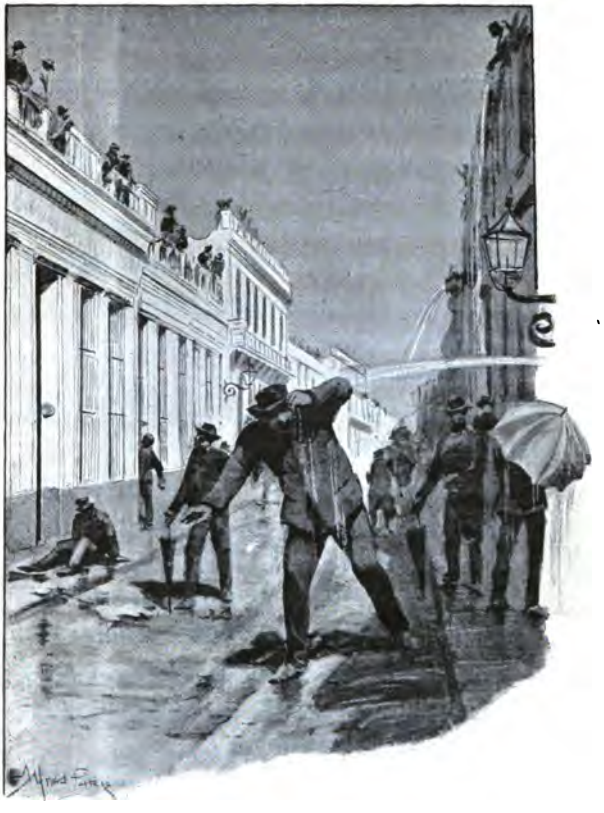
Sin dejar de sentir profundamente que le hayan quitado su genuino y franco sabor, es propio de un espíritu prudente, humanitario y progresista, conformarse con su desaparicion.

Antes de que se pierda hasta su recuerdo, trataré de burilar sus mas notables rasgos. Tendré para ello que remontarme lejos.

Unos veinte años ha, recien llegado á Buenos-Aires me fuí à ver el Corso. La pri-

mera persona que encontré fué un ex-ministro de Relaciones exteriores. Llevaba muy sério de la brida un petizo enjaezado con flores, en que estaba sentado su hijito de cinco años difrazado de salvage. Desempeñaba esta mision con tanta gravedad como si hubiera redactado un protocolo, y la cosa parecia sumamente natural à todos. El presidente de la República acertó à pasar en coche descubierto. Lo mojaron hasta empaparlo. El presidente, el ex-ministro, el chiquitin y los concurrentes se destornillaban de risa.

El presidente aquel era Sarmiento, que precisamente ha descrito en un estilo inimitable y con un colorido en cuyo brillo nadie lo aventajará, las viejas costumbres, el altivo carácter, los contrastados aspectos, los instintos ariscos y las elevadas aspiraciones de la República Argentina. Estadista profundo, y de los mas grandes de su patria, ha sido uno de los primeros en encarrilarla



por el ejemplo, la palabra, la accion, en la

via de progreso en que, ántes de morir, ha podido verla arrojarse resueltamente.

¡Que hombre de Estado ni que niños muertos! En aquel momento, el presidente habia tirado su presidencia à los infiernos. Sentado en una carretela vieja que la humedad no pudiese ofender, abrigado con un poncho de vicuña, cubierta la cabeza con un sombrero chambergo, distribuia y recibia chorritos de agua, riendose à mandíbula batiente.

Circulaban en el aire corrientes de simpatía y de alegre francachela. Cada uno era señor de sí mismo en la calle. Las ataviadas señoras sentadas en sus salones se consideraban como en la calle. Conversaban amigablemente con los transeuntes, como si todos hubiesen estado de visita en una casa hospitalaria y decente.

Era este el primer año en que se habian prohibido los excesos del juego de agua. Mas de uno deploraba su supresion, *laudator*

temporis acti; pero en general la medida era acatada y aplaudida.

— ¡ Qué disposiciones tiene este pueblo para el progreso ! me decia el ex-ministro, sin dejar de llevar el petizo de la brida en la calle sembrada de ramas y de flores. El otro año, nos mojabamos con baldes, con bombas de incendio. Era una barbaridad. Ha bastado que digan : es preciso divertirse decentemente, como gente civilizada, para que toda *guarangueria* quede suprimida. Mire Vd., señor, al rededor suyo, esto parece carnaval europeo.

Confieso que la última palabra me hizo mal efecto. Tengo aferrada la conviccion de que cada uno debe ser lo que es y evitar el copiar modelos. Consulté sobre el particular à un argentino neto á quien conocia.

— ¡ Que acertada es su opinion de Vd. ! exclamó, y que insufribles se hacen mis paisanos con su manía de imitar, siempre imitar ! Hubiera visto Vd. el carnaval de

antaño, cuando yo era mozo! Los estancieros mandabamos traer seis ó siete soberbios *pingos* para no quedar desmontados en estos tres dias, pues varios habian de quedar tendidos. En toda la ciudad no se veian sino carreras, à rienda suelta, esquinas dobladas à toda disparada. Cuantas costaladas ocurrian, ya puede Vd. figurárselo. Otra diversion linda consistia en precipitarse à escape sobre un ginete, chocandole en la rodilla para voltearlo. Quien no fuera diestro salia con una pierna rota. A veces ambos ginetes resultaban con la rodilla desencajada. Era una diversion bárbara, como dicen hoy, pero que tenia un sabor indisputablemente criollo.

¿A qué decirlo? Participaba en un todo del modo de pensar del viejo estanciero. Me gusta un gaucho de *chiripá*. Es un vestido que sienta bien à sus cualidades y sus defectos. Con su *chiripá* es hombre. Con trage europeo, no pasa de un enriquecido vulgar.

Despues de estos ejercicios violentos, característicos de una civilizacion recien nacida y que se habia ensanchado por la dura vida de criadores de animales à campo, vino un carnaval intermedio, en que prevaleció el agua sobre la equitacion.

Cada uno mojaba al prójimo con frenesí. La nativa violencia se revelaba todavia por una que otra desgracia. Por ejemplo, los muchachos rellenaban con agua un diario de gran formato arreglado en forma de bomba, y lo largaban sobre la cabeza de un transeunte. Por lo general, felizmente, erraban el golpe. Si acertaban, el hombre se caia largo à largo, desmayado. El peso del proyectil no bajaba de cuatro kilógramos.

Por lo mismo que estos juegos orillaban, y algo más, los límites de la cultura, es fácil discernir lo que tenia que suceder. Cundia en todas una contagiosa excitacion. Existe un refran francés que expresa muy bien esta tendencia. Este refran dice: juego de ma-

nos, juego de villanos, lo que significa que en tales juegos los mas prudentes salen de quicio. Es lo que pasaba en el juego del agua. Se principiaba con chorros de líquido, se acababa de vez en cuando con balas de revolver.

Estos eran los antiguos carnavales, que eran bien argentinos. En esto vino la *europeizacion.* Ser argentino pareció afrenta. Los elegantes se esmeraron en bacer un carnaval de frac y de guantes claros. Estuvo helado, no podia ser de otro modo.

Del antiguo carnaval se habia conservado sin embargo, imprimiéndole las modificaciones que reclamaban los adelantos del siglo, uno de sus mas bonitos atributos, el pomito. Lo forma un pequeño cilindro metálico de que sale, al comprimirlo con los dedos, un delgado chorro de líquido perfumado. El pomito no carecia de carácter, y originaba, entre traviesos muchachos y buenas mozas, lindas escaramuzas, entre-

cortadas con melodiosos alariditos de pavor y seductores azoramientos. Esto se fué, como lo demás. La ciudad es demasiado po-

blada; cualquier diversion popular tiene que degenerar en barahunda; el elegante pomito, cuyo precio era elevado, ha sido sustituido por pomazos parecidos à jeringas, y ha conseguido bajo esta nueva formá caer en gracia à las cocineras y hacer la dicha de los peones de albañil.

¿Hablarémos de los bailes? Hubo una época, cuando Buenos-Aires era una ciudad alegre y de dimensiones modestas, en que el Teatro Colon, durante el carnaval, era un salon... hé estado à punto de decir: un salon correcto. No babia tal, felizmente. La correccion está reñida con la libertad de la careta y el ardor de un baile de máscaras. Lo que habia, sí, era que los que se divertian en el Teatro Colon, que en estos dias era de ellos, eran todos de la sociedad. No penetraba uno cualquiera, y las vendedoras de amor tenian que limitarse á considerar desde lejos el recinto venerado en cuyas puertas estaban de guardia comisarios, tan inflexibles como los arcángeles que en los tiempos bíblicos fueron puestos de planton á la entrada del Paraiso.

La crónica escandalosa no estaba por esto en hùelga. Hé oido contar un incidente picante. Dos « honradísimas damas », para emplear la respetuosa expresion de Bran-

tôme, se dieron de cachetadas en honor de los bigotes de un diarista. Habia escándalos, los habia gordos, pero no vulgares. Ahora está invadido todo por el personal de los casinos.

Y ¿ las comparsas? Quién nos ha de devolver las comparsas de antaño? ¿ Quién nos ha de devolver los grupos de estudiantes que se formaban en sociedad para divertirse bien durante el periodo carnavalesco, que se secaban el bolsillo y los sesos afin de inventar, combinar, realizar trajes distinguidos, ingeniosos, artísticos?

Eran los niños mimados del antiguo carnaval, y este favor lo tenian bien ganado. Marchaban, marcando el paso, por esas calles de Dios, en filas y de uniforme, tocando unos instrumentos con mejor voluntad que talento. Si les acontecia desafinar, una carcajada salvaba el yerro. ¿ Que yerro no quedaria salvado con una carcajada juvenil, espontánea y sonora?

Si se presentaba en el camino una casa de patrícios, como se decia entonces, cuya fachada chorreaba luz, cuyas ventanas servian de marco à ramilletes de muchachas que lucian sus claros trajes de verano, — el carnaval se celebra aquí en pleno verano, — ellos entraban, haciendo sonar su música, como triunfadores.

Dirigian à las señoras con todo respeto palabras atrevidas, y con toda seriedad palabras burlescas.

La charla, la risa, chisporroteaban. En uno que otro rincon à veces se armaba un cuchicheo discreto.

Se resolvia improvisar un baile. Los miembros de la comparsa daban dos vueltas de vals, tomaban una copita de vino de Malaga y se marchaban. Tenian quehaceres demasiado numerosos y sérios para dejarse estar en cualquier parte. A los tres dias, la conclusion de las diversiones los sorprendia encantados y rendidos.

¡ Y los improvisadores disfrazados de gauchos, de arrogante apostura, montados

en lindos caballos enjaezados de plata, y que cantaban debajo de los balcones can-

ciones de una prosódia algo floja, de un sabor algo subido, obligando à las señoras à no soltar la risa, una risa involuntaria y cristalina, sino detrás del abanico!

Comparsas, las hay todavia, y muchas, y de sobra. La comparsa no ha dejado de ser popular, pero lo es en demasía. Sus individuos están todos disfrazados de negro, hacen música de negros, calzan idénticas botas granaderas, visten idénticas sospechosas casacas. Es cosa de morirse de aburrimiento. No hay probabilidad de que los admitan en los salones. Están en parada, en exhibicion callejera, orgullosos de la espesa capa de hollin con que se han embadurnado, convencidos sin duda de que son así mas bonitos que al natural. Parecen divertirse, no son divertidos.

Era otra cosa en aquellos tiempos la comparsa de los estudiantes de Salamanca, vestidos de terciopelo negro, con medias de seda negras, zapatos con hebilla de plata, y

en el sombrero las armas de la corporacion, las del carnaval talvez, en todo caso armas parlantes, si las hay: una cuchara y un tenedor de márfil cruzados. Sus instrumentos de música tenian sonoridades apagadas. Eran violines, flautas, oboés. Los tocaban muy bien, ejecutando viejas romanzas españolas, de giro anticuado, jocosas con discrecion, casí con austeridad, de las que se componian en los periodos esos en que las mismas locuras no se salvaban de un resabio de gravedad, y en que la ironia ruin no lo habia invadido todo.

Al lado de estos, los habitantes de la luna formaban perfecta antítesis con lo bien apuesto de sus vecinos. Se habian propuesto ensanchar los límites conocidos de lo estrambótico, y lo habian conseguido. Trajes estrafalarios, estandartes, música, caras tan diversas como inverosimilmente feas, no habia en toda la comparsa un rasgo

parecido à cuanto solemos ver en este globo sublunar.

La única atingencia que hubiesen conservado con el terráqueo mundo era la política, y naturalmente, como procedian de la luna, ostentaban al respecto la impertinente independencia propia de individuos acostumbrados à mirarlo todo desde muy arriba.

En aquel tiempo, — estoy hablando de tiempos remotos, — la política argentina estaba dirigida por hombres superiores que por añadidura eran espirituales. El suscritor mas asíduo de los diarios de caricaturas era Sarmiento, á quien pellizcaban à porfia. Si lo hacian con gracia, sus instintos de viejo luchador se estremecian de gozo. Si eran zonzos, — esto acontece, si bien mas raramente que à los demás, à los mismos diarios de oposicion, — se combatian en su ánimo dos sentimientos antagónicos : la satisfaccion que la torpeza de un ataque ha de proporcionar à quien va dirigido, y por otra

parte un pesar invincible, una decepcion de artista. Poco faltaba para que les mandase ideas, sazonando sus insulsos chistes con la pimienta de sus atrevidas paradojas.

La oposicion, como queda dicho, aprovechaba à sus anchas la libertad del carnaval. Se hacia tanta oposicion, que era indispensable ser notable para ser notado ¡que lejos está todo esto, Dios mio! Reglamentos, decretos, multas, cuantas armas contra la alegria almacena el arsenal administrativo han sido sacadas para hacer entrar en vereda tanto libertinage.

Si se quiere encontrar algunos vestigios de una fiesta que fué eminentemente nacional porque en ella no se gastaba sino chispa, se debe ir à los bailes de máscaras de los clubs de buen tono, el club del Progreso entre otros. Sus organizadores hacen cuanto pueden para preservarse de la invasion, para estar entre puros amigos y compañeros, como estaban en el viejo Teatro Colon,

hoy dia ocupado por un banco ¡indício de los tiempos!

No lo consiguen sino à medias ¡tan grande es en sus puertas el atropello de nuevos residentes! Han logrado sin embargo hasta la fecha conservar à sus reuniones el carácter de intimídad suelta, de donaire chistoso, avivado por un poco de locura, que daba tanta gracia à los dias carnavalescos de ántes.

En resúmen, el carnaval de la calle ya murió. Una municipalidad ambiciosa trató de darle nueva vida. El resultado de sus cavilaciones al respecto ha sido una idea horripilante. Ha instituido un Corso, un desfilé al tranco de volantas en calles designadas administrativamente y alumbradas por cuenta de la administracion, adjudicandose un premio administrativo à los mejores troncos, al coche mas lujosamente adornado. En determinadas boca-calles, bandas de música militar, soplando marcialmente

en instrumentes de cobre, alegran administrativamente à los transeuntes.

Los coches no han escaseado por supuesto. Por una parte, la prole de los medrados, que pulula en Buenos-Aires, se precipitó à lucir sus libreas flamantes, por mas que bostezasen hasta descoyuntarse las mandíbulas. Por otra, inmensos carros de mudanza, envueltos en viejas colgaduras de indiana y arrastrados por rocines adornados con flores artificiales, pusieron en exhibicion los disfraces desesperadamente banales de señoritas de tienda, cuando no de señoritas del placer.

El conjunto fué tétrico. Ya esto no representaba un carnaval. Represententaba su entierro.

Se ván las diversiones, como se ván los dioses.

En este momento, el carnaval de Buenos-Aires es el carnaval de Burdeos, esto es : nada. ¿ Como podria ser de otro modo? La

ciudad de Garay contiene mas habitantes oriundos de Burdeos, de Italia, de Bélgica sin hablar de los provincianos de tierra adentro que porteños legítimos.

En su *Viage de Oriente,* cuenta Gérard de Nerval que en el vapor en que regresó se encontró con un Marsellés. — ¿Fué V. allá para ver Turcos, amigo? le dijo el Marsellés. Mas expédito hubiera sido quedarse en Marsella. Hace tiempo que en Turquía no se ven sino Marselleses.

En Buenos-Aires, está por pasar lo mismo. Antes de poco, no se hallará ni un porteño. La ciudad no será sino una colosal fonda internacional. Será talvez una condicion favorable para el comercio; pero los aficionados á costumbres características, à rasgos exclusivamente criollos, no dejarán de sentir los tiempos en que media docena de piernas resultaban quebradas à consecuencia de las festividades del carnaval.

¡Progeso! progreso! cuantas deliciosas antiguallas aplasta tu carro en su marcha!

LA MUJER DEL SOLDADO

Grande fué mi sorpresa, en los comienzos de mi vida de frontera, cuando por primera vez me encontré en marcha con un destacamento que cambiaba de guarnicion. Habia dejado partir la tropa con mi equipaje y mis carros que eran muy pesados, y detúveme á conversar, amigablemente rete-

nido por el jefe de frontera, que no todos los dias tenia ocasion de entablar diálogos. Era en la Blanca Grande, en donde ahora hay estancias muy hermosas, y que en aquella época era una madriguera famosa.

Cuando monté á caballo para alcanzar á la columna, esta estaba ya muy lejos. Despues de haber galopado un buen rato, vi asomar primero una nube de polvo. Eran los caballos de repuesto, la caballada, primera sorpresa para un novicio; tenia yo dos dias de campaña.

Luego apareció otro grupo, considerable y en desórden, y por fin, allá en el extremo, pequeña, ocupando nada mas que el espacio indispensable, una tropa que marchaba en formacion. El grupo intermediario eran las mujeres y los niños. Habia una caterva. Todas las edades estaban representadas en ella; desde los niños de pecho, que mamaban sin desconcertarse al trote duro de los caballos, hasta las viejas cuyos cuellos

semejaban un manojo de culebras, y que mascaban un cigarro en sus encías desprovistas de dientes. Tambien estaban representados todos los matices, excepto el blanco. La escala de tonos empezaba en el agamuzado claro y terminaba en el chocolate. Todo eso estaba encaramado sobre pilas de ropas, utensilios de cocina, cafeteras y maletas que desbordaban por ambos lados del recado en extravagantes protuberancias.

Cuando habia que mudar de caballo, era de ver el trabajo que demandaba esta operacion. El arreglo de todos los bultos en el suelo y su colocacion en el nuevo animal, la accion de izar á la propietaria encima, constituian tareas graves y minuciosas; pero todos los soldados disponibles se prestaban á ellas, con la mejor voluntad, y en suma la cosa andaba con mas prontitud que la que se hubiera podido suponer. No conozco gente tan diestra como los indios y

las indias para estas instalaciones de un ajuar ambulante y complicado en el lomo de un caballo.

Cuando llegamos el dia siguiente al fortin Sanquilcó, cuya guarnicion ibamos á relevar, presencié el espectáculo de la recepcion hecha por la guarnicion femenina que lo ocupaba á la guarnicion femenina que iba á reemplazarla : los grandes saludos, el mate y las conversaciones.

Imaginense ustedes un reducto de tierra, de una cuadra de superficie, flanqueado por chozas de juncos, algo mas grandes que tiendas, y mas pequeñas que los ranchos mas exiguos, dejando en el medio un sitio cuadrado en cuyo centro está el pozo, é inundado de criaturas que chillan, de perros que retozan, de avestruces, de ratas de agua domesticadas que allá se llaman nutrias, de mulitas, de peludos que trotan y cavan la tierra, de harapos que secan en cùerdas, de fogones de estiércol en los que

canturrea la pava del mate y se asa el alimento al aire libre; figurense ustedes en torno la pampa desierta, chata y amenazante, que el centinela apostado en una torrecilla de césped, interroga dia y noche, y tendrán el cuadro, á la vez pintoresco y monótono, en medio del cual trascurria la vida de la mujer del soldado en la frontera.

¿De dónde han venido y qué ha podido vincularlas á esa existencia? Vienen, vive Dios! de esos ranchos aislados que han encontrado ustedes al paso, allá, allá en aquellas llanuras que enfáticamente se dicen pobladas, cuando contienen mucho ganado y encierran pocos seres humanos. La vida de esas mujeres era allá poco mas ó menos lo que es aquí, y tenian de ménos la variedad, la sociedad, lo imprevisto. Han ganado en el cambio. Por eso adquieren rapidamente el espíritu de cuerpo. Es muy raro que una mujer cambie de batal-

lon. Si reemplaza á su marido por otro, lo que acontece con menos frecuencia de lo que se cree, el nuevo titular llevará en el kepi el mismo número que el antiguo.

A fé mia, sí! son casamientos instables; pero, vean ustedes, sucede con esta instabilidad lo que con los objetos amontonados sobre un recado; se mueven de un lado para otro; no sabemos cómo no se desprenden, y sin embargo ruedan rara vez.

Reflexionando un poco, pues todo tiene una explicacion en este mundo, aun la anomalía de estas fidelidades relativas, se descubre la razon. He dicho que ellas vienen de los ranchos; son gauchos con faldas. Tienen todas las cualidades y todos los defectos de los gauchos; la vida es siempre soportable al lado de gentes que piensan y sienten como uno. Los defectos compartidos forman, como las virtudes, un vínculo.

A veces, les gusta la bebida, es su pecado venial; pero uno se pregunta si ello no

contribuye á la buena armonía del hogar. He visto parejas de mala bebida, cubiertas aun de magulladuras y moretones despues de una pequeña fiesta que acabó mal, redoblar los cariños y afecciones recíprocas una vez disipada la embriaguez.

En esas peloteras íntimas y en esas reconciliaciones, mas que nunca frecuentes en las visitas de los comisarios pagadores, todo el dinero que recibe el soldado pasa á empilchar á su compañera. Es el momento en que aparecen los botines de colores chillones, los fulares amarillos y violetas, y en que chorrean perfumes las espesas cabelleras negras, semejantes á colas de caballos, lácias ó rizadas, segun que la propietaria tenga sangre india ó sangre negra en las venas.

No hay que concluir de aqui que la mujer del soldado sea interesada. Gusta de las atenciones, no del dinero como que generalmente tiene mas que su dueño. El sol-

dado solo tiene su sueldo; la mujer, planchadora, encargada de la ropa de los oficiales, ó pastelera, vendedora de tortas á lós soldados, suele tener mas que su hombre, cuando llega el comisario, y recurre á sus deudores bien provistos entonces.

Como condiciones militares, puede decirse que son veteranos, verdaderos veteranos. Muchas veces se las ha visto hacer fuego, y en las sorpresas tienen la sangre fria y el arranque de un soldado viejo. En 1874, una mujer de la artilleria fué hecha sub-teniente en el campo de batalla. Hé aqui otro ejemplo mas original.

Cuando ocupamos á Guamini, no habiamos llevado las mujeres de la division. No sabiamos lo que ibamos á encontrar y no queriamos tener ese estorbo, en el caso en que tuviéramos que librar batalla en campo raso con enjambres de indios, que fué al fin lo que nos cupo en suerte.

Pronto nos apercibimos de que habiamos

hecho mal en dejarlas; los soldados las extrañaban amargamente, languidecian, desertaban, no lavaban su ropa ni soportaban la campaña con buen humor.

Al cabo de tres meses y, como se enviára á la antigua frontera un destacamento encargado de escoltar un convoy de uniformes, se decidió que al mismo tiempo condujera á las mujeres.

El destacamento fué atacado á la vuelta por una gran invasion. Era mandado por un oficial perspicaz que, desde que avistó á

los indios se dió cuenta de su número considerable, reunió su escuadron femenino y le dirigió el siguiente discurso : « Tengo bastante gente para resistir, pero esos demonios me van á quitar la caballada. Muchachas, á ustedes se la confio. Rodéenla y no dejen que nadie se aproxime. »

— Está bien, teniente, respondieron.

Una de ellas pidió un revolver.

— Un momento, dijo el teniente. Si ustedes se presentan en ese traje, los salvajes se van á encarnizar en robar la caballada. Hay que evitarlo. Hay uniformes en los cargueros; con que asi, faldas abajo y á vestirse de reclutas ! Sobre todo hagan honor al glorioso uniforme que les confio !

Los indios coronaban ya las alturas y tomaban sus disposiciones de combate. Era un espectáculo característico, en ese momento siempre solemne que precede á una carga, ver á las mujeres, faldas abajo, comos les dijo el teniente, poniéndose la

bombacha y la chaquetilla azul, ocultando sus largas cabelleras bajo el kepí y saltando sobre el caballo, mientras que los soldados con el arma pronta y el ojo atento, pero no del lado de los indios, se cambiaban dicharachos fuertemente condimentados sobre las formas mas ó menos redondeadas que las indiscreciones de esa rápida toilette dejaban en descubierto por un momento.

La carga fué brillantemente rechazada y la caballada se salvó. Los indios llegaron sin embargo muy cerca. Solo un año despues vinieron á saber, cuando los hicimos prisioneros, que ese dia se las habian visto con mujeres. Habian enarbolado cuchillos que en nada se parecian al curioso puñal de la liga.

Una de las mujeres mas interesantes que he encontrado en la frontera era una antigua accompañante de las hordas del Chacho. Ya no tenia sinó tres dientes, y los

mas viejos apenas recordaban el momento en que entró en el tercero de caballeria, primeramente como prisionera y luego como uno de los adornos del regimiento.

Era espantosamente fea, pero la rodeaban los respetos á que la hacian acreedora sus aventuras y la manera como las refería.

Iba yo siempre á tomar mate con ella, cuando pasaba por la comandancia « General Mansilla » frontera de Trenquelauquen. He leido las hazañas del Chacho en Sarmiento. A decir verdad, ella las referia mejor. Hubo sobre todo una circunstancia en que llevó cartuchos al Chacho acorralado, sin municion, perdido. Atravesó las lineas nacionales, disfrazada de mujer encinta de ocho meses y medio, con un vientre de hojalata lleno de municiones. Ya me daba por degollada, decia, pero nunca me hubiera consolado de que me tomáran los cartuchos. Las municiones llegaron y el Chacho salió del paso.

Hé ahí los aspectos brillantes y atrayentes de la vida militar, el peligro. En cuanto á las privaciones y á las fatigas de todos los dias, las mujeres muestran una resistencia que asombra. Viajaba yo un dia á caballo de Patagones á Bahia Blanca, sesenta leguas, en una estacion fria y desagradable. Volviamos de Choel-Choel.

Habia una mujer en la partida, lo que no me sorprendió. En el primer lugar que acampamos, me apercibí de que daba de mamar á un niño cuya edad le pregunté. Habia salido de Choel-Choel al dia siguiente del parto, é iba al Azul á donde era llamado su marido asistente de un oficial. He ahí un nene que antes de tener un mes se hacia doscientas leguas, dormia al aire libre en invierno y en los brazos de su madre recien parida.

La madre y el niño llegaron bien; tuve despues noticias. Esos muchachos de cuartel! Esa, sí, que es semilla de soldados, si

se ocupáran un poco mas de su instruccion! Sarmiento pensó en ello y fundó escuelas de regimiento. Despues de él marcharon como Dios quiso y acabaron por desaparecer. Ésos hijos del Estado, que le han de dar trabajo si los descuidan, merecerian sin embargo la pena de que se ocupáran de ellos.

Hoy, en Buenos Aires, al pasar en tramway por los cuarteles, se puede comprobar que los cuerpos de tropa de linea han incorporado muchas indias. En el patio del cuartel es siempre el mismo cuadro que hemos esbozado al principio; solo que los cuartos son de ladrillo, hay menos perros, menos animales y mas mujeres pampas, de esas que en los cuerpos llaman pata-ancha, porque, á decir verdad, no tienen el pié muy breve.

Se adaptan muy pronto á su nuevo medio.

Un dia que tomamos las tres cuartas partes de la tribu de Catriel, encontré en la

plaza del fortin de Puan á una india muy emperifollada que habia caido prisionera unos meses antes. Y bien, le dije, has ido á ver á tus compatriotas?

— Yo no pampa, me contestó con orgullo, yo 11 de caballeria.

Hé ahi una india que recordaba evidentemente les estribazos con que su dulce dueño la obsequiaba en los toldos á la menor salida de tono.

Aquí, á lo menos, si la especie de látigo muy corto, que acompaña siempre al gaucho como su sombra, el rebenque, funciona algunas veces del lado de la correa, no cae nunca del lado del mango. Es preciso concluir.

La mujer de tropa es el último recuerdo de una manera de guerrear que pertenece á otra edad y que recuerda las grandes compañias de Duguesclin.

En el sitio de Orleans, Juana de Arco expulsó del campo á grandes planazos de

espada á las mujerzuelas que seguian al ejercito. Me inclino á creer que la pureza de la Doncella de Orleans, demasiado elevada y demasiado admirable para ser meticulosa, tuvo menos parte en ese acto de vigor que el sentimiento militar tan profundo y tan grande que la animaba.

Ella comprendió que, con un pequeño ejército que á todos lados tenia que hacer frente, lo mas necesario de todo era la rapidez de los movimientos, y por consiguiente que debia librarlo de estorbos. Lo que lo prueba, es que expulsó al mismo tiempo á los sirvientes de equipaje, los cantineros y los industriales de baja estofa que se pegan á la retaguardia de los ejércitos. Asi alivianada pudo atacar al inglés y destrozarlo.

En Chile, las mujeres de tropa han servido mucho tiempo de bestias de carga. Pase en la guerra india, la guerra en pequeño, pero en la grande los chilenos han

cuidado muy bien de renunciar á esa manera primitiva de reemplazar el tren de equipajes. No hubieran soportado dos dias de campaña en los áridos desiertos de Atacama, á no tener un ejército sériamente organizado á la moderna.

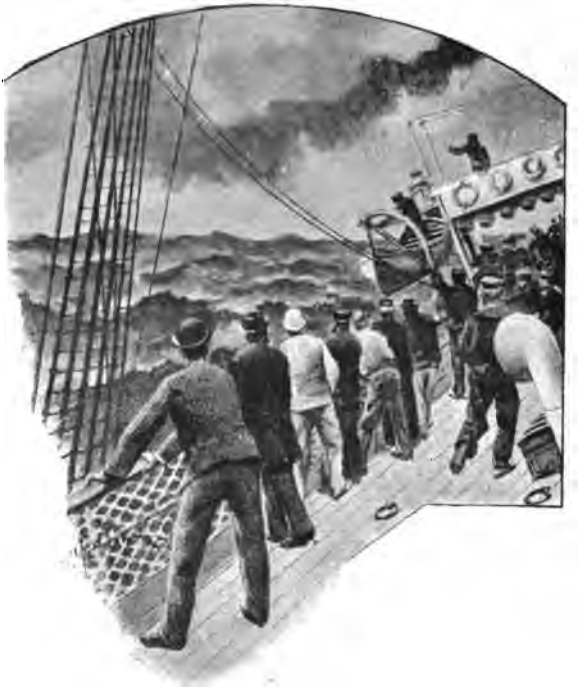
Del mismo modo, en Francia, á fines del siglo xv, sin los grandes planazos de la Doncella y la reforma que señalaron, no hubiéramos concluido las guerras de Italia ni ninguna expedicion de largo aliento.

Las mujeres de tropa desaparecerán, pues, en un plazo mas ó menos corto, segun la rapidez de la transformacion inevitable por que tiene que pasar el ejército argentino. Ya hahan cambiado mucho, como el mismo soldado de linea, desde los tiempos del Chacho.

Era precisamente por esto que necesitaba fijar aquí ese tipo interesante, á pesar de sus defectos, generoso y abnegado, no obstante sus travesuras graves. Han acom-

pañado, ayudado á menudo al soldado argentino en esa guerra de fronteras en la cual hubieran sucumbido sin ellas las tropas mas resistentes.

El ejército las quiere y tiene razon; murmura de ellas y tampoco hace mal.



¡HOMBRE AL AGUA!

Corria el año 81. Estaba à bordo del *Canova,* vapor que nos les hé de describir

porque se parece à todos los vapores. Lleva el nombre de un escultor italiano por una originalidad inglesa, y posee además una peculiaridad que llama la atencion, y de que participan, segun parece, los demás buques de la misma compañía. El comedor, muy vasto, es todo de mármol blanco con pesados arabescos de oro. Es buena precaucion contra el calor. Se comprende que nos dirigimos à mares tropicales. No obstante, hace mucho frio.

Otra peculiaridad tiene que no se puede silenciar. Consiste en un caballero anciano que está en la cabecera de la segunda mesa, que lleva el titulo de capitan, á quien nadie hace caso à bordo, y que se lo pasa todo el dia haciendo girar el dedo pulgar de la mano derecha sobre el de la izquierda, expresando su apostura tanto hastío como serenidad.

Ni sabe á que altura está el buque, ni se le vé en momento alguno cerca de la toldilla

ó del timon. Ignora cuantas millas hacemos, de cuantos caballos es la máquina, cuantas toneladas de carbon existen en los pañoles. No entiende siquiera el idioma en que se mandan las maniobras, que es el inglés.

Sin embargo, por la ley, es el gefe de este barco, en que su presencia pasa desapercibida para todos, con excepcion de dos ó tres pasageros españoles à quienes fastidia mucho, intentando porfiadamente entablar con ellos una insulsa conversacion en portugués.

Esto merece explicacion. El vapor, que pertenece à una compañía inglesa, lleva bandera brasilera. Para obtener este derecho es forzoso, en virtud de una disposicion legislativa, que el comandante del buque sea brasilero. Hasta creo que es nombrado por el mismo gobierno.

Esta cláusula ha sido probablemente presentada en hermosos dicursos, cuando se discutió en las cámaras, como eminente-

mente propia para proporcionar al imperio distinguidos oficiales de mar. En realidad su uníca consecuencia es dar de comer à cuantos inservibles de la navegacion de agua dulce tienen el valor de aceptar, cuando no de solicitar, la vergonzosa situacion de ser de derecho comandantes del barco, y de hecho unos simples comensales gratuitos de la mesa de pasageros.

El gobierno ha incurrido con esto en una torpeza de marca mayor. Es imposible que no origine reflexiones de las mas desfavorables al Brasil la comparacion de los dos hombres que hacen los honores de ambas mesas. Uno de ellos es el viejo descrito mas arriba. El otro, el capitan de veras, es un inglés bien plantado, joven, y que seria hermoso, si no se hubiera tragado un palo de escoba, lo que le quita la deseable soltura de movimientos.

Uno es gloton en el comer y pesado en el hablar. El otro come poco, habla ménos,

está siempre mirando al mar y á la costa vecina, recibe partes cada cinco minutos, da una contestacion breve, abandona pronto la mesa dirigiéndonos una inclinacion un tanto altanera, y sube otra vez à la toldilla. Este es el alma del buque. Aquel es su verruga.

Acaeció durante la travesía una desgracia lamentable. Ha sido contada muchas veces. Esta descripcion no tendrá otro mérito que haber sido escrita bajo la impresion inmediata del suceso.

Estaba reclinado en la varandilla, contemplando el mar, que estaba asáz grueso. De repente, sin haber notado que viniera ola mas alta, sentí que el buque se inclinaba hasta el agua, volviendose à levantar con un crujido sordo, mientras paraba la máquina.

Al proprio tiempo, un marinero corriendo sobre cubierta tiró al mar una boya de salvatage. Comprendí que ocurria algo grave, pero no veia nada.

Un hombre habia caido al agua.

El sacudimiento anormal que me habia sorprendido era debido al movimiento violento imprimido al timon, afin de hacer bruscamente cambiar rumbo al vapor. Corrí à popa como todo el mundo. Se discernia todavia una línea medio borrada perpendicular à la direccion que seguiamos ahora. Era lo que quedaba de nuestra estela. Se confundia con las olas à cada rato.

El buque habia dado vuelta en ángulo recto, rompiendose por el esfuerzo del timonel la cadena del timon, que era un cable de acero. Es un mal sistema, que no recomiendo à los marinos. La humedad come los hilos, y cediendo uno, revientan todos. Cuando llegué, ataban el timon con sogas y aparejos permanentemente dispuestos al efecto. En todo caso quedaba conseguido lo que se buscaba, habiamos virado instantaneamente, y seguiamos marchando despacio por la velocidad adquirida.

¡Que distantes estabamos sin embargo del punto de la catástrofe!

Me dí cuenta de ello, cuando la ballenera

se alejó. Fué bajada al agua en un minuto, con los bogadores en sus puestos. El segundo del vapor se dejó caer en ella desde arriba, valiendose de las sogas de que colgaba. La ballenera pasó por debajo de

nuestra proa y se fué á toda fuerza de remos.

Me parece todavia verlo, el segundo aquel, jóven, rubio, de pié, inclinado hácia adelante afin de reconocer el rastro poco visible de nuestro pasage, manejando con la mano derecha la barra de la embarcacion, y con la izquierda levantada en alto excitando á los marineros doblados sobre los remos.

La ballenera volaba. Muy pronto vímos las olas taparla y descubrirla à cortos intérvalos. No se divisaba sino la cabeza del segundo y su mano levantada, en seguida la embarcacion emergia de las aguas, disminuyendo su tamaño en cada aparicion ¡Que lejos iba, y que ánsia en las miradas clavadas en ella!

Enfin hizo alto. Veiamos ó creiamos ver que los marineros izaban algo. — ¡Lo han encontrado! decian todos. Habia agarrado la boya.

La embarcacion volvió hácia nosotros tan ligero como se habia ido.

El capitan, mientras tanto, mandaba reemplazar el cable roto del timon por otro nuevo. A bordo las mas fuertes emociones no impiden que se haga lo necesario para asegurar la buena marcha del timon.

La ballenera traia en efecto el cuerpo del hombre caido el agua, pero era ya cadáver. Enérgicas fricciones no lo reanimaron.

Era uno de los cocineros del vapor, anciano ya, medio calvo y blanco de canas, vigoroso sin embargo. Por su fuerte constitucion, hubiera llegado à muy viejo. La muerte repentina, fulminante é inútil, — pues la muerte del campo de batalla es cosa de poca monta, — reviste una terrible majestad.

Seguramente no adolezco de melancolía. Sin embargo esa noche, mientras que à algunas varas, debajo de mis piés, este cadáver, fijos los ojos, contraida la boca por la asfixia, esperaba la sepultura del marino, mientras navegábamos sobre un mar pesado,

envueltos en una neblina tan densa que la máquina silbaba cada cinco minutos afin de evitar una colision con un barco que no viese nuestros faroles, me figuré que el aspecto tétrico del océano, la opaca oscuridad, la abrumadora tristeza que parecia empaparlo todo, provenian de aquel muerto. Paseaba sobre cubierta, y en cada silbido de la máquina, — un silbido lugubremente estentóreo de máquina norte-americana semejante al mugido de un toro extraviado, — me estremecia, como si hubiera oido el alma misma del ahogado lamentarse en la noche.

Al dia siguiente, brillaba el sol. El mar, muy apaciguado, ostentaba un verde glauco en que jugueteaba la luz. A las doce, despues de tomar la altura, se hizo alto. En el centro del barco estaba formada la tripulacion con la cabeza descubierta. El jóven capitan leia en inglés versículos de la Biblia. Su tiesura sentaba bien à la sencillez algo

seca, pero penetrante y digna, del rito protestante.

A sus piés yacia, arrimado por un lado à la borda, un bulto largo tapado con la bandera británica. Concluida la lectura, se hizo silencio. No se oia sino el cabrilleo del mar à la largo del casco.

El capitan dió una señal, se sacó la bandera, movióse una báscula, y la bolsa de gruesa tela que dibujaba vagamente el cuerpo del ahogado y la bala de cañon fijada à sus piés, cayó de repente al mar. La ví primero bajar lentamente, oscilando à derecha é izquierda; despues esta forma, ya indistinta en la azulada transparencia del agua, se fué à pique en línea recta.

Siguieron algunos segundos de recogimiento. Sonó una voz de mando breve. Los marineros volvieron cada uno à su puesto. La máquina se puso en marcha con un ruido ronco. Buque, tripulacion, pasageros, dejando el muerto entregado à la pro-

fundísima paz de los sombríos abismos, rompieron marcha hácia lo desconocido y penoso, hácia las tempestades del mar y las batallas de la vida.

TABLA DE MATERIAS

	Pages.
PREFACIO	1
El Velorio	9
El Rastreador	23
El Boleador	43
El Reñidero	63
El Gato Moro	79
El Recado y el Caballo	113
La Galera	143
La Pulperia	169
El Mate	205
El último Pueblo del mundo	233
Como se forman las aristocracias	251
El Carnaval en Buenos-Aires	271
La Mujer del soldado	295
¡Hombre al agua!	313

PARIS. — MAISON QUANTIN
L.-H. MAY, directeur
7, RUE SAINT-BENOIT, 7.

LA ELEGANCIA PORTEÑA

PERIODICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA CONSAGRADO A LA FAMILIA,
ULTIMOS FIGURINES DE MODAS DE TRAJES ILUMINADOS EN PARIS.

Patrones dibujos de tamaño natural, Patrones cortados, adornos
Labores de aguja, Crochet, Tapiceria, etc., etc., poesias, novelas, viajes,
hygiene y Economía doméstica.

2 números al mes el 1 y 15 de cada mes,
Precio 5 m/nal oro sellado por año,
FRANQUEO EN MAS.

Direccion y administracion :

Librairie française de JOSEPH ESCARY
619, Victoria, 619. — Buenos-Aires.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.